Espacios Novohispanos

Carlos de Sigüenza y Góngora

María José Rodilla León
INTRODUCCIÓN, SELECCIÓN Y NOTAS

FEC
FONDO EDITORIAL
DEL MUNICIPIO DE CENTRO

Carlos de Sigüenza y Góngora

Espacios Novohispanos

María José Rodilla León
Introducción, selección y notas

CENTRO
HONESTIDAD Y RESULTADOS
2024-2027

Colección
Fomento a la Lectura

Consejo Editorial 2025

Yolanda Osuna Huerta
Alexandra Rebolledo González
Luis Alberto López Acopa
Alejandra Casanova Priego
Aurora Kristell Frías López
Gerardo Brabata Pintado
Miguel Ángel Ruiz Magdónel

Carlos de Sigüenza y Góngora

Espacios Novohispanos

María José Rodilla León
Introducción, selección y notas

FONDO EDITORIAL
DEL MUNICIPIO DE CENTRO

Primera edición, 2025

ISBN: 978-607-69867-8-3

© Municipio del Centro
Av. Paseo Tabasco, número 1401
Col. Tabasco 2000. C.P. 86035

Todos los juicios expresados en este libro son responsabilidad del autor. Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal de Derechos de Autor.

Impreso en Tabasco, México.

Contenido

Presentación XIII
Introducción XV

Glorias de Querétaro

Procesiones, festejos y disfraces

Colócase el Santisimo Sacramento en la Nueva Iglesia 23
Descríbese la fábrica del templo 28
Pompa con que se dedica el templo 34
Razón breve de lo restante del octavario 40
Descífrase uno de los dos asuntos del certamen 45

Paraíso Occidental

Vidas, visiones y milagros de monjas

Prosigue Marina en el estado de casada 55
Favorécela Nuestro Señor con una singular visión 57
Pasa a la ciudad de zacatecas, de donde se vuelve a México 59
Algunas de las mercedes que Dios le hacía 62
Dase más al espíritu y la mortificación 65
Determínase Marina a tomar estado de religiosa 68
Comienza el año del noviciado 71
Suavízale dios a Marina la acelerada muerte de su hija 74
Encárgasele a Marina asista a la material fábrica de la casa 75
Extraño camino por donde Dios la lleva 78
Del modo con que se portaba la V. M. Marina de la Cruz 79
Concédele Dios un lugar retirado para su asistencia 81
Persecuciones con que el demonio la maltrata 86
Revélale Dios Nuestro Señor algunos sucesos futuros 89
Felicísimo tránsito de la V. M. Marina de la Cruz 91

Infortunios de Alfonso Ramírez

Aventuras y cautiverios con piratas

Sale de Acapulco para Filipinas 97
Pónense en compendio los robos y crueldades 100
Danle libertad los piratas y trae a la memoria lo que toleró 109

Navega Alonso Ramírez y sus compañeros 115
Sed, hambre, enfermedades, muertes 120
Pasan a Tejosuco, de allí a Valladolid 126

Alboroto y motin de los indios de los indios de México
Catástrofes naturales y rebeliones
Unos aguaceros ponen en peligro la capital 137
El Virrey busca remedios eficaces 140
Sigüenza, ingeniero 140
Nuevas lluvias y un eclipse de sol 142
Aparece el *Chiahuiztli* 144
Esfuerzos del Virrey contra la amenaza de hambre 147
Se levanta la prohibición al trigo blanquillo 150
Inquietud de la población 152
Primeros disturbios en el granero público 155
Comienza el motín 157
Sigüenza, testigo del motín 161
Incendio del Palacio Real y del Cabildo 164
Empieza el saqueo 166
Actuación de Sigüenza durante el motín 170
El Virrey se encontraba en un convento durante el motín 171
Daños producidos por los amotinados y por el fuego 173
Medidas del virrey después del motín 174
Bibliografía 171

Presentación

La palabra escrita es el cauce por el que fluye la memoria de los pueblos y el espejo donde se reconoce su identidad. Desde tiempos remotos, el pensamiento de filósofos, historiadores, científicos y creadores ha tomado forma en textos que no solo preservan saberes, sino que orientan conciencias e inspiran transformaciones..

Todo lo que somos ha brotado, de algún modo, del acto de nombrar y escribir. Por ello, en el Gobierno de Centro asumimos el compromiso de impulsar la palabra como herramienta viva para preservar y enriquecer la cultura, las tradiciones y las expresiones artísticas.

En el Plan Municipal de Desarrollo 2024–2027 trazamos una directriz clara: fortalecer el Fondo Editorial y la red de bibliotecas municipales para consolidar a Centro como un municipio lector. En esa ruta hemos avanzado en los últimos años, como lo demuestran los más de 30 títulos publicados, las presentaciones de libros y las múltiples acciones de fomento a la lectura que promovemos tanto en la ciudad como en las comunidades.

En esta ocasión, presentamos una nueva antología dedicada al sabio criollo —amigo entrañable de sor Juana— Carlos de Sigüenza y Góngora: escritor, historiador y científico de curiosidad intelectual vasta, que dejó huella con su pluma en casi todos los ámbitos del siglo XVII novohispano.

Los textos aquí reunidos, seleccionados con rigor por María José Rodilla —especialista en literatura áurea y virreinal—, ofrecen una muestra representativa de su prolífica obra. En ellos se despliega una geografía simbólica y real del mundo novohispano: el convento con las memorias de sus monjas, la iglesia y las calles con sus procesiones, el mar y las islas con aventuras de piratas, y la plaza pública, la alhóndiga, el mercado y el palacio virreinal, donde se desata un motín que culmina en un incendio.

Se trata de una edición anotada cuyo propósito es tender puentes hacia el lector contemporáneo. Las notas aclaran términos en desuso y contextualizan referencias a campos tan diversos como la arqui-

tectura, los textiles o la navegación, con el fin de facilitar la lectura y propiciar el encuentro con la obra de uno de los grandes hombres de nuestro pasado.

En la agenda municipal, la cultura, la memoria histórica y la labor editorial seguirán siendo ejes estratégicos. Creemos en la lectura como un acto profundo que abre la mente, amplía la sensibilidad y fortalece el tejido social, porque una sociedad que se piensa a sí misma a través de la palabra se prepara mejor para convivir con respeto, dignidad y esperanza.

Yolanda Osuna Huerta

Introducción

Don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) nació en México, de padre madrileño y madre sevillana. Fue pariente de Luis de Góngora y llegó a ser el criollo más notable de la Nueva España junto con sor Juana, de quien era amigo y al que ella dedicó un poema en el que alaba sus dotes de poeta.

Realizó diversos oficios y ocupó varios cargos en la administración novohispana. Era filósofo, catedrático de Astrología y Matemáticas en la Real Universidad, cuya cátedra sacó y tomó posesión el 20 de julio de 1672 y el 25 celebró el Víctor, que era una especie de desfile de universitarios con músicos por las principales calles de la ciudad. Fue cosmógrafo real de Carlos II, astrónomo, anticuario e historiador, que reunió materiales de la historia prehispánica. Cuando don Carlos era Jefe de capellanes y director del Hospital Amor de Dios, conoció al viajero calabrés Gemelli Careri, con el que conversó y le mostró sus dibujos y escritos sobre las antigüedades de los indios. Otro día de visita, el italiano vio que Don Carlos le daba a los pobres una bolsa de cien pesos y, ante la curiosidad del viajero, le explicó que también era el limosnero del obispo Don Francisco de Aguiar y Seijas. Durante el año de 1697, el afortunado italiano tuvo el privilegio de ver en varias ocasiones al sabio mexicano y que éste compartiera sus conocimientos con él, como cuando le mostró figuras y jeroglíficos, que eran los restos del Templo de Huitzilopochtli, y también dice haber visto las copias impresas de las cartas de Cortés a Carlos V, que poseía Don Carlos, quien también llegó a dominar algunas lenguas aborígenes y logró interpretar algunos acontecimientos de los indios de acuerdo con el calendario cristiano.

Además se desempeñó como contador de la Universidad y corrector de la Inquisición. Él mismo dice en su obra *Infortunios*: «títulos que suenan mucho y valen muy poco». Efectivamente, tenía a toda su familia bajo su potestad y tenía que mantenerla.

Algunos de estos detalles de su vida los leemos en el *Diario de sucesos notables* de Antonio Robles, quien fue su albacea y amigo y lo conoció bastante. Registró, por ejemplo, que estudió en la Compañía

de Jesús y que el 9 de agosto de 1667, después de las 7 de la noche, se salió de la Compañía donde había estado durante siete años y medio. En relidad, no se salió. Edmundo O' Gorman encontró tres cartas que explican su expulsión a causa de las salidas nocturnas cuando era estudiante en el Colegio del Espíritu Santo de Puebla. Después hizo reiteradas peticiones de reingreso a la Compañía.

Por esos años abundaban los temblores en la ciudad de México y «reinaban con las mismas crueldades los cometas»: unos, a manera de espada, otros de colores cenicientos. Con motivo de la aparición del cometa de 1681, escribió y le regaló al viajero Careri su *Libra Astronómica y Filosófic*a, que había escrito para rebatirle al Padre Eusebio Kino los errores en los que había incurrido. En ese tiempo también llegaban la Armada de la Nueva España a Veracruz y la Flota de los Galeones que recalaba en Cartagena de Indias con mercancías y noticias de piratas que surcaban los mares y amenazaban las ciudades costeras. Mientras el inglés Enrique Morgan saqueaba la ciudad de Panamá, don Carlos lo mismo estudiaba la aparición de los cometas que inspeccionaba bahías y penínsulas para hacer los correspondientes levantamientos y estudiar la seguridad de las tierras, por entonces a merced de ataques piratas. Desarrolló empresas de ingeniería, elaboró mapas del desagüe de la Ciudad de México y le encargaron algunas cuestiones militares y estratégicas. En una de esas expediciones a la bahía de Panzacola, conoció al Almirante Andrés de Pez, a quien le dirige más tarde la carta donde narra el motín, conocido como *Alboroto y motín de los indios de México* (1692), del que ponemos un pasaje en la antología con sus dos temas principales: la escasez de pan y consiguiente carestía de cereales por una plaga que cayó en el maíz y el trigo, conocida como chahuistle, que acabó con las cosechas y provocó hambre, carestía y mortandad y el segundo tema, el incendio que se desató con motivo del alboroto desde los petates y carrizos, cajones y bodegones del mercado hasta el Palacio, donde Sigüenza logró entrar con un sobrino y rescatar los libros antiguos y otros documentos históricos. Su biblioteca era vastísima y la legó a la Compañía de Jesús, además de códices, mapas del desagüe, sus instrumentos científicos y donó incluso su mismo cuerpo para que lo abrieran los cirujanos y examinaran el riñón derecho y la vejiga donde encontrarían una gran piedra y los médicos comprobaron que era tan grande como un hueso de durazno.

Entre su gran cantidad de obras, que no podemos incluir en esta antología, destacan las de corte poético: *Primavera indiana* (1668), un poema sacro-histórico sobre la Virgen de Guadalupe, recargado de alusiones mitológicas, como buen poeta barroco. *Las Glorias de Querétaro* (1680) sobre la fundación y construcción de la iglesia de Guadalupe, en Querétaro, y las fiestas que se celebraron para la ocasión, de la que rescatamos un pasaje de la procesión y los festejos en nuestra antología. *El Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe* (1680), que es una relación de fiestas con motivo de la llegada del virrey Conde de Paredes a la Ciudad de México y donde le instruye sobre las virtudes de los emperadores aztecas para que se vea reflejado en ellas, como en un espejo, y los imite y haga grandes obras. *El triunfo parténico* (1683), una compilación de poemas que resultó de la fiesta sacro-universitaria, cuya memoria se encargó al ilustre criollo, quien fue el narrador de los festejos y el secretario y organizador de los certámenes poéticos celebrados para ensalzar a la Inmaculada Concepción, y, por último, el *Oriental planeta evangélico. Epopeya sacro-panegírica al apóstol grande de la Indias* (1700), poema laudatorio dedicado a san Francisco Javier, jesuita que predicó en el Oriente.

Pero, como buen sabio, tiene obra científica: Realizó *Almanaques*, *Lunarios* y la más importante, la *Libra astronómica y filosófica*, un debate entre la superstición y la ciencia, en respuesta al padre Kino, que había escrito sobre el cometa de 1680-1681 una obra, *Exposición astronómic*a, en la que planteaba que los cometas eran presagios de calamidades.

No podemos olvidar su prolífica obra histórica: *Paraíso Occidental* (1684), donde se describe el Real convento de Jesús María, donde estaba su hermana, la madre Lutgarda y escribe biografías de monjas encerradas en un paraíso de religión y virtud. *De las vidas de las monjas, sus visiones y hechos milagrosos* rescatamos los pasajes de Marina de la Cruz. El *Teatro de la Sacra Iglesia Metropolitana de la Ciudad de México*, la *Historia de la Universidad de México*, *Tribunal histórico*, *Piedad heroica de don Fernando Cortés, marqués del Valle* (1689), en la que alaba a Cortés por ser el fundador del Hospital de Jesús, en 1529 y porque dispuso en su testamento que se hicieran a su costa un monasterio de monjas de la Concepción, de la orden de San Francisco y un colegio de estudiantes de Teología y Derecho, ambos en Coyoacán; *Trofeo de la justicia española* (1691), *Relación de la Armada de Barlovento* (1691), ambas tratan de la vic-

toria contra los franceses que habían ocupado la isla de Santo Domingo y *Mercurio volante* (1693), sobre la recuperación de las provincias de Nuevo México. Según el bibliógrafo Beristáin y Souza escribió también un *Elogio fúnebre de sor Juana Inés de la Cruz*, pero no se ha encontrado, en cambio sí tenemos el poema que sor Juana le dedicó a él:

Dulce, canoro, cisne mexicano
cuya voz si el Estigio lago oyera,
segunda vez a Eurídice te diera,
y segunda el Delfín te fuera humano;

a quien si el teucro muro, si el Tebano,
el ser en dulces cláusulas debiera,
ni a aquél el griego incendio consumiera,
ni a éste postrara alejandrina mano:

no el sacro numen con mi voz ofendo,
ni al que pulsa divino plectro de oro
agreste avena concordar pretendo;

pues por no profanar tanto decoro
mi entendimiento admira lo que entiendo
y mi fe reverencia lo que ignoro.

Después de enumerar su vasta producción, no queda más que añadir que hemos seleccionado pasajes de cuatro de sus obras, donde el lector podrá conocer y participar en un festejo virreinal con todos sus sentidos: una relación de fiesta religiosa sobre la dedicación del templo guadalupano, en la ciudad de Querétaro y las procesiones y certámenes que se hicieron para la ocasión, *Glorias de Querétaro* (1680); podrá adentrarse en el convento de Jesús María para conocer la vida de una monja, Marina de la Cruz, con sus pasiones, castigos y milagros en vida y *post mortem*, y a quien Sigüenza legó en su testamento una caja para que se guardara en ella la cabeza de esta beata, cuya vida recreó en su *Paraíso Occidental* (1684); viajará con su protagonista por los mares orientales y del Caribe en una novela de aventuras, cautiverios y piratas, y llegará a las costas yucatecas hasta que logra que

lo socorra el virrey y que don Carlos escriba sus aventuras, *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690) y, por último, participará en un motín y un incendio con otras catástrofes naturales como eclipses, inundaciones, la peste de los cereales y alborotos de los indios en la Ciudad de México, *Alboroto y motín de los indios de México* (1692).

En la lectura de todas ellas aprendemos de la erudición y sabiduría sobre las etimologías prehispánicas. Como hombre de su tiempo, inserto en el sistema virreinal, Sigüenza sabe cortejar a sus benefactores, alaba las grandezas de unos y otros y en todas sus obras afloran sus conocimientos: geográficos, históricos, lingüísticos, científicos, náuticos, eruditos, arquitectónicos, textiles y un largo etcétera.

GLORIAS DE QUERETARO

EN LA

NUEVA CONGREGACION

Eclesiastica de MARIA Santissima de Guadalupe, con que se ilustra:

Y

EN EL SUMPTUOSO TEMPLO, QUE

dedicò à su obsequio

D. JUAN CAVALLERO, Y OCIO

Presbytero, Comissario de Corte del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisicion.

ESCRIVELAS

D. Carlos de Siguenza, y Gongora

Natural de Mexico, Cathedratico proprietario de Mathematicas en la Real Universidad de esta Corte.

EN MEXICO:

Por la Viuda de Bernardo Calderon.

1XIDC LXXX

Glorias de Querétaro

Este primer texto de la antología, Glorias de Querétaro*, para el que consulté dos ediciones, que aparecen en la bibliografía, recrea un festejo por la dedicación del templo guadalupano en la Ciudad de Querétaro. Como es natural en los protocolos virreinales, Sigüenza no sólo alaba al promotor de la fiesta, Fray Payo Enríquez de Rivera, el arzobispo-virrey de México sino también a Don Juan Caballero y Ocio, que costeó el festejo: los adornos del templo, las alhajas de los altares, los tablados para los toros y los toros mismos, pues era dueño de haciendas. Se seleccionaron los pasajes de la procesión, la descripción del templo, una máscara con indios chichimecas y otros reyes y emperadores mexicanos con sus atuendos y adornos, escritos en lengua original por el sabio Sigüenza. Un paseo a caballo con los caballeros principales de Querétaro y sobre todo, los familiares del benefactor, una corrida de toros con rejoneadores y un certamen poético en el que Sigüenza ganó el primer premio con una canción dedicada al arzobispo virrey.*

Procesiones, festejos y disfraces

Colócase el Santisimo Sacramento en la Nueva Iglesia, y se refiere la majestad de este lucidísimo acto

Serían como las cuatro de la tarde, tiempo en que culpando el sol a la vicisitud infatigable de su carrera, quería ya que no cejando el carro de sus ardores, por lo menos reprimiendo el orgullo del luminoso tiro, gozar desde los campos etéreos de su continuo estadio la tarde plausible que en Querétaro había de admirarse, y que ya deseaba ansioso para aplaudirla. Priváronse las nubes de tanta fiesta por que el sol la gozase toda, sin la pensión de que se le pusiesen delante los que en semejantes consursos parece que solo se hallan para estorbo. Y aunque ésta era circunstancia para que la actividad de su ardor fuera sensible, no cuidando de ello la Venerable Congregacion de María Santísima de Guadalupe, saliendo de la casa de su nobilísimo Prefecto, cincuenta y dos Presbíteros Seculares, que son los que la componen, con sobrepellices y bonetes, pasaron al convento parroquial de N. P. S. Francisco de donde había de principiarse la procesión y de donde necesariamente había de salir el Pan Sacramentado, que nos da vida, para que se colocase en el nuevo templo.

Llevaban todos tan embarazados los ánimos con los alborozos del júbilo, que sin advertir faltaba quien los condujese al lugar, que como otra qualquiera comunidad pudiera tener, esperaron en el compás[1] del Claustro que dejando su celda el muy Reverendo Padre Fray Nicolás de León, Lector jubilado, y actual Ministro Provincial de la Provincia de San Pedro y San Pablo de Michuacán, a quien pertenece aquel convento, y las suyas los restantes religiosos, bajasen todos a la Iglesia, de donde con regocijda armonía de la música que rompiendo el aire condensado con fragancias, que la naturaleza produjo en los jardines y que dispuso el arte en los perfumes, fue embeleso suave de los sentidos, mientras a estos se les negó el general repique de las

1. Territorio o distrito señalado a un monasterio y casa de religión, en contorno o alrededor de la misma casa y monasterio.

campanas y el estruendo ruidoso de la pólvora, que con artificiadas invenciones se exhaló en ruidos, sacando de su religioso sagrario el cuerpo de Cristo Sacramentado, que se depositaba en un hermoso viril[2] de plata sobredorada, matizado de preciosas y diversísimas piedras, que por donación de Don Juan Caballero pertenecia a la Venerable Congregación de María Santísima, se principió la procesión, a que precedían no sólo la Tarasca, espantajo travieso de los muchachos, acompañada de gigantes disformes, que este día se vistieron de gala, sino suavísimos ternos de acordes ministriles, interpolados con ligeros coros de bien dispuestas danzas que formó la devoción, así de los naturales circunvecinos, como de los mancebos hijos del lugar. Siguiéronse por sus antigüedades las numerosas cofradías que acreditan la devoción de los que las componen, cada una con el estandarte apropiado a su advocación, formando todos una errante primavera de damasco[3] y lama[4]. No hubo mayordomos, diputados, ministros y cofrades, que no asistiesen aseados con galas y ocupando las manos con blancos cirios, que llegaron al prolijo número de trescientos y ochenta. Eran las cofradías siguientes:

La de los Negros de San Benito de Palermo, honor resplandeciente de la Etiopía y lustre de la religión seráfica;[5] la de San Nicolas de Tolentino; la de la Sangre Preciosísima de Cristo Redentor Nuestro; de San Isidro Labrador y San Antonio de Padua; unas y otras de indios otomíes y tarascos, fundadas en la parroquia de San Francisco en capillas propias; la del Tránsito de nuestra Señora, de los mulatos en la iglesia del Convento Real de señoras religiosas de Santa Clara de Jesús. Seguíanse, o por más antiguas o por más calificadas, otras de San Nicolas de Tolentino, fundada en la Parroquia; la de la Santísima Trinidad, en el religioso convento de San Antonio de los Descalzos; la de Jesús Nazareno y de la Humildad y Paciencia de Cristo, en el observantísimo convento de la Recolección de San Buenaventura de la Cruz de los Milagros; la de la Santa Veracruz; la

2. Caja de cristal que encierra la forma consagrada y se coloca en la custodia para la exposición del Santísimo o también para guardar alguna reliquia.
3. Tela de seda de un solo color, tupida y con cuerpo, entretejida con hilos de distinto tono, brillo y grosor, que forma dibujos, generalmente, florales.
4. Tela de oro o plata en que los hilos de estos metales forman el tejido y brillan por su haz sin pasar al envés.
5. Los franciscanos.

del Entierro de Cristo, la del Rosario de la Virgen Nuestra Señora, la del Venerable y Augusto Sacramento del Altar, todas de españoles, y todas devotísimas y numerosas. Ocupaba el lugar último la Orden Tercera con circunspecta compostura y silencio, a que se seguía la Cruz de la Parroquia, y con inmediación el clero de que se componía la Congregacion de Nuestra Señora de Guadalupe, que en hombros de sus capellanes, entallada por destrísima mano y en unas andas, que vestidas de blanca tela, con flecos y guarniciones de oro, y hechas una portátil primavera de contrahechas[6] flores fueron esmero de la curiosidad y el aliño; llevaba en sus manos las llaves de su nuevo templo para franquearle a su querido hijo el lugar permanente de su asistencia, así como dándole albergue en su virgíneo seno, nos abrió las puertas de la eternidad de la gloria.

Fue esta vez primera que vi preferían a la familia del Vice-Dios y gloriosísimo Padre Nuestro Señor San Pedro, no sólo las de los Patriarcas, sino la de los Hermanos Hospitalarios de San Hipólito, seguíanse pues estos y las Religiosísimas comunidades del Serafín humano de los tres Conventos, de la Regular Observancia, Recolección y Descalcez, como también la de los Carmelitas Descalzos, Padres Jesuitas y otros de las órdenes de San Agustín, Santo Domingo y Nuestra Señora de la Merced, que acertaron a concurrir este día, todos mutuamente interpolados y en coro aparte de los humildes clérigos. Coronaba este concurso, por tantos caminos majestuoso y gravísimo, el que es corona de la divinidad y gloria de nuestra humana naturaleza, Cristo Sacramentado, que debajo de un rico palio de lama blanca, con cuyas varas de plata se ocupaban doce caballeros de los muchos que ilustra aquella Ciudad; venía en la mano del Muy Reverendo Padre Provincial Fray Nicolás de León, terminándose este plausible y lucidísimo acto con la persona del muy noble, amable y erudito caballero Don Antonio Ramírez de Arellano, actual Justicia Mayor de aquella Ciudad, que mediaba entre Don Diego de Zúñiga de Almaraz y Don Cristóbal Sánchez de Guevara y Zúñiga, alcaldes ordinarios, y a quienes acompañaban los restantes ministros de que la Ciudad se compone; siguiéndose a todo apiñadas tropas de innumerables gentes.

Con esta disposición llegó al primer altar, que inmediato al cementerio se había erigido en la entrada de la calle del Hospital

6. Copias o imitaciones de flores reales.

Real, donde revestido de capa pluvial estaba de Preste el Licenciado Don Juan Caballero y Ocio (no sé si como Prefecto actual de la Venerable Congregación de María Santísima de Guadalupe o como la única persona a quien la función de este día se debía), acompañándole de diácono y subdiácono los Licenciados Don Juan de Miranda, ex-vicario foráneo, juez eclesiástico, comisario de los Tribunales del Santo Oficio de la Inquisición y Cruzada, y Don Félix Caballero de Medina, actuales consiliarios de dicha Congregación. Hecha allí una religiosísima pausa, le entregó el muy Reverendo Padre Provincial en sus manos todo el depósito de la divinidad, que se estrechaba en la riquísima custodia, con que se fue prosiguiendo luego la procesión.

Querer decir en la corta brevedad de esta noticia la compostura y general aliño de las calles, fuera querer estrechar en una pequeñez lo muy dilatado y afear con inculto estilo lo muy hermoso. No hubo pared que no se vistiese de las sedas que beneficia el Oriente, y de las preciosas alhajas que, en permuta de su plata, le envía a la América todo el orbe. Las pinturas, geroglíficos y composiciones eran muchísimas y el mayor el ajuste con que los ingenios agudísimos de aquella Ciudad desahogaron su afecto y su devoción. Todo era una fresquísima primavera que, trasladada de los jardines a las calles, escondía la tierra que pisaba, y se interponía a los rayos del sol, que se encendían afanándose por mirar por entre las celosías de juncia y rosas la procesión que le ocultaban los toldos.

Cinco fueron los altares, que en el distrito de la estación se erigieron; y si lo menos religioso de las calles fue tan magnífico, lo sagrado de los altares ¿cómo pudo dejar de ser en todo augusto? Con pausada y religiosísima gravedad fue por la calle, qué diré, hasta el Real Convento de Señoras Religiosas de Santa Clara de Jesús, fábrica ilustre de aquel gran caballero Don Diego de Tapia, indio natural de aquella Ciudad, capitán general de los Chichimecas, conquistador de las minas de Tangamanga, que llaman hoy de San Luis Potosí, de las de Pozos, Escanela, Tonatico y Guzquiluco, y de cuyas hazañas apunta algo en su historia de Michuacán el Padre Fray Alonso de la Rea, libro segundo, capítulo veinte y uno.

Estaba adornada la iglesia con todo esmero, exhalando fragancias que pudo envidiar Pancaya;[7] y habiendo precedido suaves cánti-

7. Isla ficticia paradisiaca en el Océano Índico, entre el mar Rojo y la península

cos con regalada música, se recitó una acción heroica, que en alabanza de la Virgen Madre y del Sacramentado Hijo, premeditó el fecundo numen poético del Bachiller Pedro Segundo de Luna, Notario del Juzgado Eclesiástico de aquella Ciudad, de cuyas prendas dijera mucho debidamente a no estorbármelo la vanidad que pudiera concebir de haber sido su maestro. Con amoroso dolor de aquellas virtuosísimas vírgenes salió de su Templo y prosiguió hasta llegar al Palacio y Casas Reales de la justicia, donde me es fuerza hacer pausa, admirando la presteza del arte con que le compitió a la naturaleza la eternidad y solidez de sus obras. Fabricóse en el corto término de aquella mañana y antecedente noche una montaña, tan al natural en su estructura robusta, que solo la ciencia de que allí no estaba, pudo persuadir su artefacto a los mismos que suspendía. Admiráronse en ella no ya tanto las robustas encinas, altísimos cedros, copados sáuces, gruesos sabinos y desaliñados cardones,[8] cuanto los peñascos, no sé si diga que al natural fingidos, o allí con muy estupendo trabajo amontonados, horrorizaban las profundísimas grutas, regocijaban las invenciones del agua, y ocupando todo de cuantas fieras y aves rompen el aire y huellan la tierra, desde el león rugiente hasta el gorrioncillo canoro, era idea de la montañuela de Guadalupe de México, que con el nombre del Tepeyacac, termina la serranía que a la Imperial Nobilísima Corte de la América le queda al norte. Allí con figuras que al vivo representaban a la intacta Purísima María y al venturoso Juan Diego, con cultos y suavísimos números, se repitió lo que intervino en su aparición milagrosa, depositada en el ínterin la Custodia del Augustísimo Sacramento en un altar, que levantado hacia la parte oriental de la montañuela, diría, fue el que a todos les llevó el aplaudido víctor de los aliños, por haber sido depósito de las mayores preseas.[9]

Finalmente, llegó a la nueva iglesia la procesión numerosa, y habiéndose saludado al Pan de la vida con un eucarístico heroico, pues se recitó en otro altar, que se fabricó contra la puerta occidental, que es la primera del Templo, entre el ruido apacible de las campanas, música de clarines y ministriles y estruendo de la pólvora, que se dispendió en salvas y en invenciones (abiertas las puertas con las llaves de

arábiga.

8. Plantas espinosas como la pita.

9. Alhajas, joyas, telas u objetos preciosos.

plata, que en sus benéficas manos llevó la inmaculada Reina del Universo) entró el Sacramento Santísimo para ser colocado en el Sagrario del altar mayor, como lo fue, con oraciones y deprecaciones, en que se le pidió la perpetuidad de aquel pequeño trono de la majestad de su gloria, que se consagraba al obsequio virgíneo de su intacta Madre. Si hasta aquí se admiraron las atenciones, desde aquí quedaron extáticos los sentidos embarazándose los ojos en tanto objeto, que no fue menos que el interior del Templo, cuya simetría pudiera mejor que mi pluma volar por el mundo con las que alienta la fama.

Descríbese la fábrica del templo, la simetría de sus retablos y altares, las alhajas que su patron le dona y otras muchas acciones que califican su liberalidad y munificencia

No cuidando de los macizos del muro, la longitud del pavimento y planta del majestuoso Templo, que corre del Poniente al Oriente, son ciento y sesenta pies castellanos, que se distribuyen en esta forma: ciento en lonja y cuerpo de la iglesia, desde el claro de la puerta principal, que es la que mira al ocaso, hasta el primer arco toral de la capilla mayor; treinta y cuatro que tiene ésta de diámetro hasta la grada que divide el Presbiterio, que se extiende por los veinte y seis restantes, terminándose toda la longitud en el muro oriental, que se adorna con el altar mayor. El ancho, segun las reglas del arte, es casi el tercio de lo que corre la lonja, esto es, treinta y cuatro pies; y constando de otros tantos de diámetro de la capilla mayor, queda ésta en cuadrado perfecto, extendiéndose por cada lado la profundidad del crucero, que es el que forma la disposición de la iglesia, diez y ocho pies, con que todo éste, de pared a pared, se mide con setenta, que es lo sobradamente necesario para su cabal desahogo. El todo de la fábrica es de órden dórico, de que constan las basas de las formas y pilastras, y la coronación de la cúpula y muro, desde cuyo arquitrabre, friso y cornisa comienza el juego de las bóvedas, que son por arista, las cuales por la frente de sus arcos, desde los enjarzamentos, tienen todo el punto de aquellos, como también por sus diagonales, siendo uniformemen-

te para su elevacion perfectísima de tres puntos. El adorno con que todas las bóvedas se hermosean es de perfiles y crucería de mosaicos vaciados para su mayor consistencia en el mismo barro; y desde donde en lo interior corona la luneta hasta el pavimento del Templo, hay algo más del tanto y medio de su altura, que son cincuenta y tres pies. Siguiéndose de esta ajustadísima proporción una muy escombrada y singular hermosura, que desde el más retirado ángulo se goza toda, a que ayudan admirablemente las ventanas que ocupan todos los cuarteles y formas, así del cuerpo de la iglesia como de los brazos del crucero, capilla mayor y presbiterio, cuyo cerramiento es en cercha[10] con derrames interiores y exteriores, para que no perdiéndose luz alguna de la que son capaces, goce el interior de claridad admirable.

No es lo menos plausible en esta fábrica, la bóveda inferior del coro, cuya disposicion acertada es aclamado crédito de su artífice y embeleso suave de cuantos atienden a su estructura. Compónese de un arco escarzano[11] a tres puntos, guarnecido de dos pechinas ochavadas, con sus corresponsales en los opuestos ángulos, sobre que se sostiene la bóveda de figura circular en todo su vuelo, pero tan insensiblemente esférico su derrame, que elevándose su mayor eminencia sobre el nivel del Templo veinte y cuatro pies, está el centro de la inclinación de su circunferencia más de otros treinta debajo de tierra, pareciendo que sólo la sustentan sus cortes y bien acertados baiveles,[12] y como a todo esto se añade el ornato de la serie mosaica, que la hermosea, no hay quien no juzgue ser perfectísimamente plana y sin alguna pendiente.

En su tanto aún blasona de perfección la cúpula de la media naranja que cubre la capilla mayor y corona el Templo; porque sobre ocho pilastras que fortalecen los ángulos que forma esta capilla con el presbiterio y lonja, cuya materia, con la de sus traspilares y muros, es de cantería de color de rosa, se levantan los cuatro arcos torales con hermoso vuelo que corre igual al balance de las bóvedas,

10. Estructura o armadura de cubierta que sirve de base para la construcción de arcos y bóvedas. Es la cimbra.
11. Arco corvado.
12. Escuadra falsa, con uno de sus brazos recto y curvo el otro, usada generalmente por los canteros para labrar dovelas, que son piedras en forma de cuña que componen un arco o bóveda.

cuyos medios puntos toca un círculo, que cargándose sobre ellos y las cuatro pechinas que desde el contacto y nacimientos de dichos arcos siguen el movimiento de estos, formando cuatro triángulos esféricos equiláteros, que se adornan con la pintura de cuatro Sumos Pontífices que de sacerdotes seculares no sólo ascendieron a tanto solio, sino a la veneración y culto de los altares, sirve de banco con su coronación de arquitrabe, friso y cornisa a la cúpula de la media naranja, que es perfectamente esférica, por ser su altura de diez y siete pies, mitad de treinta y cuatro, que es el diámetro de la capilla mayor. Su adorno interior es por istrías, que siguen el mismo derrame que el vuelo de la bóveda, cuya clave es un ojo de siete pies de diámetro, sobre que la lanternilla o fanal, sin comprender el remate, se eleva por quince pies, en forma cilindroide, con cuatro brechas rasgadas, por donde se comunica la luz a lo interior.

A este perfectísimo todo, sirven de agraciado adorno dos capillas que, inmediatas a la puerta principal de la iglesia, tienen las suyas debajo del coro, en lo que ocupa la capacidad de las dos torres, que para la fortaleza de aquélla y hermosura del Templo, actualmente se están fabricando, a desvelos de la montea[13] y a primores del arte. Los caracoles por donde se franqueará su altura se terminan en puertas al plan del coro, que ha fortalecido y hermosea con una bien trabajada y pulida reja, con balaustres, zoclo y cornisamento de caoba y cedro. La portada principal, que es la del Occidente, tiene de claro el tercio del ancho de la iglesia, siendo su arquitectura y fábrica en el primero y segundo cuerpo, de que consta, de orden corintio, con igual coronación y sin igual bizarría, así en el ajuste de su simetría, como en lo istriado y capiteles de sus pilastras. A esta corresponden dos colaterales en los costados, de admirable proporción en su órden dórico, la septentrional señorea la calle y compás del cementerio, y la meridional ha de franquearse a la vivienda y colegio, que premedita la liberalidad insigne en su fundador generoso. Todas tres se fortalecen con hermosas y agraciadas puertas de oloroso cedro, guarnecidas con clavos y guarniciones de bronce. Correspondiente en todo a esta grandeza es la sacristía y antesacristía, que demuestran en su estructura y bóvedas la igualdad y primores de su valiente artífice.

13. Dibujo de tamaño natural que en el suelo o en una pared se hace del todo o parte de una obra para hacer el despiezo, sacar las plantillas y señalar los cortes.

Si desnuda esta máquina de los adornos de la elocuencia, que no me asiste, es embeleso suave de los sentidos, ¿qué será verla adornada con el retablo mayor que la ennoblece? La distribución en su ensamblage es en tres cuerpos, como su construcción en tres órdenes. El ínfimo, que estriba sobre un banco o zoclo, que se compone de ocho niños animados con diversísimos movimientos y adornados de bandas y de volantes, consta de ocho columnas turbinadas, tortuosas o salomónicas, revestidos y entallados todos sus macizos de follajes hermosísimos; éstas y sus capiteles y basas son de orden corintio, como sus traspilares, muros y cornisamento, todo ello igualmente trabajado y dorado con primor grande. De esta disposición se forman tres intercolumnios o calles, y en la principal, que es la que promedia debajo de una agraciadísima concha, está el Sagrario, todo de orden corintio, con doce columnas y figuras excelentes. En el segundo cuerpo se explayó la libertad compósita, revistiendo los tercios de sus columnas con variedad admirable, como también el resto de su estructura, cuyo medio superior sive de trono a María Santísima, que trasuntada del mismo original con el diestro pincel de Baltasar de Echave, tercero de este nombre, y no inferior en la valentía del dibujo a su abuelo y padre, entre varias y estimables cortinas es el cariño tierno de cuantos la atienden y veneran afectuosos. La tercera porción era de orden jónico, y la fábrica nada inferior a las precedentes, con igualdad en sus partes, que abrigaban un curioso nicho, en que estaba colocada una imagen del Gloriosísimo Patriarca Señor San José, y a sus lados, en cuatro estípites o repisas, cuatro agraciados ángeles, que reciben la coronación en que terminaba toda la fábrica. En las acroterias,[14] como principal puesto de los remates, hay unos lindos muchachos con banderas de tafetán, bordado en ellas el Santísimo nombre de María, y otros al pie de la venerable imagen, cuyas manos se ocupan con algunos atributos de su grandeza. Los seis claros de los intercolumnios laterales se llenan con seis tableros en que del mismo pincel se admiran seis ángeles, que diferenciándose entre sí por el perfil, escorzos y movimientos, convienen en sustentar con las manos unas tarjetas a que se trasladaron los mayos y los abriles, y en donde se idearon diversos símbolos bíblicos de la purísima Virgen.

Costear este retablo, y lo que se eleva el Templo, desde el asiento de sus primeras basas hasta su descollada eminencia, no es dudable

14. Pedestales que sirven de remate a un frontón.

que arguye insigne liberalidad en su patrón magnífico, pero ya esto lo hicieron muchos, y lo que se sigue no sé que hasta ahora lo practicase alguno. Parecióle a Don Juan Caballero que le faltaba adorno a su nueva iglesia, y así dispuso que para este día de su dedicación estuviesen acabados otros cuatro retablos, que con el principal tuvieron de costo diez y seis mil quinientos pesos, los cuales se colocaron en esta forma: en el brazo derecho del crucero colateral al presbiterio se puso el del grande Apóstol de la India San Francisco Xavier, y en su correspondencia, otro consagrado a aquel ángel de la pureza, luminar de excelente magnitud y honor del clero, San Felipe Neri; en el cuerpo de la Iglesia, enfrente del púlpito, se erigió otro a la Soledad dolorosa de la que es alegría de los ángeles y regocijo del universo, María Santísima, y el cuarto, inmediato al púlpito, se dedicó al fundamento de la católica iglesia, San Pedro, Nuestro Padre. En todos ellos, que son de dos cuerpos, sin las coronaciones y remates, tuviesen bien los mexicanos artífices donde lucir las perfecciones del arte, y así excuso el describirlos, porque tengo que decir mayores cosas.

Cuanto sirvió entonces en la iglesia, todo fue nuevo y todo ello costeado del liberalísimo caballero; parecerále a alguno que hago inventarios, y no es sino proponerle a los venideros el modo con que debe desempeñarse quien quisiere ofrecer su hacienda al mismo que se la dio con larga mano. A los dieciséis mil y quinientos pesos, que costaron los retablos, se pueden añadir ochenta mil, en que después de su exterior perfección estará la iglesia, y a estos el valor de casi mil marcos de plata que se labró en las piezas siguientes: dos lámparas, y la una sobradamente grande, a que acompañan dos garbosas arañas de mucho número de mecheros; seis blandones imperiales de a tres cuartas y otros seis pequeños; dos ciriales, con incensarios y dos navetas; un atril y palabrero hermosísimo; cuatro cálices, dos de ellos dorados, y todos con salvas campanillas y vinajeras; dos vasos sacros para el depósito dorados; una admirable Cruz magna de filigrana y otras tres para los altares; doce pebeteros, un acetre y su hisopo; un viril y custodia dorada y engastada de pedrería. A esto se añadieron dos espejos con lunas de vara y cuarta de largos y el ancho proporcionado, en galantes marcos dorados; un púlpito de ataujía[15] con tornavoz laboriosísima de lo mismo; dos aguiluchos sobredorados para tener los ciriales; un ornamento entero de casulla,

15. Obra de taracea de metales finos o esmaltes, típica del arte hispanoárabe.

dalmática, estolas, manípulos, paño de cáliz y bolsa de corporales, bordado en Italia, que costó dos mil y quinientos pesos; cinco frontales, dos casullas y una capa pluvial de raso blanco, con flecos y sevillanetas[16] de oro fino; tres albas de cortados de Campeche, y otras tres de Bretaña con puntas de Flandes unas y otras, con amitos,[17] palias[18] y manteles correspondientes; doce cíngulos ricos, dos almaizales[19] y un paño de púlpito, bordados sobre raso; cuatro aras nuevas; una alfombra del Cairo de nueve varas, y tapetes para todos los altares; veinte y cuatro ramilletes de flores contrahechas de jibión, cambray, calapicis[20] y argentería; doscientas piezas de jarras y candeleros plateados; ropa blanca duplicada para el uso cotidiano de todos los altares; tres misales; dos campanas, una de cuatro y otra de siete quintales de peso. Todo esto se estrenó este día, y en el mismo donó a la Santísima Virgen cuatro piezas de esclavos, el uno con su ropón de paño azul, y en él bordado el nombre de su Señora, para que sirviera de perrero; otro para que administrara lo necesario en la sacristía, y dos negrillos para que ayuden a misa. A todo esto precedió la fundación de tres capellanías de a dos mil pesos de principal y ciento de renta, la una para congrua[21] del sacerdote que sirviere de sacristán, a quien fabricó casa adjunta a la Iglesia, con la obligación de decir la misa todos los sábados; otro ha de tener esta obligación los viernes en el altar de San Francisco Xavier, y el último todas las festividades de la Virgen María en su altar de la Soledad. Corona de esta magnificencia fueron cuatro huérfanas pobres, criadas con toda virtud y modestia en el Convento Real de Señoras Religiosas de Santa Clara de Jesús, de aquella Ciudad que, aliñadas con todo esmero y riqueza, acompañaron esta tarde la procesión y asistieron al siguiente día a la misa y sermón, y a quienes en cariñoso obsequio de la Purísima Señora, dotó con mil y doscientos pesos, que puso de manifiesto, para exhibirlos a quien se deban cuando tomaren estado.

---

16. Encajes, ribetes, adornos, guarniciones de la vestimenta más elaborada, que se confeccionaban de variados y finos materiales traídos de distintas zonas de Europa.
17. Lienzos finos, cuadrados y con una cruz en medio, que se ponen sobre la espalda para celebrar los oficios divinos.
18. Trozos de telas cuadrados que se usan para tapar el cáliz durante la misa.
19. Telas finas de seda o lino, o un velo usado por sacerdotes.
20. Jibión, en forma de calamar; cambray, especie de lienzo blanco y sutil y calapicis, en forma de cola de pez.
21. Renta mínima de un oficio eclesiástico.

POMPA CON QUE SE DEDICA EL TEMPLO; MÁSCARA CON QUE LO FESTEJAN LOS INDIOS. DÍCESE QUIÉNES FUERON LOS PRIMEROS QUE EN AQUELLA CIUDAD LES PREDICARON EL EVANGELIO Y SE PONDERA UN CASO QUE PARECIÓ MILAGROSO

El corto espacio que le quedaba al día lo corrió el tiempo para que se introdujese la noche, si es que pudo haber sombras cuando sólo parece que los resplandores triunfaban, no digo en las casas de Don Juan Caballero, que ya se sabe que allí siempre ha sido esfera del lucimiento, sino generalmente en todas las calles, terrados y ventanas, en que hubo copia grande de faroles, hachones y luminarias, siendo la iglesia de Guadalupe, no sé si diga emulación de las centelleantes oficinas del abrasado Esterope[22] o remedo de los europeos Vesubios y de los americanos volcanes. Los cohetes peregrinaban las regiones del aire por luminosas veredas, quedando por memoria caduca de sus instantáneos lucimientos, el humo ruidoso que les seguía los pasos. Con buscapiés y trompillos se regocijaba la plebe huyendo al mismo tiempo de las tronantes bombas y admirándose de las ligeras ruedas, que animadas con el espíritu de la pólvora, se devanaban en círculos lucientes, y se desgajaban en triquitraques y estrellas. No imaginó la travesura del arte alguna de cuantas consume el azufre y salitre, que les granjea el lucimiento y aplauso que en ésta y en las siete siguientes noches no fuese objeto bellísimo de la vista, que se suspendió ya con sierpes monstruosas, ya con gigantes desmesurados, y esto sin faltar toros, hombres armados, regocijo, alboroto, gritos, algazara, que duró algunas horas que le hurtó la curiosidad al descanso.

Sepultóse finalmente todo este esplendor (que por violento necesariamente había de tener término corto) en el silencio mudo de la noche, que nunca se vio tan breve como este día, porque antes que el domingo se asomase por los balcones etéreos del horizonte oriental, y aún antes que la púrpura aurora dejase los dilatados cristales del mar Atlántico, para inundar los valles deliciosos del occidente con el ámbar vegetable y líquido aljófar, que le tributa a Vertumno,[23] se coronó el

22. Volcán en la isla de Lemnos, en el mar Egeo. Asociado con el dios del fuego, Hefesto, quien se decía que tenía su hogar en el volcán.
23. Divinidad romana que personifica la mutación de la vegetación durante el transcurso de las estaciones.

nuevo Templo con ternos de chirimías y dulzainas, que interpolándose con el eco numeroso de los clarines y concertadas salvas de morteretes, obligaron al sol que acelerase sus luces, mientras saludaban a la aurora cuantas campanas al golpe con que organizan sus voces rompen, desde las altas torres que las sostienen, el aire dilatado que las circunda.

Amaneció en fin el domingo, y franqueada la iglesia al numeroso concurso, que admiré grande en cuantas circunstancias le granjearon este título en cualquiera corte, cuando a la calificación de lo noble y lo lúcido se agregó en maridaje excelente lo religioso y docto. El retablo mayor pedía particular relación si hubiera de individuar sus aliños. En éste y en los siete siguientes días se mostró pira ardiente con poco menos de trescientos soles que en otras tantas bujías de a libra ardieron cada día en obsequio de la divina Señora; y sólo Querétaro pudo en esta ocasión tributar flores a la Reina de ellas, tantas fueron las que hermosearon su trono, tantas las que suavizaron los sentidos con la variedad de matices y de fragancias [...]

A las tres de la tarde comenzó a manifestarse por la publicidad de las calles, dividida en cuatro trozos, de los cuales el primero no tuvo cosa especial que mereciese alabanza, por haber sido una desordenada confusion de chichimecos montaraces, que sin otra ropa que la que permitió la decencia, y sin más adorno que los colores terrizos con que se embijan los cuerpos, afeadas las desgreñadas cabezas con descompuestas soeces plumas y casi remedo de sátiros fingidos o de los soñados vestiglos, horrorizaban a todos con algazaras y estruendos, mientras jugando de los arcos, de las macanas daban motivo de espanto con el bárbaro especimen de sus irregulares y temerosas peleas.

Más aplausos consiguió una compañía de infantería con que se principiaba la máscara[24]; componíase de ciento y ocho mancebos, a seis por fila, no habiendo entre todos quien no adornase su persona con exquisitas galas a la española; siendo matizado entretenimiento de aire las bandas volantes, que de los sombreros se adornaron y ennoblecieron. Pero nada de esto me confundió como el ver que sin más prácticas que el cuidado en que tal vez atendieron las españolas marchas o en conductas de gente, o en regocijos y fiestas, dispusieron la suya con orden tan admirable, que ni en el compás de los movimientos, ni en la igualdad de las filas, ni en la gala de disparar, ni en

24. Procesión con disfraces y danzas por las calles con motivo de alguna celebración.

la presteza de las cargas, ni en el concierto de escuadronarse y salir, les hicieran muy conocidas ventajas los veteranos, de donde puede inferirse, no ser incapaces de disciplina, si acaso fuera necesario introducirlos en los marciales estudios. Causó tambien asombro la ligereza con que jugaba una pica el que capitaneaba esta segunda tropa.

Seguíanse luego cuatro clarines en cuatro bien arrendados caballos engualdrapados de frisa[25] encarnada, ribeteada con guarniciones de plata, cuyas dulces cadencias y trinados redobles fueron plausible prólogo del tercero y más principal trozo de la lucida máscara, que se compuso de grandeza, que aunque gentílica y bárbara, mereció las aclamaciones de augusta a beneficio del cetro que rigió el dilatado Septentrional Imperio del Occidente. Y claro está que fuera monstruosidad censurable el que para manifestar su regocijo los indios se valiesen de ideas extrañas, cuando en la de sus Emperadores y Reyes les sobró asunto para el lucimiento y la gala que todos vestían era la antigua, que se manifiestan en las pinturas y que se perpetúan en la memoria, siendo en todos tan uniforne el traje, como rica y galante la contextura de sus extraordinarios adornos. Capitaneaba la tropa el que ideaba al gran Don Diego de Tapia, de quien tengo ya dicho en lo anterior. Seguíase el anciano Xolotl, primer Emperador de los chichimecas en la última poblacion de estas provincias, después de la memorable ruina de los toltecas; y a éste Nopalton, Tlotzintecuhtil, Quinatzin, por otro nombre Tlaltecatzin, Techotla, e Ixtlilxuchitl, todos seis del linaje chichimeco, y a quienes sucedieron los dos tepanecas, Tezozomoc y Maxtla, que aunque tiranos, gozaron la universalidad del dominio en que por muerte y rota[26] de los ejércitos de éste, entró el cuarto Rey de los mexicanos aztecas, Iztcoatl, y consiguientemente, Motecuhzuma Ilhuitzotl, Motecuhzuma Ilhuicamina, Axayacatzin, Tizozic Chalchiuhtonac, Ahuitzotl, Xocoyotzin, Chuitlahuatzin, y el infeliz y desgraciadísimo Quauhtemoc. No dejaron de acompañar a éstos los tres primeros Reyes mexicanos, Acamapich, Huitzilihuitl y Chimalpopoca, aunque no gozaron de esta grandeza, como ni los seis últimos de Tetzcoco, que jamás tornaron después de la muerte de Ixtlilxochitl a la posesión del Imperio, y fueron Nezahualcoyotzin, Nezahualpilli, Cacamatzin, Cuicuitzcatl, Coanacotzin, e Iztlilxuchitl segundo.

25. Tela suave, abrigada y resistente.
26. Derrota.

Adornábanse las cabezas de todos con el xiuhzolli, que era divisa propia del Señorío, siendo cada uno de ellos noble depósito de cuantas riquísimas piedras desde el Oriente a que debieron sus brillos pasaron a estas provincias del ocaso a manifestar sus quilates, no faltándoles la estimable trenzadera, en que se primorizaba su gala, como son el malacaquetzalli, tlauquecholtontec y aztatzontli, todos uniformes en la preciosidad de las plumas, y todos singulares en lo exquisito de su admirable disposicion lucieron en pies y manos el iexiteceuceuxtli, icxipepetlachtli y matzopetztli y sobresalieron las extraordinarias costosísimas mantas, que sólo servían a la Majestad en el trono, que llamaban xiuhtlapiltilmatli y netlaquechilloni, pero ¿para qué me canso en particularizar sus aliños, cuando por referirlos en la propiedad de la elegante lengua, puede ser que fastidie a quien ignora el idioma mexicano? Terminábase esta lucidísima tropa con la persona augusta del invictísimo Emperador Carlos V, en quien recayó esta Occidental Monarquía, con que extendió su dominio desde la boreal Alemania, hasta el americano Occidente, adornábase su persona con todas armas, grabadas de oro y pavonadas de negro, montando, como también sus predecesores, no sé si diga que en los hijos del Céfiro, o en los caballos del sol, porque reconocidos a la majestad que los gobernaba, proporcionaban sus movimientos airosos con la igualdad compasada con que se pasea por la eclíptica del apolíneo tiro debiéndole las plumas que los mintieron Pegasos, al aire de sus borneos cuantos aplausos se conciliaron sus apacibles visos; correspondió en fin la bizarría de los jaeces costosos a lo augusto de los que con ésta, recomendaron su gala.

Seguíase un carro triunfal, muchas veces más dichoso que el que en las elevaciones del firmamento se forma de luces y se tachona de estrellas. El tendido que sustentaba las ruedas midió seis varas de longitud, que fue dupla del ancho y subsesquialtera[27] de la altura, monteándose en este desahogado distrito sobre fingidas ondas de velillo de plata, blanco y azul, un barquetón, cuyos costados fueron desvelo del ensamblaje, que con rolios, caulícados y tarjetas, lo ennobleció a todo resto, y lo hermoseó con pulidísimo aire; salían de un mascarón, que terminaba en proa, diversas bandas de tafetán encarnado, que embebidas en los tirantes parecía que ellas lo eran para que se condujese esta máquina. Elevábanse por la popa dos elegantísimos arbortantes, de que

27. Una cantidad está en proporción de 3 a 2.

se formó un trono, en cuyo medio, debajo de una volada concha, que por la parte anterior sustentaba dos bichas pérsicas, iba colocada la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, desde cuyo solio corrían a lo ínfimo algunas gradas, que se encubertaron con trapillos de seda, como también se hermoseó el todo con diversos gallardetes de tafetán de colores, que junto con innumerables ramilleteros de matizadas flores parecían errante primavera, que mucho mejor que los pensiles de Babilonia a la mortal Semíramis se dedicaba a la Reina inmortal del Paraíso celeste. En lugares acomodados se distribuyeron seis agraciados ángeles, que se ocuparon con algunos atributos de la Santísima Virgen, y arrodillada en lo ínfimo de las gradas, una hermosísima niña, adornada con los atavíos indianos, en que se ideaba no tanto la América en lo común, cuanto con especialidad estas Provincias Septentrionales, que llamó la gentilidad Anáhuac. Ocupaba las manos con un corazón, que era el de todos, y con un perfumador que exhalaba fragancias y suavidades.

Alrededor de este carro triunfal iba una danza del célebre toncotín mexicano; y si para remedar en ella la majestad con que los reyes antiguos la practicaban, se visten ordinariamente con todo esmero, ¿qué sería ahora en ocasión tan plausible? Esta era la cuarta porción que terminaba la máscara, añadiéndosele por grandeza algunos venerables ancianos, que al son del tlalpanhuehuetl y teponaztli, a que acompañaron el omichicahuaztli, ayacaztli, cuauhtlapitzalli y otros instrumentos semejantes, propios de su nación, referían las alabanzas de la Santísima Vírgen en cultos cánticos de elegatísimo estilo. Con esta grandeza discurrió algunas horas por los conventos y calles principales de la Ciudad, recitando en aquellos algunas loas, en que manifestando el regocijo común, se descifraba el motivo de tanta fiesta.

Aunque el natural novelero de los indios suele no necesitar de estímulos para difundirse en regocijos y fiestas, haberse ahora alargado tan nimiamente en la magnificencia y el gasto, pudiera parecer muy advertible a los que sólo se pagan de lo primero que atienden, sin investigar el origen de lo que ignoran; mucho es lo que en ellos puede la insinuación de los que administran justicia; más es, sin duda, lo que recaba de sus afectos la devoción de María Santísima de Guadalupe de México; pero en esta ocasión relució en grado eminente su gratitud festejando a los clérigos, en agradable reconocimiento de haber sido

los de este estado los primeros que de las tinieblas de la gentilidad los trasladaron a las luces del cristianismo, mediante la semilla del Evangelio que en sus corazones plantaron […]

Llegóse finalmente la noche en que se repitieron los fuegos, singularizándose ésta con un favor que hizo la Soberana Virgen de Guadalupe a una de las principales personas del linaje de Don Juan Caballero y Ocio, que fue la de Don Félix Caballero, presbítero, cuya condición suave sirve de vistoso esmalte a sus grandes prendas, éste o para gozar mejor, o para disponer el concierto de las invenciones de fuego, había subido a una de las torres de la nueva iglesia, y queriendo al tiempo de bajar ser el primero, faltando el pie desde su mayor eminencia, cayó por el cubo de la torre con tan arrebatada violencia, cuanta es la gravedad descuidada de un cuerpo humano; no fue el descenso tan recto que dejase de dar una y otra vez con la cabeza y rostro por las paredes, en distancia de casi ocho varas que había hasta los primeros escalones del caracol, que son veinte y tres para coger la puerta que desemboca en el coro; por todos ellos rodó, con circunstancia de formarse de piedras brutas, que por faltarles todavía la perfección, sobresalen con penetrantes puntas. A lo horroroso y desmesurado del golpe, quedó sin sentido, arrojando sangre por todos los orificios del cuerpo y con cuantos síntomas mortales se reconocen en estas ocasiones.

Pero como quiera que luego al principiar su ruina no halló más refugio que la invocación de la Virgen María de Guadalupe, no desamparó la piadosísima Señora a su Capellán en tan terrible tribulación, y así estorbó cariñosa las intolerables consecuencias de la caída. Yo no quiero calificar el suceso por milagroso, pero teniendo experiencia de lo que sin merecerlo nuestra indignidad hace repetidas veces su dignación, estorbé piadosamente que después de restituírsele los sentidos recibiese los Sacramentos, porque no me persuadí peligrase en esta ocasión quien era de la familia que tan liberal se empleaba en el obsequio de la Inmaculada Señora, y más habiendo invocado en lo mayor del riesgo su patrocinio. Al tercer día tuvo perfección en la sanidad, sin quedarle lesión alguna del precipicio, siendo así que en él intervinieron los accidentes de muerte, para que reconozca Don Félix Caballero, que le es deudor a María Santísima de la continuación de su vida.

Razón breve de lo restante del octavario, que se regocijó con sermones, comedias, certamen poético y corridas de toros

Fuera muy censurable el que yo abusara de la preciosidad de las horas, individuando las menores circunstancias de lo que intervino en el octavario, porque siempre se juzgó por el presente, era más que primero, único día en que se esmeró la grandeza; tanta fue la de los los numerosísimos concursos, la de los adornos y composturas en el altar y en la iglesia; la de la música y los perfumes; la de las luminarias y de los fuegos; y esto sin interrupción de la común alegría, que se repetía en plácemes y en aplausos, manifestando todos la universalidad de su júbilo en la complacencia gustosa con que se hallaban. A esta uniforme majestad y soberanía añadieron estimables quilates los sutiles y primorosos discursos de los predicadores doctísimos, que se afanaron en el estudio para celebrar a María Santísima de Guadalupe, en la plausible estrena de su reciente iglesia. No quiso la Venerable Congregación que de la boca de los suyos, ni de otro alguno de los del clero, se oyesen sus alabanzas, ni las del magnífico Don Juan Caballero y Ocio, su benefactor y patrón insigne, por que no peligrasen en el bajío del amor propio, sino que sobresaliesen en la voz extraña […]

En el decurso de estos días no faltaron otros particulares regocijos para que se divirtiesen los ánimos, porque el lunes, habiéndose levantado un espacioso tablado enfrente de la puerta principal del Templo, que se aliñó con vistosos doseles y colgaduras, se representó en él a la multitud grande de gente del pueblo, que allí asistía, la comedia del *Principe de Fez*. Admiráronse todos, no tanto de las galas y singulares adornos que variaron los personajes, cuanto de la extrañeza y singularidad que en aquella historia verdaderísima se contiene; acompañóse con sainetes gustosos, y no faltó cosa alguna de cuantas son decentes en el estilo cómico. Repitióse semejante función el sábado siguiente dentro de la misma iglesia, en cuya capilla mayor, al siniestro lado, se formó un desahogado teatro, desde donde se dio a más pulido auditorio el auto virginal de la Destrucción de Troya, que para desempeño de nuestra Imperial Academia[28], en las fiestas anuales, que con magnificencia augusta celebraba el singular misterio

28. La Real Universidad de México.

de la Inmaculada Concepción de la Purísima Virgen, dispusieron con elegante entusiasmo y suavidad hiblea,[29] Don Agustín de Salazar y Torres, en quien vieron los teatros de la Corte de Madrid, hasta donde rayan los mexicanos estudios, el Bachiller Juan de Guevara, capellán mayor del convento de Señoras Religiosas de Santa Inés, hijo primogénito del Dios intonso, que le sugiere con inmediación cuanto escribe y el capitán Don Juan Vélez, regidor ahora y provincial de la Santa Hermandad de la Ciudad de México, de cuyo talento poético, cuando ya no estuviera tan aplaudido, dieran información muy bastante las cultísimas octavas, que no ha muchos meses imprimió a la aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe. No se omitió tramoya alguna, ni aun la menor circunstancia de las que se necesitaron para que conservase el auto virginal aquella consumada grandeza con que salió la primera vez a la publicidad; y así se estretuvieron con gusto los que dedicaron la atención al aplaudido festejo.

Terminóse finalmente el Octavario con la tarde del domingo subsecuente, en que se premiaron las poesías, a que pusieron leyes las del certamen poético, que fue estimable complemento de todo lo grande que se admiró estos días, y que se debió al eruditísimo genio de Don Diego Caballero de Medina, que más por obsequiar a la Santísima Virgen, que por cortejar a su sobrino, Don Juan Caballero y Ocio, retratando en alegoría las acciones mitológicas de Diana, los privilegios de la Purísima Virgen de Guadalupe de México, discurrió la circunstancia de estos en la alegría de aquéllas, con engarce y acolutia[30] tan docta, cuanto es el crédito que estas hermosas letras le merecieron desde su niñez tierna hasta su ancianidad venerable. Trasladado el discurso a que acompañaron los asuntos que se habían de ventilar en la palestra métrica, a una hermosísima tarja,[31] se publicó el lunes veinte y dos de abril, segundo día de Pascua de Resurrección, previniendo en lo anticipado del tiempo el que alcanzasen las noticias a lo más distante.

Principióse el paseo desde las casas de Don Juan, que honraron muchos caballeros[32] de la Ciudad, montados todos en hermosí-

29. Perteneciente o relativo a Hibla, monte y ciudad de la Sicilia antigua, famosos por su miel.
30. Coherencia.
31. Cartel que se utiliza para identificar a los participantes en un certamen o concurso.
32. Se refiere a los caballos de Apolo.

simos caballos, que con tocaduras costosas y ricos jaeces, suspendían las atenciones de cuantos admiraban su lozanía robusta. Llevaba el último lugar Don Juan Caballero Navarro, hijo de Don Nicolás Caballero y Ocio, y haciendo representación de la persona de Apolo, no pasé duda en que sería alguno de sus caballos el que conducía el agraciado joven, tanta era la gala con que casi sin oprimir la tierra rasgaba el aire, debido todo al influjo majestuoso que le gobernaba el aliento; iba vestido de brocado encarnado, con chapería de oro, siendo de lo mismo, aunque de color verde el manto talar en que sobresalía la rubia guedeja, que se coronó en vez de oloroso laurel nativo, con uno contrahecho de riquísimas esmeraldas; ocupaba la mano siniestra con la tarja en que se contenía el certamen, asistiéndole doce lacayos con exquisitas libreas. Tan ocioso fuera decir que precedían clarines y cuantas otras menudencias suelen ser individuas a estos actos, cuanto culpable no publicar un borrón con que se principiaba el concurso; pues aunque por la ruindad de su pequeñez no parecía advertible el poder pasar por enano entre los pigmeos, era lo mismo que se le recomendó para que se hiciese notable, era éste un negro enanísimo, y por el consiguiente agraciadísimo traste, que sin oprimir un generoso caballo que gobernaba, fue regocijo aplaudido de cuantos lo brujulearon atentos. Discurrió por varias calles este paseo, y quedó fijado el cartel en las puertas de la iglesia de Guadalupe.

En los días que corrieron se fueron presentando varias composiciones al secretario; y aunque para la palestra y literaria justa se había asignado la antesacristía del nuevo Templo, pareció después sería más a propósito la iglesia del Real Convento de Santa Clara de Jesús, no tanto por su capacidad, que es mucha, cuanto porque aquellas religiosísimas vírgenes gozasen algo de lo mucho grande que les negó la clausura y de que por instantes les avisaba la fama. Hízose la juiciosa crisis de las poesías con la mayor rectitud y cuidado, pero siendo los jueces los que fueron, ¿cómo no había de intervenir esto en acción tan grave? Fueron el General Don Antonio Ramírez de Arellano, justicia mayor de aquella Ciudad, y los muy Reverendos Padres Prelados de los conventos, de quienes tengo hecha mención en lo antecedente.

A desvelos del cuidado y la diligencia, se previno en la iglesia que dije, en parte que pudo gozarse desde el coro, un eminente teatro, encubertado con ricas alfombras, y hermoseado con una idea regala-

dísima del Parnaso, donde no se echaron menos cuantas delicias se debieron a las Castalias, que se circunstanciaron con el alado conductor de Belerofonte, que coronaba la fábrica, cuya estructura le debió a las flores y los laureles su simetría. Admiráronse en él las nueve Musas en que se transformaron nueve agraciadísimas niñas, con tan iguales donaires en la hermosura, cuanta fue la variedad riquísima de sus galas, y los instrumentos con que mutuamente se especifican, que les ocupaban las manos. Substituyó las veces del rubio Apolo Don Juan Caballero Navarro, en cuyos tiernos años se ocultó la délfica deidad, con tan atenta cortesanía, que trasladándose al rostro la majestad de sus luces pudo con el original padecer equívocos el trasunto; vistióse las mismas ropas con que salió en el paseo, y presidió aquel acto con gravedad muy adulta. El lado derecho del teatro dio a un curioso escaparate, que manifestaba los premios que fueron diez y seis piezas de plata labrada, cuyo valor pasó de trescientos pesos, los cuales únicamente dio Don Juan Caballero y Ocio. Allí cerca estaba el cartel del certamen, hermoseado con bandas y con plumeros e inmediato un bufete con carpeta de damasco y un asiento proporcionado, desde donde había de leer el secretario las composiciones premiadas. Sentáronse los jueces en sillas en conveniente lugar, y llenóse la iglesia de innumerable multitud de personas que concurrieron, unas a la novedad de lo que nunca habían visto, y otras para darle pasto a sus almas con las agudezas y conceptos que allí se oyeron.

Inicióse la función de esta última tarde del octavario con una elegantísima oración castellana, que adornada con divinas y humanas letras recitó el bachiller Don Pedro Segundo de Luna, secretario de este congreso métrico, dejando con ella suavemente admirados a cuantos con gratos oídos atendieron sus cláusulas con que calificó sus floridos y bien logrados estudios, que se realzan con el nativo despejo y desembarazada gracia, que lo hace amable; siguiéndose al aplauso que experimentó en los oyentes varias cedulillas y cuantos otros sainetes sirven de prólogo ordinario a las academias poéticas, y consecutivamente una prosopopeya admirable, que no tuvo que envidiar a las más juiciosas. En su contexto se propusieron los asuntos y se leyeron las poesías que debieron a la meditación profunda de sus autores descollar entre las otras para conseguir las honras que acompañaron al premio; y mientras a cada uno se le dio el proporcionado que de-

bió a su desvelo, y que se le adjudicó en la censura, sonaron acordes suavísimos instrumentos, que se alternaron agradables, para que la continuación de unos mismos no molestase con importuno tedio al numeroso auditorio. No hubo desazón alguna, siendo así que no faltaron agudezas satíricas de que se compuso el vejamen,[33] que se escribió con estilo cortesano: y de todo esto constó una de las mayores tardes, en que se premió lo docto (sin intervenir lo vulgar, no echándose menos cosa alguna de cuantas pudieran desearse para el adecuado complemento de la grandeza), debido todo al aseado cultísimo genio del secretario, que aunque segundo en el nombre, es muy primero en desempeñar las obligaciones en que le pone su crédito.

Entre las poesías premiadas se leyó una en que, después de muchos años que por otros más útiles interrumpí esos estudios, quise ejercitar los olvidados números de las cadencias métricas. Atribuyo a la heroicidad sobreexcelente de su asunto la dicha no esperada de haber conseguido la antelación a otras en la primacía del premio, que no se perjudicó entonces con la expresión de mi nombre a que puede serle granjeara el cortejo en aquella Ciudad la circunstancia de ser en ella forastero y advenedizo. El tema fue apuntar en una canción arbitraria, no sólo su estructura, sino lo mucho que aquel nuevo Templo de la Santísima Virgen de Guadalupe y su Venerable Congregación Eclesiástica debe a la benéfica paternal influencia del Ilustrísimo Reverendísimo y Excelentísimo Señor Arzobispo de México, Virrey de la Nueva España, Maestro Don Fray Payo de Ribera Enríquez, y aunque bastantemente lo tengo especificado en lo antecedente, no quiero que se le niegue a la canción la publicidad de la luz, supuesto que lo que pierde por la humildad de su estilo, lo recompensa en la excelsitud augustísima de su objeto, a que más dignamente se debieran consagrar cuantos gloriosos panegíricos dicta Apolo en cultos episodios, para que promoviera a la inmortalidad las acciones plausibles de su religioso gobierno.

33 Discurso o composición poética de índole burlesca, que en los certámenes se pronunciaba o leía en las universidades o academias contra quienes en ellos tomaban parte.

DESCÍFRASE UNO DE LOS DOS ASUNTOS DEL CERTAMEN QUARTO, DESCRIBIENDO LA SUNTUOSA MAGNÍFICA FÁBRICA DEL NUEVO TEMPLO DE GUADALUPE, Y ELOGIANDO COMO A SU GENIO TUTELAR AL ILUSTRÍSIMO Y EXCELENTÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO, VIRREY DE LA NUEVA ESPAÑA, MAESTRO DON FRAY PAYO DE RIBERA ENRÍQUEZ

CANCIÓN

I

Embarazo del ayre,
de Querétaro nobles suspensiones,
sin mendigar a Europa perfecciones,
ni recelar del tiempo algún desaire,
yace un galante Templo,
donde airosa contemplo
la perfección en término sucinto
del volado arquitrabe al bajo plinto.

II

Su estructura excelente,
informada con mórbida blandura,
es bella emulación de la luz pura,
augusta envidia del ardor fulgente
de ese ardiente topacio,
que en el azul palacio
es monarca de luces, cuya gala
bárbaro aluda el oriental Bengala.

III

En todo majestuoso,
airosamente por el aire sube
a coronarse de volante nube:
¿Qué digo? pues advierto que es ocioso,
cuando sin osadía,
en presencia del día,
del mismo Atlante en competencias bellas
en sus hombros sustenta a las estrellas.

IV

Y aun antes que a los montes
del sol saluden los templados rayos,
alma luciente de purpúreos mayos,
siendo atalaya de estos horizontes
merecen sus alturas
del sol las luces puras,
y a vista de su luz, la blanca aurora
nieva retamas y jardines dora.

V

Su elevación corona
esa diosa vocal, esa parlera
alma del tiempo, vida de la esfera,
que con augusto resplandor tachona.
Bien sea el ardimiento
que a círculos del viento
excede en prontitudes, o bien sea
quietud que informa suavidad hiblea.

VI

De su canoro labio,
dulce atractivo de peñascos broncos,
imán amante de caducos troncos,
y aun de culta deidad modelo sabio,
percibo dulcemente,
con pecho reverente,
estas voces, que pueden por süaves
aumentar del abril las mudas aves.

VII

Éste que a la memoria
dulce es trofeo, mármol levantado
altamente, se atiende consagrado
no a efímero esplendor, no a leve gloria,
cuando es a la triunfante
Reina del sol radiante,
bien que corto sitial de gloria ardiente,
o auge de luz, o eclíptica luciente.

VIII

Esa que a ti, divina
Gloria de Guadalupe soberana,
no con dispendios de la pompa vana
se te consagra casa peregrina,
cuya armónica planta
a tanto se adelanta,
que en sus líneas pudiera con desvelo
pautar su simetría el mismo cielo.

IX

¡Qué mucho, cuando moble[34]
es de este empíreo de sus luces puras
la que al vago sistema de criaturas
asilo es de refugio siempre inmoble;
aun donde entre fierezas
de montuosas malezas
quiso que eterna primavera ocupe
su cariño en Indiano Guadalupe!

X

Pero ya es transladado
su religioso culto, donde en pomas
Amaltea ministra los aromas,
que en Querétaro ópimo ha vinculado.
como Reina de flora,
donde en dudosa aurora
de la rosa y clavel el humor frío
se refina en carmín siendo rocío.

XI

A mercedes gloriosas
de Don Fray Payo Enríquez de Ribera
goza los complementos, que no viera
en carreras de siglos numerosas,
sirviendo su influencia
de diaria asistencia,
por quien blasona aquesta casa santa
de tanta perfección, de pompa tanta.

34. Movible, móvil.

XII

¡Oh! cuánta gloria! ¡oh cuánta
debe la gratitud tierna memoria
a quien ese cariño ejecutoria
con tanta rectitud, con virtud tanta,
que es debido que sea
de la olímpica Astrea
gloriosa sucesion, cuando del cielo
político es equívoco su celo!

XIII

Éste, pues, cuyo imperio
del Monarca español substituido
ya en el propiciatorio, ya admitido
de Numas graves en concurso serio:
cuanto en el Occidente
ilustra el sol candente,
dirige con amor, con paz alterna,
porque Minerva y Palas la gobierna.

XIV

Éste, pues, de Rivera
adulto resplandor, estimulado
del amante, del próvido cuidado
con que glorioso anima la alta esfera
del clero religioso,
cuyo culto piadoso
vota a María con afecto noble
de su amor cariñoso primer moble,

XV

pequeña providencia
fuera sólo obtener ejecutoria
para que se erigiese esta memoria
a la perpetuidad de la existencia;
por eso, con gloriosa
prontitud generosa,
de su imperio a la voz dulce y suave,
se abrió el cimiento y se cerró la clave.

Aún todavía le restaba a la fiesta su complemento, porque aún no habían pasado el lunes y el martes de la semana siguiente, en cuyas dos tardes hubo dos corridas de toros, cuyas circunstancias no me ha parecido justo el que aquí se omitan. Fabricóse el circo en la plazuela de San Francisco, siendo de Don Juan Caballero cuanta madera fue necesaria para fabricar los tablados, que se ocuparon con muy selecto concurso, descollando entre todos el que dio asiento no sólo al justicia mayor, alcaldes ordinarios y ministros de la Ciudad, sino a toda la Congregación de los presbíteros seculares, y a otras personas de considerable distinción, a quienes festejó el generoso caballero con cuantos agasajos costosos suelen ser ordinarios en estas tardes. En una y otra consiguió la curiosidad (por la multitud que en sus haciendas posee) el que fuese igual la librea de los indómitos brutos, por haber sido unos y otros de la misma color, sin diferenciarse en las manchas, circunstancia fue ésta que se arrebató los aplausos, y aunque consiguieron suficientes rejoneadores diestrísimos, que desempeñaron bastantemente su agilidad y robusted montesina, el resto de toros se dedicó a la munificencia, con que mandando Don Juan el que ninguno de los valientes animales saliese del coso con la posesión de la vida, se distribuyesen todos en los conventos, hospitales, cárcel, pobres, y aún algunos quedaron por las calles, para que como bienes mostrencos fuesen del primero que les echase la mano. Para despojar la plaza de los cadáveres brutos, tuvo prevenido un hermoso tiro de cuatro mu-

las con gualdrapas, guarniciones y cabezadas de grana ribeteadas con franjoncillos de plata, que se acompañaron de plumeros, cascabeles y campanillas, y que gobernaron seis lacayos con libreas proporcionadas; consiguiéndose aun en la menor de estas plausibles acciones, el que a beneficios de Don Juan Caballero se equivocase entonces Querétaro con la Mexicana Corte, supuesto que nada se echó menos de lo que en ella se practica con pompa y con majestad, debiéndose a la liberalidad de un individuo solo lo que necesitaba de la solicitud de muchos para su complemento y su grandeza.

De todo lo que hasta aquí se ha referido se dio cuenta en relación brevísima al Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Arzobispo Virrey, no tanto por obedecer (como se debe) su superior mandato, en que lo previno, cuanto por la complacencia con que se había de regocijar su piadosísimo pecho, habiendo sido su influjo el medio más eficaz a que se debieron los principios cortos, progresos grandes y agigantada perfección de tan llena fábrica, cuya conclusión (si la fama no engaña) servirá de epígrafe elocuente a cuantas acciones lo acreditan. Numa religioso y Trajano cívico. El aplauso con que admitió la noticia no es justo que yo lo refiera con la balbuciente rudeza de mis palabras toscas, cuando no necesitan de intérprete las discretas afectuosa razones de la siguiente carta.

Señor Don Juan Caballero y Ocio: Por mano del licenciado Agustín de Carrión, maestro de ceremonias de esta Santa Iglesia de México, recibí la carta de Vuestra Merced de veinte y dos del antecedente, y en ella me avisa Vuestra Merced de haberse ejecutado la dedicación de la Santa Iglesia de nuestra Señora de Guadalupe de esa Ciudad de Querétaro, con toda felicidad, según y como consta del testimonio que Vmd. me remite de todos los actos y circunstancias que en dicha dedicacion intervinieron; lo cual ha sido para mí de todo el gozo que debo ponderar y Vmd. puede reconocer. Sean dadas primeramente a Nuestro Señor y a su Madre Santísima, que así lo han dispuesto, repetidas gracias, y en segundo lugar doy yo a Vmd. todas las que se le deben, pues ha sido en lo humano toda la causa de la obra de dicha Santa Iglesia, que tan magníficamente se concluyó, y que tan llena y ricamente queda adornada, y con todo lo que se podía desear en ella, para el culto de Dios Nuestro Señor y de su Santísima y Purísima Madre Nuestra Señora de Guadalupe. Dé Vmd. muchas gracias

a su Divina Majestad por el singular favor y beneficio que le ha hecho queriendo haber recibido tal servicio de su mano, y esperando de la Divina mucho premio en grados de gloria.

Vmd. puede y debe estar muy seguro de mi afecto y voluntad para todo cuanto pueda ofrecérsele y á mí tocarme. Guarde Dios á Vmd. muchos años. México a 1º de Junio de 1680. Servidor de Vmd. Fray Payo, Arzobispo de México.

Testimonio autorizado con la publicidad del hecho es esta relación de los autos con que el tribunal de su munificencia litigó no sólo Don Juan Caballero y Ocio su tierno afecto a la Santísima Virgen, sino por donde consta el origen que tuvo su Venerable Congregación Eclesiástica, para que admirándose en lo venidero lo heroico a que se ha de ensalzar, como yo espero, no se ignoren las circunstancias curiosas, en cuya expresión se advertirán los caminos de la divina Providencia, aun en lo más desesperado de los arbitrios humanos que, gobernados de la insinuación de la poderosa diestra, fueron medios concluyentes para que se aplauda su gloria y se ensalce su virtud.

Paraíso Occidental

De este segundo texto, perteneciente a Paraíso Occidental, *se han extraído varios pasajes de la vida de la Venerable Madre Marina de la Cruz, la cual, incluso casada, dedicó su vida a la oración y a la penitencia; se casó dos veces y tuvo una hija con su segundo marido, que murió en dolorosas convulsiones, descritas por Sigüenza con extremada violencia, propia de un escritor barroco, que pretende excitar la sensibilidad del receptor y recrear el tremendo dolor de la madre. Aparecen también sus arrobamientos o levitaciones, su visión del purgatorio, su amor por Santa Teresa, a la que había leído, igual que Sor Juana, y su amistad con el venerable Gregorio López, quien le predijo su muerte un viernes santo. Se han seleccionado también las partes de las tentaciones del demonio y cómo logró vencerlo y, finalmente, el año de la peste de 1597, que se llevó a varias religiosas de su convento, al igual que en la época de la monja jerónima; su muerte con la macabra descripción de los instrumentos de tortura que usaba para mortificarse y que ya estaban encarnados en su cuerpo; algunos milagros en vida y otros post mortem, además de apariciones a otras religiosas.*

PARAYSO OCCIDENTAL,

PLANTADO, Y CULTIVADO

por la liberal benefica mano de los muy Catholicos,
y poderosos Reyes de España Nuestros Señores
en su magnifico Real Convento de

JESUS MARIA
de Mexico:

DE CUYA FUNDACION, Y PROGRESSOS,
y de las prodigiosas maravillas, y virtudes, con que exhalando
olor suave de perfeccion, florecieron en su clausura
la V. M. MARINA DE LA CRUZ,
y otras exemplarissimas Religiosas

DA NOTICIA EN ESTE VOLUMEN

D. Carlos de Siguenza, y Gongora
Presbytero Mexicano.

CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES
En Mexico: por Juan de Ribera, Impressor, y Mercader de Libros.
Año de M. DC. LXXXIIIJ.

PROSIGUE MARINA EN EL ESTADO DE CASADA CON LOS MISMOS EJERCICIOS QUE EN SU NIÑEZ, EMBÁRCASE CON MARIDO PARA LA NUEVA ESPAÑA Y LLEGA A MÉXICO, DONDE DA EJEMPLOS DE VIRTUD Y DE PERFECCIÓN

Persuadida Marina a que el estado en que se hallaba había sido no elección suya, sino gusto de sus padres y disposición de la sabiduría divina, miraba a su marido con veneración y respeto, como a quien era ya el árbitro dueño de sus acciones; y como quiera que éstas, además de la perfección de quien las hacía, tenían por modelo el gusto del que las gobernaba, y a que sólo atendía la virtuosa señora, era vida envidiada de todos la que pasaban, aunque muchas veces experimentaban los sinsabores amargos de la pobreza; pero no por estos afanes ni aquellas ocupaciones interrumpió Marina el ejercicio de sus virtudes en que se mejoraba de día en día con singulares aumentos y siendo Dios fidelísimo remunerador de lo que por su amor se ejecuta, retornábale la dulzura y suavidad que en su ejercicio advertía, favoreciéndola también con singulares dones, cuya posesión la hacía olvidar de cuanto podía ser deleitable en esta vida mortal. Ponderaba todo esto el bueno de su marido y, aunque muchas veces se confundía, eran también muchas las veces que se disgustaba, hasta llegar a decirle que para qué se había casado, si había de seguir en su vida tanta estrechez, y que mejor estado le fuera el de religiosa; callaba Marina y, sin faltar a las insinuaciones y gusto de su marido, no interrumpió ni cercenó en cosa alguna sus devociones.

Era entonces el tiempo en que los reinos de esta Nueva España estaban en su primitiva opulencia y, como la fama de sus riquezas se había esparcido por el resto del universo, eran innumerables los que de todo él concurrían a la América para conseguir en ella lo que les faltaba en sus patrias. Entre éstos quiso ser uno Luis de la Peña, y apenas asintió a lo que le propuso el deseo que tenía de hacerse rico, cuando le dio cuenta a Marina de la determinación en que estaba. Ponderaríale la suma pobreza con que vivían, lo mucho que se afana-

ba para buscar el sustento, la poca esperanza que había en España de mejorar su fortuna y la facilidad con que en las Indias se conseguía el descanso; pero, aunque esto último pudiera reputarse entonces por muy dudoso, y por muy ciertos los trabajos y penalidades del camino y navegación tan prolija, a que se añadía el dejar a sus padres y lugar de su nacimiento, por avecindarse en tierras extrañas, nada de esto puso por estorbo la virtuosa señora porque, considerando la de su marido como voluntad de Dios en quien absolutamente se resignaba, le respondió que a ella, así en esto como en todo lo demás que fuese de su gusto, no le tocaba el arbitrar, sino obedecer, y que así dispusiese en todo lo que juzgase más útil, pero que fuese teniendo a Dios por Norte de sus acciones.

Alegre con semejante respuesta, comenzó a prevenirse para el futuro viaje, vendiendo las muy pocas alhajas que poseían y, aunque por ser todo ello de casi ningún valor, podría juzgarse haber padecido grandes incomodidades y desafíos en tan larga navegación, no quiso la caritativa providencia de nuestro gran Dios el que fuese así porque, viendo el dueño del navío y otros muchos pasajeros el recogimiento, devoción y admirables virtudes de Marina -a cuyas oraciones atribuían la felicidad del viaje-, movidos de superior impulso no sólo le acudían con lo que era necesario y preciso para el sustento, sino que a porfía le hacían repetidos regalos, ofreciéndole sus favores y autoridad para todo lo que pudiera ser de su conveniencia. Reconociendo Marina que todo esto le dimanaba del cariño con que Dios aceptaba sus oraciones, no perdía punto ni ocasión alguna en que no se emplease en ellas con fervorosas ansias y amor ardiente, y con tan sagrados y ejemplares ejercicios se alivió notablemente la navegación, que se terminó llegando a salvamento y con toda felicidad al puerto de San Juan de Ulúa y antigua ciudad de Veracruz, desde donde marido y mujer subieron a la de México.

No he podido averiguar cuál fue el dichoso año en que, para gloria y lustre de esta insigne metrópoli de la Occiseptentrional América llegó a ella nuestra Marina, ni la ocupación a que se aplicó su marido; pero bien creo que no correría mucho tiempo sin acomodarse y que lo pasaría con mayores conveniencias que en Alcalá la Real, de lo cual fue instrumento y muy principal su virtuosa mujer, porque siendo entonces su hermosura en extremo grande, su sinceridad mu-

cha, su plática muy apacible y religiosa, sus acciones compuestas y no afectadas, y con bastantes calificaciones de virtuosa, fácilmente se dio a conocer a algunas señoras principales que trataban de oración y recogimiento, las cuales, admirando tanta perfección en tan cortos años, recabaron con instancias las visitase y, como personas a quienes sobraban los bienes temporales, le acudían a Marina con suficiente abundancia, retornándoles ella por estos beneficios no sólo las oraciones y penitencias que en sus retiros hacía, sino los singulares ejemplos de virtud con que las edificaba y que, de ordinario, venían acompañados de exhortaciones y pláticas espirituales con que se afervorizaban sus bienhechoras para caminar con alegría y fervor por la estrecha senda de la virtud […]

FAVORÉCELA NUESTRO SEÑOR CON UNA SINGULAR VISIÓN

Mientras más entraban los días eran mayores los raudales de devoción que de las deliciosas fuentes del salvador se le comunicaban a Marina en el ejercicio de sus virtudes y, como éstas tenían por fundamento a su admirable humildad, llegaba el hermoso edificio que de ellas se formaba hasta el trono de Dios, para que a la manutenencia de su gracia se le debiese lo admirable de su firmeza. Reconocía la debilidad caduca de las acciones humanas y la facilidad con que se apartan de la rectitud virtuosa si no las favorece Dios con la eficacísima mano de su poder y, valiéndose de las lágrimas que, acompañadas de oraciones, derramaba de ordinario en la presencia del Altísimo, le suplicaba no sólo el que la tuviese de su mano en el camino que seguía de la virtud, sino que la enriqueciese con abundantes dones de gracia, hasta introducirla a la gloria de su visión.

En estas deprecaciones y en orar, como lo tenía de costumbre, estaba ocupada nuestra Marina en una ocasión en que, quedándose adormecida, fue llevada en espíritu a un lugar dilatadamente grande y en que había innumerables ejércitos de escorpiones, serpientes, basiliscos y cuantos otros animales son temidos de los hombres por su veneno mortífero. Atemorizóse con los silbos y bramidos espantosos con que la cercaron, haciendo acometimientos para tragarla; su aflic-

ción se medía con el grandísimo peligro en que se miraba y, viéndose sola en tan espantosa tribulación, comenzó con vehemente eficacia a llamar a Dios, invocando su nombre dulcísimo y pidiéndole su ayuda como en quien vinculaba la esperanza de su remedio. Crecía por instantes el riesgo de que la despedazasen, y con el riesgo la turbación, pero como quiera que es promesa del Altísimo no sólo el hallarse presente en sucesos tan no esperados, sino acudir a las humildes súplicas de los afligidos, súbitamente se advirtió el espíritu de Marina rodeado de una clarísima luz que llenaba la amplitud grande de aquel lugar. Pero cómo no habían de ser infinitos los resplandores si procedían del amado a quien en medio de ellos vio Marina, el cual, con amoroso cariño, le dijo: "Hija, no temas, que aquí estoy; ¡toma esta vara y hiérelas a todas!" Animada con tan alto socorro y dándole a su amado repetidísimas gracias por el beneficio que le hacía de defenderla, llegó con humilde reverencia a recibir de la mano de Dios la vara que en ella tenía de su admirable poder, con la cual —confortándola el mismo Señor que se lo mandaba— comenzó a despedazar aquellas horribles serpientes, quedando triunfante de todas en breve espacio, pero no tan a su salvo que no le costase esta victoria graves dolores, originados de que algunas gotas de la sangre ponzoñosa que brotaba de las heridas le cayeron en las manos, donde las experimentó como si fuesen de fuego.

Vuelta en sí no sólo le repitió a su amado con indecible ternura y lágrimas los loores y cánticos de alabanza que por tan admirable indicio de su providencia se le debían, sino que con resignación generosa se ofreció a las penalidades, trabajos y persecuciones que en las serpientes y basiliscos se le expresaron, de todos los cuales, mediante los auxilios de la divina gracia, se vio triunfante y victoriosa, no sólo en el siglo,[35] donde no le faltaron las ocasiones de merecer, sino con especialidad en el estado de religiosa, en que experimentó la actividad del fuego de la detracción que contra la pureza de su vida y la candidez de su alma excitaron algunas personas, en quienes se halló la astucia de las serpientes, la lengua del áspid y el veneno del escorpión.

35. El mundo laico.

Pasa a la ciudad de zacatecas, de donde se vuelve a méxico. muere su marido. sucesos de su viudez hasta volverse a casar

Cuando no hubiera dotado Dios al marido de Marina de un natural morigerado y bastantemente inclinado a las cosas de la religión y al ejercicio de la virtud, de creer es que, con los domésticos y repetidísimos ejemplos que en todo lo que mira a la piedad cristiana le daba su esposa, había conseguido no sólo el imitarlos, sino el hallarse con créditos de que procedía ajustadamente en sus acciones y con verdad en su trato, originándose de este principio el ejecutar con diligencia todo lo que se encomendaba a su confianza, con lo cual tenía bastantemente corriente su pasadía. Y como quiera que en las determinaciones de Dios son los bienes necesarias consecuencias de la virtud, quiso que al paso que aquella se le aumentaba, tuviese otro ejercicio en que los bienes creciesen.

Estaban en esta ocasión recién descubiertas y en su mayor pujanza las riquísimas minas de Zacatecas, en que fue necesario poner caja para que se recaudase la real hacienda y en donde un solo sujeto, que fue el general Agustín de Zavala, marcó en poquísimos años 4 000 000. Aquí le ofrecieron al marido de Marina plaza de escribiente de la real caja, la cual admitió sin repugnancia alguna, porque en ella se le aseguraban las conveniencias de su descanso.

Dispúsose para el viaje con voluntad de su esposa, cuya resolución fue motivo de tristeza y de sentimiento a las virtuosas señoras que la comunicaban, reconociendo la falta grande que les hacía su mucho ejemplo, retirándoseles ya de la vista aquel clarísimo espejo de las virtudes, y con razón, cuando es cierto que en ella se hallaban todas en grado máximo. Ponderaban algunas la profunda humildad con que se envilecía, otras los ayunos y penitencias con que se maltrataba, y todas generalmente reconocían en ella las maravillas de Dios, que se manifestaban en las acciones que ejercitaba su sierva.

Quien mostró con mayores excesos su sentimiento fue el muy ejemplar Padre Fray Diego de Aguilar, su confesor, y que por este título tenía mayor conocimiento de su pureza, el cual, con lágrimas en los ojos, le dijo, al despedirse para emprender el viaje, que reconociese en los favores que Dios le hacía los tiernos cariños con que la amaba y que, teniendo presentes los loables principios con que

se había puesto en el camino de la virtud, anhelase de día en día por acercarse a la mayor perfección y que entonces conseguiría ésta en sublime grado, cuando su humildad la abatiese a los más ínfimos puestos; que confiaba en la divina misericordia que para todo esto no le faltarían la gracia y auxilios eficacísimos del Señor, como de su parte no faltasen las disposiciones que la hiciesen capaz de recibir no sólo éstos, sino otros muchos beneficios que esperaba le había de hacer el Altísimo para manifestar en ella lo que nos ama. Con no menores lágrimas le agradeció Marina tan saludables consejos, suplicándole juntamente no se olvidase de ella en sus oraciones, de que tenía necesidad extrema para no desflaquecer en el largo camino que le faltaba para adquirir las virtudes.

Avecindados ya en la ciudad de Zacatecas, comenzó su marido a ejercitarse en la ocupación de su cargo y, como su inteligencia y capacidad fuese igual a su verdad y lisura, comenzó a adquirir bastantes bienes temporales, con que no sólo no le faltaba lo necesario para el sustento, sino que aún le sobraba mucho para adornar su persona y alhajar su casa, siendo en su concepto efectos todos del proceder de su esposa. Vivía ésta retirada del tráfago y alboroto que necesariamente había de haber en un lugar donde no se trataba sino de los modos con que se adquirirían con facilidad las riquezas y con que, después de conseguidas, se habían de gastar en vanidades fantásticas; y aunque las veces que dejaba su casa era sólo para asistir a la iglesia, no quiso Dios que estuviesen ocultas sus relevantes virtudes, sino que saliesen a la publicidad para el ejemplo común y así comenzó a difundirse su fama por las bocas de todos, que admiraban en la forastera una idea perfectisima de humildad y religiosa compostura, y en cuyas acciones no se advertía cosa que fuese digna de reprensión, sino de grande aprecio, y más cuando la veían tan continua en los templos, tan frecuente a las comuniones, tan aficionada a los desvalidos y, sobre todo, celosísima de la honra de Dios y promovedora insigne de la virtud. Esto era lo que no podía ocultarse y no era menos estimable lo que ejercitaba en su retiro doméstico, donde maceraba sus carnes con ayunos, cilicios ásperos y disciplinas sangrientas con que de ordinario acompañaba la devoción del Rosario de María Santísima, a quien desde sus tiernos años eligió por patrona, para por su medio tener siempre grato a su

unigénito, como es cierto lo consiguió según se puede deducir de la serie y circunstancias raras de sus acciones.

Pasáronse algunos años con la uniformidad de estos ejercicios de devoción con que, al ejemplo de Marina, se movían muchos a la cristiana piedad no sólo en la ciudad de Zacatecas, sino también en la de México, donde no sé cuándo ni con el pretexto que se volvieron y, queriendo Dios regalarla como a su hija querida, le ofreció una ocasión muy oportuna para que no sólo se fortaleciese en las virtudes que poseía, sino para que se le aumentasen los merecimientos que atesoraba, porque, al mismo tiempo que ya tenía su marido en bastante corriente abundantes y copiosos medios para adquirir el sustento, le asaltó un mortal achaque con que, en brevísimos días, que gastó Marina en acudirle con tiernas lágrimas y caridad indecible, sin que le aprovechasen cuantos medicamentos recetó la medicina para sanarlo, pasó de esta mortal y perecedera a la eterna vida.

Grandísima fue la turbación de la afligida viuda con tan repentino suceso, hallándose sin el amparo de su esposo, distantísima de su patria, destituida de parientes y sin otro recurso para el manejo y aumento de su hacienda sino el que le aseguraba la providencia divina, en que vinculó para su remedio sus esperanzas. Atribuía a culpas suyas la no prevenida muerte de su consorte y, entregándose toda a las determinaciones de Dios, le aseguraba los socorros de la divina piedad. Efectos serían suyos, sin duda alguna -cuando es cierto agradarse más Dios de las opulencias de las virtudes, que siempre duran, que de las riquezas de los bienes temporales que, a la menor contingencia, se desvanecen-, haber experimentado desde entonces considerables quiebras en su caudal y que también se extendieron a su salud, no tanto motivadas de los caseros cuidados, cuanto de los desvelos, ayunos y gravísimas penitencias con que afligía su cuerpo, hasta contraer enfermedades que tal vez la pusieron en grave riesgo de que perdiese la vida.

Cónstame haber en una de estas ocasiones otorgado testamento ante Gaspar de Huerta, siendo su fecha el 25 de febrero de 1572, en cuya disposición reluce admirablemente la suma piedad y devoción de nuestra Marina, distribuyendo la mayor parte de su hacienda en cuantos monasterios, iglesias, hospitales, congregaciones y cofradías había entonces en la ciudad, sin olvidarse de las huérfanas y teniendo

muy presentes a las benditas ánimas del purgatorio, a quienes mandó socorrer así con un crecido número de misas como con la dotación de una capellanía, y memoria de ellas, que se fundase en su patria. Débole a este testamento, hallado casi milagrosamente en parte donde sólo de esta manera podía hallarse, la noticia verdadera de muchas cosas, cuya omisión fuera muy notable en aquella historia.

No faltaban entonces en México personas honradas que a lo noble de su sangre añadían lo cristiano de sus procederes, las cuales, reconociendo el sumo desamparo de nuestra Marina y la extrema necesidad que entre tantos trabajos la amenazaba —consultándolo primero con los Padres Fray Alonso de la Cadena y Fray Francisco de San Miguel, del orden de San Francisco, sus padres espirituales y confesores—, determinaron casarla segunda vez con persona que no sólo la sustentase y le aumentase la hacienda, sino que supiese estimar a Marina por sus virtudes. Propusiéronle este dictamen a Benito de Vitoria, hombre temeroso de Dios, afecto a las cosas de la piedad y, por el consiguiente, legalísimo en el oficio de escribano que ejercitaba; el cual, dándole a la divina majestad sumisas gracias por el favor que le hacía, respondió que tenía bastante conocimiento de la señora Marina de Navas y de la loa con que se hallaba por su proceder ajustado, y que, aunque reconocía no ser digno no sólo de ser su esposo, pero ni aun su sirviente, pero que estimaba tan grande honra y que así dispusiesen en ello lo que gustasen. Con este presupuesto dieron parte a la humilde viuda de lo que habían tratado y, como no tuviese otro mejor consultor que le dirigiese las oraciones, sino Dios, en cuya voluntad se resignaba la suya, después de fervorosas oraciones en que ocupó muchos días, reconociendo ser gusto suyo, dio asenso a lo que le proponían, lo cual se ejecutó con alegría de todos sus aficionados, quedando con esto remediado el desamparo y soledad de Marina.

Algunas de las mercedes que dios le hacía

Como quiera que desde que entró en el uso de la razón quiso Dios prevenir a su sierva para hacerla digna de sus favores y sublimarla a la eminencia altísima de su agrado, no habiendo faltado de su parte las

necesarias prevenciones para conseguirlo no es dudable el que desde entonces la dirigió no sólo en la oración con suaves y eficaces inspiraciones, sino aun en sueños con representaciones intelectuales que tenían por objeto el aumento de sus virtudes y las utilidades del prójimo; y aunque la noticia que hay de ellas es en extremo corta, así por no haber escrito su confesor las que de este tiempo se le comunicaron, que fueron muchas, y, lo que es más, por el decurso prolijo de tantos años, con todo no falta tan absolutamente su memoria que no haya quedado una u otra que deba ponderarse aquí como en lugar oportuno.

Entre las principales y virtuosas matronas con quienes tuvo amistad nuestra Marina luego que llegó a esta ciudad, era una cuyos créditos en la aceptación de todos eran muy grandes y a quien comúnmente veneraban por sus virtudes acompañadas de oración, de recogimiento y de buenas obras; pero entre estas partidas que la abonaban era tan singular en sus palabras, tanta su compostura y tan extraordinario su trato que, dándole luego en rostro a nuestra Marina, dejó de entrar en su casa, evitando su comunicación por juzgar no convenían aquellas acciones con la virtud. Discurría en su interior no ser efectos de la oración los melindres y afectaciones que la señora gastaba, ni desprecio del mundo la compostura que veía, que de ordinario es muestra evidente de lo vivo de las pasiones y de lo poco mortificado de los sentidos. Reíase por una parte de lo que en ella advertía y por otra, se admiraba de los buenos ejemplos que en la señora se hallaban, y como no entendiese tan raro estilo ni pudiese combinar tan encontradas acciones, tuvo por conveniente para aquietarse el espíritu, evitar las visitas en que pudiera notarlas.

Corrieron los días de muchos años y, en uno que —como siempre— le hacía, estaba recogida en fervorosa oración; suspendiéndosele los sentidos se le representó un acompañamiento lucidísimo de diferentes personas tan costosamente vestidas y de tan raros colores, cuanto era excesivo el resplandor que de sí arrojaban y la gravedad majestuosa con que se movían, percibiéndose al mismo tiempo una fragancia celestial que, acompañada de armonía de acordes voces, representaba los deleites suavísimos de la gloria. Terminábase el numeroso concurso en una venerable matrona, a quien sobre sus hombros llevaban los que la acompañaban en un riquísimo trono de resplandor, mostrando ella en su rostro una suave y serenísima majestad.

Causóle a Marina admiración y espanto grande esto que veía su espíritu, y deseaba saber quién fuese la señora a quien se obsequiaba con tan extraño aparato; y llegándose a ella al mismo tiempo uno de los acompañados a quien propuso su deseo, le respondió que aquella señora que allí llevaban era la misma de quien en algún tiempo se había reído. Reconoció entonces que era la propia y, desapareciendo la visión, fue restituida a los sentidos, quedando confusa y bañada en lágrimas que le persuadió el dolor y arrepentimiento con que se hallaba de haber querido juzgar lo que no entendía, y con razón, pues no siempre es lo que nos parece y muchas veces lo que a la debilidad de nuestra vista se representa culpable es a los ojos de Dios digno de estima, por ser su divina majestad el que sólo penetra las intenciones, que no siempre convienen con lo exterior que miramos y en cuyo juicio nos exponemos al yerro, y más los que, careciendo del lleno de las virtudes, queremos regular a los que las poseen, por lo que nuestras tibiezas con sus engaños nos dictan. Bien se reconoció ser esta visión índice del cariño con que Dios miraba a su sierva por los efectos admirables que de ella se dedujeron, no sólo en no juzgar, pero ni aun en atender a las acciones ajenas en que jamás advirtió, sino cuando por mandado de Dios las anotaba o cuando por la publicidad de algunas nada perfectas, estimulada del celo de su honra, las corregía.

No sólo se dirigían a su utilidad estos favores y representaciones que le eran muy ordinarias, sino a la común de los fieles por quienes gustaba Dios que le pidiese Marina y, aunque desde sus tiernos años repetía los sufragios por aquellas dichosas almas que para haber de gozar la visión beatífica del sumo bien, se están purificando en el purgatorio con excesivo dolor, sucedió que en una ocasión ofrecía por ellas con caridad ardiente el Rosario de María Santísima que había rezado y, estando en los mayores fervores de su súplica, se adormeció con aquel misterioso sueño de que se vale Dios para visitar a los suyos y, sin ver quién la conducía, fue llevada en espíritu a un desierto tan en extremo grande que no se le hallaba término en parte alguna. Admirábase de la soledad profunda en que se advertía, sin discurrir lo que por este suceso se le enseñaba, hasta que vio venir hacia sí un varón admirable vestido con hábito de fraile menor con bordón en la mano, como que venía dispuesto para ponerse en camino, y apenas lo vio cuando se le dio a entender ser el gloriosísimo San Francisco,

a quien veneró desde niña con amor grande. Regocijóse con su vista y, dilatándosele el espíritu con interiores gozos que la alegraban, habiéndola dicho que le siguiese, lo hizo, discurriendo por diferentes lugares hasta llegar a uno donde, parándose su conductor, oyó que le decía: "Este lugar en que estás es el purgatorio".

Comenzó Marina a extender la vista por aquellos campos, entonces horrorosísimos por la diversidad admirable de tormentos y fuego que se le representó, y en que padecían inexplicables dolores crecidos millares de almas que con singularísima paciencia los toleraban. Reconoció entre aquel fuego, ministro de la divina justicia, a muchas personas con quienes tuvo familiaridad y estrecheza cuando vivían. Algunas acercándose al lugar de donde las miraba le pidieron con gemidos tiernos y sentidísimas voces se doliese de lo mucho que padecían en aquel lugar de tan acerbos dolores, suplicándole a Dios les mitigase las penas y les acelerase la gloria. Duróle toda la vida la admiración y espanto grande de lo que vio, cuya memoria le sirvió siempre de continuo recuerdo para emplearse con ardentísima caridad en cuantas obras pudieran ser satisfactorias de las culpas de que se purifican las almas para introducirse sin mancha a las delicias suavísimas del empíreo. A este fin repetía desde entonces la oración del Rosario de la Santísima Virgen, acompañada de cilicios y disciplinas con que se prevenía para la comunión de los lunes que aplicó siempre para este intento con tiernas lágrimas y, para lo mismo, dotó las dos capellanías.

Dase más al espíritu y la mortificación en el tiempo de su segundo matrimonio. concédele dios una hija y muere su esposo

Requería el oficio del nuevo esposo de nuestra Marina el que las más horas del día se ejercitase fuera de casa en los negocios forenses, lo cual hacía siempre con la circunspección y legalidad que le dictaba su proceder ajustado, sin que jamás diese nota alguna de su persona; frecuentaba los templos con singular devoción, ocupándose en obras de caridad con que daba manifiestos indicios de su virtud. Si esto era lo que el buen Benito de Vitoria ejercitaba en lo público, de creer es que serían

mayores primores los que practicaba en su retiro doméstico y, como en él hallaba su esposa no sólo apoyo, sino fomento y complacencia de que se emplease únicamente en el agrado de Dios, navegaba a todas velas por el mar de las virtudes sin que le faltase el viento de la divina gracia, atribuyendo a ésta su buena dicha en haber merecido un buen compañero, cuya memoria le fue siempre muy agradable por este título.

No le faltaban en este tiempo a la venerable señora las alhajas necesarias para que se adornase su casa con cortesana decencia y le sobraban joyas de perlas y oro para lucir su persona pero, como abundaban en su alma los dones con que continuamente la enriquecía el Altísimo, era tan poco lo que cuidaba de estos bienes despreciables por momentáneos que todo su anhelo era sólo el que se hermosease su alma con las virtudes, y como para conseguirlas es necesaria actividad diligente y fervoroso cuidado, los ratos que no gastaba en la iglesia o que en su casa le permitían las ocupaciones forzosas que le habían de ser de algún embarazo, por ser ella la que como señora había de tener el gobierno de la familia, los empleaba en continua lección de libros espirituales, no tanto porque le entretuviesen las horas, cuanto por las conveniencias grandes que en ello hallaba su espíritu, siendo la más estimable haberse perfeccionado por este medio en el ejercicio suavísimo de la oración en que, teniendo al mismo Dios por maestro, se adelantaba continuamente con admirables progresos; favorecíala en ella la divina majestad no sólo con los regocijos y alegría celestial que le comunicaba, sino con varias ilustraciones que le manifestasen lo que en ella se complacía y con otras mercedes singularísimas que nos ocultan los tiempos.

No es dudable que esto no podía ser sino teniendo adquirido dominio sobre las pasiones que no se movían en ella sino al imperio de la razón; y como quiera que, para tener tranquilidad en el alma, es necesario no darle treguas al cuerpo, trataba la sierva de Dios al suyo no sólo como a enemigo, sino como a estatua de bronce, según lo afligía y maceraba con ayunos continuos, y que para su mayor merecimiento disimulaba con prudente recato, siendo más continuos los ásperos cilicios de rallos[36] y cadenas aunque, tal vez por que no los advirtiese su esposo y por el amor grande que le tenía se los estorbase, los apartaba de su cuerpo con sentimiento gravísimo de su espíritu.

36. Cadenas o correas con puntas o espinas que se utilizan para flagelarse o azotarse.

Recogijábase éste cuando aquél, a la violencia de los azotes, quedaba despedazado, sin darle otro alivio para recobrarse en el lecho que el breve rato que tardaba en dormirse su marido, que según el deseo que tenía de padecer le parecía muy largo y al mismo punto se pasaba a un tablón en que, sin más abrigo que sus fervores, pasaba la noche en coloquios suavísimos con su amado y en continua oración que le aliviaba sus dolores y en que se fortalecía para mayores tormentos.

Estos fueron en común los ejercicios de la Venereable Marina en el tiempo de su segundo matrimonio, cuyo fruto fue una y única hija que le dio Dios y a quien, en memoria de su abuela, dieron en el bautismo el nombre de Juana. Alegrábase con la tierna niña su buena madre, no tanto por la gracia y los donaires de su hermosura cuanto por haberla destinado desde su nacimiento para esposa de su querido, reputando por singular beneficio suyo haberle dado quien por ella ejecutase los deseos de la religión que en sus primeros años había tenido y que, por obedecer a sus padres, se le frustraron; y siendo éste el fin con que criaba a su hija, bien se reconoce el cuidado y solicitud con que se emplearía en los saludables documentos de su enseñanza, imponiéndola desde sus primeros arrullos en cuanto pudiera ser necesario para que se enamorase de las virtudes con que se hiciese digna del bien tan singular que le prevenía; y de esta manera iba creciendo, no tanto en los años que por instantes corrían, cuanto en los ejemplos que daba de su virtud y con que afianzaba los progresos que en lo de adelante había de hacer en la perfección.

Hallábase ya en edad de disponerla eficazmente para el estado de religiosa que deseaba la niña, no sólo con gusto y regocijo de su piadosa madre, sino con dolor vehementísimo de su espíritu por hallarse imposibilitada de acompañarla; pero, en medio de estos dolores que continuamente le traspasaban el alma, le hacía a Dios —estimulada de las ansias de la vida religiosa que le asistían— repetidos y fervorosos sacrificios de sus deseos, aunque resignando siempre su voluntad a las suaves disposiciones de su admirable poder. Aceptó la divina majestad el amoroso sacrificio de tan ardientes afectos y, para facilitarle los medios de conseguirlos, quitándole el necesario inconveniente, que lo estorbaba, le envió a su esposo Benito de Vitoria una gravísima enfermedad con que, habiéndose purificado de sus defectos, pasó a la eterna bienaventuranza; como se debe creer, según

el ajuste de conciencia con que vivió y la memoria que dejó a todos de sus virtudes, que son las premisas necesarias de que se infiere la gloria, y a que sin duda ninguna aspiraba, como lo demostraron sus religiosos procederes, de los cuales todos los días de su vida fue su esposa digna cronista y aplaudidora ¡Dichoso hombre en haber merecido tal encomiasta! Pero éstas son las consecuencias o, por mejor decir, el premio que se les debe de justicia a los virtuosos.

Determínase marina a tomar estado de religiosa acompañando a su hija y lo consiguen en el convento real de jesús maría

Por el alto concepto que tenía del proceder y santidad de su esposa o por ser propio caudal de ésta el que poseía, la nombró Benito de Vitoria por su albacea y, aunque no hubiera esta razón, sino el cariño con que siempre le había mirado por el buen crédito que le granjearon sus obras, es constante no haber omitido diligencia alguna para ejecutar las disposiciones del testamento, en que gastó algunos días que, por la extrañeza de los negocios que en ellos trataba, le parecieron a la venerable señora años prolijos. Concluyó finalmente todo lo que en esta materia la solía privar algunas veces de libertad para no emplearse con todos sus afectos en la oración, juzgando que, para conseguir el estado de religiosa que deseaba, eran necesarias cuantas prevenciones podían servir de medio para obtener las virtudes.

Hallábase en este tiempo sumamente desflaquecida y extenuada, no sólo con la edad, que pasaba de 50 años, sino con varias enfermedades originadas de sus continuos ayunos y de la aspereza con que trataba su cuerpo, y, aunque esto y el haber pocos años que de los reinos de Castilla había pasado a los de esta Nueva España un sobrino suyo llamado Juan Pérez de Peraleda le pudiera persuadir el que solicitase el alivio de sus continuos trabajos, con la seguridad de que bien se puede servir a Dios en cualquier estado, como entonces lo ejercitaba en su recogimiento, con todo, se le hacían insufribles los ratos que había de demora en conseguir sus intentos, porque como quiera que los que había tenido de dedicarse a Dios en el estado de religiosa le habían servido toda su vida de estimularle las ansias para

alcanzarlo, y ya se veía libre de los estorbos que lo impedían, cualquier dilación en pretenderlo le parecía culpable y, así, llevada del singular afecto que siempre tuvo al gloriosísimo Padre San Francisco y su religión, pidió su hábito en el monasterio de Santa Clara de esta ciudad; y aunque sus créditos eran muchos y la dote de la madre y la hija muy suficiente, como no era ese el camino por donde quería Dios el conducirla a la gloria, le salieron frustráneas sus diligencias, negándole lo que pedía con dolor y turbación de su alma, atribuyendo a sus culpas no conseguir esta dicha.

Vivía entonces en una de las casas que poseía en la calle de la acequia, que viene de Palacio, bajada la puente de Cozotlan, que llaman de la leña, como vamos hacia el Oriente, y son las segundas a mano izquierda, distantes del Convento Real de Jesús María sólo una cuadra; y aunque no había corrido largo tiempo desde su fundación hasta entonces, era muy frecuentado su templo de nuestra venerable viuda por la cercanía en que se hallaba su casa; con lo cual había comenzado a tener comunicación y estrecheza con algunas monjas en quienes hallaba ejemplos singularísimos que imitar y en cuyas pláticas se afervorizaba siempre su devoción. Por esta causa, o por ser directores de su espíritu algunos padres de la sagrada Compañía de Jesús, que lo eran también de otras no menos virtuosas monjas de aquel convento —los cuales puede ser se lo persuadiesen— se determinó a proponerle su dictamen a la madre abadesa y definidoras, para lo cual se previno no sólo con repetidas y fervorosísimas oraciones, sino con extraordinarias penitencias, pidiéndole a Nuestro Señor satisficiese sus ansias; y como en ello le pedía a su divina majestad lo mismo de que gustaba, con suave facilidad condescendió a sus ruegos. Admiráronse las religiosas no sólo de las tiernas lágrimas, sino de la humildad profunda y eficacísimas razones con que propuso su intento; y como lo que perdía por los años y enfermedades no sólo lo resarcía, sino que lo adelantaba en sus merecimientos y en la loa con que se oía su nombre, atribuyendo a favor singularísimo de su esposo Dios el enviarles para honra de su convento aquel raro ejemplar de perfección y virtud, sin pedir tiempo para deliberar la respuesta, le concedieron uniformes lo que pedía, teniéndose por dichosas en merecer tal hermana.

Quisiera hallarme con abundante copia de elocuentísimas palabras, para referir dignamente las avenidas de regocijos y dulzuras

que inundaron el alma de nuestra venerable Marina al considerar que, después de muy prolijos años de dilación, se había llegado el tiempo que tanto había deseado su voluntad. Dábale a su querida hija doña Juana alegres plácemes de la felicidad que conseguía en dedicarle su virginidad a Dios en religiosa clausura, y era tanta la complacencia con que se hallaba su espíritu que no podía apartar de la imaginación la dicha tan estimable que le esperaba por horas. Consideraba también ser cosa impropia, o por mejor decir imposible, ausentarse del mundo y quedarse en él; inconsecuencia que observan los que, retirándose al sagrado de la religión, no se desapropian totalmente de las alhajas del siglo y, después de haberse evaluado todo su caudal y menaje de casa en 3 966 pesos y cuatro reales, por escritura que el 13 de julio de 1587 pasó ante Pedro Sánchez de la Fuente, sin reservar cosa alguna para su uso lo donaron ella y su hija doña Juana Flores de Navas al Convento Real de Jesús María para su dote.

Bastaban, según el estilo de entonces, 2 800 pesos para este efecto y, pareciéndole cosa despreciable los 1,176 pesos y cuatro reales que adelantaba en su dádiva, avergonzándose de retornarles tan poco a las que, recibiéndola por su hermana, le concedían el que ella tenía en su aprecio por singular beneficio, quiso el que esto se perpetuase en la escritura con las siguientes cláusulas, que si no mueven a devoción y lágrimas a quien las lee, argüirá no ser imposible encerrarse corazones de mármol en el pecho humano:

> Pido y ruego a la madre abadesa y monjas de este monasterio que están presentes detrás de las rejas de su locutorio, se contenten con lo que así les doy y entrego, atento a que no tenemos otros ningunos bienes y que si más tuviéramos todos ellos se los diéramos y entregáramos por conseguir nuestro deseo y buen propósito.

Celebrada la escritura y entregados todos sus bienes al convento, sin reservar para sí —como tengo ya dicho— ni aun unas trébedes,[37] pareciéndole muy largos siglos las breves horas sin más aparato de aplau-

37. Aros o triángulos de hierro para apoyar sartenes, peroles u otros recipientes sobre el fuego.

so que sus propios júbilos, recogiéndose con su hija a su tan deseado encerramiento se vistió el hábito religioso con alegres lágrimas, esperando, para que aquélla consiguiese lo propio, a que tuviese edad.

Comienza el año del noviciado con alguna tibieza por el amor de la hija. pondéranse las circunstancias de la muerte de ésta

Si no se pueden avenir en un solo albergue la majestad y el amor, menos podrán hallarse en uno con las tinieblas la luz, con la tierra el cielo y con lo duradero y estable lo transitorio. Y si aun desocupado de los afectos terrenos no es capaz de todo Dios el corazón humano, ¡cómo será posible que en éste se compadezca a un mismo tiempo el amor que a su divina majestad se le debe como a primera causa y el desordenado cariño a las mortales criaturas! Escollo fue éste en que peligró Marina luego que comenzó a navegar en el dilatadísimo mar de la religión y suceso que hiciera encoger los hombros a los discursos más linces, si no fuera comprobado axioma de la experiencia caer de ordinario un borrón en el papel más limpio.

Pero, no obstante, sobran bastantísimos motivos para el asombro, no ignorando haber Marina no sólo anhelado desde sus tiernos años a la consecución perfecta de las virtudes —necesario medio para encumbrarse a la unión con Dios a que aspiraba su espíritu—, sino el haber conservado hasta este punto un sumo despego a todo lo que no miraba a la eternidad, en cuya comparación reputaba por nada las veneraciones y aplausos que se le hacían, los sirvientes que en tiempo de sus maridos le autorizaban su casa y los dineros y joyas que poseía en bastante copia y que no había muchos días se alegrara en extremo el mantenerlas entonces, por tener más de qué desapropiarse para donarlo al convento; y, como si todo lo que aquí he dicho no hubiera sido ni hubiera experimentado de la benéfica mano de nuestro gran Dios tan no vulgares favores, resfriándosele algún tanto el fuego del amor divino que debiera, por el nuevo estado, arder con más eficacia en su corazón, admitió en la mayor parte de éste un indecible cariño a la hija, bastante a causarle en sus ejercicios algún desorden.

Habíase esmerado la naturaleza en la organización de la rapaza con admirables primores, depositando en sola ella cuantas perfecciones distribuye entre el resto de las mujeres que se presumen hermosas. Eran sus años de doce a trece, pero sus gracias y donaires se numeraban por miles y, como estribaban todos sobre el admirable fundamento de natural discreción y que también se acompañaba con una pureza angélica, compostura grave y reposada modestia, era en todo el convento no sólo el imán de las voluntades, sino el único empleo de los aplausos y elogios. Alegrábase con ello la buena madre y, sin advertir los lazos que en esto le armaba el enemigo común, procurando que el cariño que todas le tenían a su hija no descaeciese, no pensaba ni se entretenía en otra cosa que en componerla. Esmerábase en añadirle hermosura con el adorno, no reparando el que ella, con estas ocupaciones, se las quitaba a su alma, ni el que en ello gastaba los ratos que se le debían al ejercicio santo de la oración y al estudio que le incumbía del instituto y reglas que profesaba.

Aun de menores principios se han originado en algunas almas espirituales, con ruina muy dolorosa, fatales fines; pero como desde la eternidad se los tenía prevenidos gloriosos a esta su sierva, quiso Dios redimirla de lo que se los estorbaba, con una de aquellas espantables acciones en que se veneran con miedo sus ocultos juicios. Habíala ya amonestado con interiores inspiraciones pero, como no bastasen todas ellas para su enmienda, levantando el temerosísimo azote de su poder quiso misericordiosamente cimbrarlo contra la hija para que, con esta demostración, volviese sobre sí su descuidada madre. Hallábase ésta en cierta ocasión componiéndola con singular complacencia cuando, demudándosele a aquélla las facciones y atronando todo el convento con desentonadísimos alaridos, comenzó a desbaratarse a bocados las tiernas carnes y a herirse con las uñas su hermoso rostro; quebráronsele los ojos, conveliéronsele los nervios, faltáronle los sentidos y, padeciendo los más fieros síntomas que jamás vieron los mortales, en breves instantes, sin podérsele administrar sacramento alguno, entre espumarajos y borbozadas de sangre le faltó el alma.

Si así se empeña la divina severidad contra la inculpable pureza de doña Juana porque, sirviéndole a su madre de motivo de diversión su consumada hermosura, la apartaba de la contemplación y amor de su increada belleza, ¡qué esperamos los que aún sin atenderla nos em-

peñamos también con el desorden de nuestros vicios para ultrajarla! ¡Oh, Dios mío!: si así son los recuerdos para que no te olviden, ¡cómo castigarás riguroso a los que te ofenden y cómo será lo acerbo de tus rigores siendo no menos formidables que estas tus amenazas! Es cierto no haber cometido Marina en este descuido culpa mortal y mucho más cierto es cometerla gravísima cuantas religiosas, olvidándose de la fidelidad prometida a su esposo en su profesión, ocupan sus potencias y sentidos en la inquietud de los devaneos que, aun entre las que habitan el siglo, son execrables. Punto es éste que no me permite pasar adelante sin ponderar el que si es irracionalidad despreciar una belleza por amar a un monstruo, si es simpleza repudiar la abundancia de los deleites y meterse voluntariamente entre los trabajos, si es locura no apetecer la vida y buscar la muerte, ¡qué nombre se le dará a la feísima acción con que, sin atender a que en la belleza indecible de su esposo, se halla toda la abundancia de deleites que ha de durar para siempre en la eterna vida, emplean algunas esposas suyas todo su anhelo en divertirse con el monstruo de la devoción mundana, por cuya causa, después de los trabajos que por ello pasaren en esta vida, les espera en lo futuro perpetua muerte!

No hay pasión que obre con mayor vehemencia que los celos y, si estos proceden en los racionales de la estimación en que se tiene lo que se ama, siendo tan en infinita manera lo que Dios nos quiere, ¡cómo permitirá que las almas que se hallan ya con el carácter de esposas suyas pongan su afición —con culpa grave— en criatura humana! Pobres de aquéllas contra quienes —¡Oh, Dios mío!— no esgrimís en esta vida el cuchillo de vuestro enojo, porque aunque sufrir con disimulo a las que por esta causa no miráis con benevolencia parece que es privilegiarlas de vuestra ira, bien sabemos que tolerarlas con dilación prolongada es de su condenación sin remedio evidente indicio. Y aun por eso, cuando a algunas de las que digo se les pasan muchos meses y aun muchos años en semejantes empleos, sin que sientan los rigores de su celoso esposo, ni siquiera les punce el estímulo de la conciencia, sino que viven en sus relajaciones tan quietas, en sus devociones tan sosegadas como si no hubiera Dios, o como si fuera mentira la eternidad. ¡Oh, cómo se debe temer que la dilación del castigo es de su condenación argumento! Pluguiese a Dios, y luego que le irritan tamañas culpas, experimentasen el azote como su pena porque, aun-

que fuera esta medicina en extremo amarga, no las tratara su esposo como a incurables si les aplicase el remedio, pues es benéfico esmero de la clemencia el que se siga a las culpas con inmediación la justicia.

Así lo practicó con su querida Marina, quitándole
de los ojos lo que le empañaba la vista, para que
no la fijase sin intermisión en la increada luz,
y a cuya posesión en sumo grado de glo-
ria —como diremos adelante— tras-
ladó la purísima alma de la ino-
cente niña, cuya espantosa
muerte parece que sólo
sería con las circuns-
tancias que he
dicho, por
reducir con efi-
cacia a su madre al
primer ejercicio de su vida,
que era el que sin duda necesitaba
para conseguir en la eterna infinita gloria.

Suavízale dios a marina la acelerada muerte de su hija por extraño modo y previénese para la profesión con fervores grandes

Alborotóse el convento todo con tan fatal suceso, haciéndose la lástima más sensible por ser el sujeto en que se había experimentado el que presidía en las voluntades de todas por más amable. Embargóle los sentidos a la afligida madre la acerbidad de su pena y, sin que bastase la razón a moderarle en algo su sentimiento, rompía el aire con gemidos dolorosísimos y regaba la sepultura de su hija con abundantes lágrimas, siendo éste el sitio en que entretenía los días y se pasaba las noches. Finezas parecían éstas en lo humano dignas de estima, pero mucho mayores fueron las que comenzó a ejercitar en Marina la poderosa mano de su amante esposo. Habíale curado la llaga de

su desordenado afecto con el doloroso cauterio que ya se ha visto y, pretendiendo el que se consiguiese con más presteza la sanidad, le pareció conveniente aplicarle algunos lenitivos a su dolor; redujéronse éstos a concederle una nueva hija que, si no excediese en las perfecciones a doña Juana, se le ladease por lo menos en lo exterior que se veía y aun quizás se le aventajase en sumo grado en la hermosura del alma.

Fue ésta la venerable Madre Inés de la Cruz, y en el siglo, doña Inés Castellet de Ayala —de quien ya tengo dicho cuando hablé de la fundación de las carmelitas y cuya agradable memoria se reserva con más difusión para el tercer libro—, hija de Francisco de Castellet y doña Luisa de Ayala, a quien ni le faltaban los primores de la belleza ni tenía que mendigar de otra alguna las adquiridas gracias. Servíale todo esto de esmalte al aquilatadísimo oro de su virtud, a que se había aplicado con eficacia desde que madrugó en ella el uso de la razón, que fue también el individuo instante en que, siendo Dios su maestro, fue elevada a un altísimo grado de oración donde se le comunicaban las dulzuras del cielo en abundante copia. Habíasele dado el hábito de religiosa en el Convento Real de Jesús María, pocos días después de la pasada tragedia, y como su habitación había de ser en el noviciado, donde también se hallaba nuestra Marina, puesta en él lo mismo fue mirarla que suspenderse porque, al ideársele en sus facciones las de su hija, terminándosele en el corazón un rayo de la divina luz, a cuyo resplandor se le manifestó la incomparable hermosura de la alma de la novicia Inés, se le disolvieron sus tinieblas y se le cayeron de los ojos las cataratas que hasta allí la habían tenido ciega, para no ver la diferencia que hay de lo terreno y perecedero que ella aplaudía, a la grandeza de bienes de que es capaz nuestra alma y al amor infinito que se le debe a Dios Nuestro Señor como el autor de ellos.

Encárgasele a marina asista a la material fábrica de la casa, enferma por ello y sánala maría santísima milagrosamente

Felicísimo fue este día para Marina, así por lo que se ha dicho como por habérsele ofrecido en él una ocasión de excelente mérito. Juzgóse el que, para aplicarse al estudio del divino oficio, le serviría de estorbo su mucha edad y, aunque había profesado de velo negro, se le dio el

ejercicio de oraciones y salterios que, en vez de las horas canónicas, se les asigna a las legas. Turbárase sin duda otra menos mortificada persona con tan extraño empleo pero, como al profesar, en vez del apellido de Navas, había querido se le suscribiese a su nombre el honorificentísimo de la Cruz, alegróse al ver que, agrandándose de la elección de este título, su nuevo esposo le comenzaba a participar del árbol de la vida los dulces frutos. Obedeció al instante no sólo sin repugnancia, pero aun con exteriores demostraciones de complacencia, y lo mismo fue al mandársele asistiese a la fábrica del convento personalmente.

Tendríase respeto, sin duda, así a la madurez de su edad como a la compostura de su modestia, necesaria precisamente en semejante ejercicio, no tanto porque lo pueden interrumpir ociosos los oficiales, cuanto por los peligros que por haber criadas en los conventos son contingentes. Parecióle a la venerable madre ser de su cargo no sólo esto, en que procedía con atenciones muy linces, sino el procurar se adelantase la obra y se granjease el tiempo, y juzgando con su profunda humildad ser para ella empleo muy honroso ayudar con sus manos a la fábrica de la casa que, por ser habitación de las esposas de Cristo, sus hermanas, la reputaba por palacio muy suntuoso, no sólo se contentaba con asistir continuamente a los oficiales, sino el que, constituyéndose por jornalera, como uno de ellos los ayudaba en todo lo que hacían con fervor grande; ella misma daba las piedras, ripiaba las paredes, batía la mezcla, disponía los andamios y, como el trabajo con que se ocupaba en esto era excesivo, su edad mucha, su debilidad bastante, sus fuerzas ningunas y los soles que por ello pasaba vehementísimos, dentro de pocos meses le llegó a faltar la salud con achaques graves. Era una fluxión a los ojos lo que entre todos sus accidentes más la aquejaba, no tanto por los dolores vehementes que padecía cuanto porque impidiéndosele la vista, no podía asistir como quisiera a su continuo ejercicio. Hacíale con todo humilde oferta de sus deseos a su querido, cuyas luces, mejor que las materiales que se le negaban entonces, le ilustraban continuamente el alma con admirables favores.

Por este tiempo —y aún hasta hoy se observa lo propio— habían traído al Convento Real de Jesús María una milagrosa imagen del tránsito de Nuestra Señora, que se conserva en el muy observante y docto Colegio de San Pablo de religiosos agustinos de esta Ciudad y, como su enfermedad hacía exenta a la V. M. Marina de exteriores

ocupaciones, asistiendo todo el día en el coro, que era el lugar donde estaba decentemente depositada la devotísima hechura, entretenía el tiempo en suaves coloquios con la Santísima Virgen; ofrecíale en ellos los continuos dolores que padecía y, con especialidad, las congojas que por la falta de la vista se le aumentaban. Saludábala con amores tiernos y repetíale instantemente aquellas cosas que sabe dictar muy bien el entendimiento a quien tan bien se entretiene. Méritos fueron éstos para que, condoliéndose María Santísima de su afligida sierva, quisiese darle la mejoría y salud por su propia mano.

Hallábase cierta noche la V. M. en su agradable ejercicio de la oración, sin que se lo estorbasen los vehementes dolores que la aquejaban cuando, ilustrándose el dormitorio con resplandores del cielo, se le representó María Santísima ocupando un admirable trono a que asistían innumerables millares de hermosos ángeles; desde él inclinó sus misericordiosos ojos hacia la enferma, diciéndole al mismo tiempo con cariño grande: "Marina, ¿quieres que yo te cure?" Qué podría responderle sino el que, no mereciendo su indignidad tan soberanos favores, no podía quedar el aceptarlos a la elección de su arbitrio, sino a las disposiciones benignísimas de su gusto, y que así hiciese en ella lo que fuese del mayor agrado de su querido hijo. Entonces la Soberana Reina, llegándose al lecho y poniendo saliva en su sagrada mano, lo mismo fue ungirle los ojos a la enferma que quedar sana. Desapareció todo aquel aparato de resplandores y, quedando la V. M. inundada en lágrimas, que le sacó de lo más fino del agradecimiento merced tan rara, gastó el resto de la noche en darle gracias por ello a Nuestro Dios amantísimo. Libre ya del accidente que se lo estorbaba, le amaneció en las antiguas ocupaciones de su ejercicio, previniéndoles a los obreros los materiales y, como las que ahora la veían perfectísimamente sana eran las mismas que sabían hallarse casi ciega la noche antes, admirándose de tan repentina y milagrosa salud, y procurando saber curiosas su oculta causa, lo más que entonces llegaron a descubrir fue haber sido efecto de la devoción a la Santísima Virgen, por haberles callado las circunstancias que en ello intervinieron la venerable madre.

Extraño camino por donde dios la lleva y gravísimas persecuciones que por ello pasa

No faltó quien, respirando cólera y sentimiento, le propusiese a la abadesa ser indecentísimo el que una lega —así la nombraban por no habérsele permitido el ejercicio del coro- tuviese avilantez[38] de corregir tan imprudentemente a las que si estuvieran en el siglo quizás no la recibieran en su familia, ni aun por criada; que era monstruosidad se tomase la autoridad y ejercicio de la cabeza la que no era ni aun pies en el Real Convento; que qué se diría en el mundo si se llegase a saber que a unas vírgenes que en clausura servían a Dios desde sus tiernos años, las venía a supeditar quien después de dos veces casada había gastado los muchos de su vida en vanidades del mundo y que qué se esperaba de quien tan continuamente las predicaba, sino el que si no se ponía eficaz remedio se quisiese arrojar a mayores cosas. O por obviar estas disparatadas voces, que eran comunes y repetidas por instantes entre las mal contentas, o por juzgar se le minoraba en lo que hacía la V. M. Marina su autoridad, o lo más cierto por que no se desvaneciese con esta ocupación en que Dios la puso, comenzó a mortificarla la abadesa con excesivos rigores.

Negábale los oídos a sus propuestas y, cuando rarísima vez se los concedía, era para responderle tan agriamente que no se le oía otra cosa sino que el espíritu de soberbia y presunción que la poseía era el que la instigaba para sindicar y querer corregir tan imprudentemente a las que hasta entonces no se les había advertido relajación notable. Con la noticia de este desagrado y despego de la prelada instaban las que se juzgaban ofendidas ser efecto de la ociosidad las impertinencias con que las andaba moliendo a todas las V. M. y, como si su oficio de obrera no fuese incomportable a sus fuerzas, se le mandó que, por su mano y sin ayuda alguna, matase, desollase y descuartizase los carneros que se traían de provisión cada semana, y aun cada día, y, pareciendo juguete esta ocupación, se le añadió el que barriese los corrales, limpiase los gallineros y aún el que purgase los lugares comunes y los inmundos vasos.

A tan estruendoso tropel de persecuciones y a las injuriosas palabras con que por instantes mortificaban las que arriba dije a la

38. Dicho o hecho de la persona insolente o atrevida.

humilde monja, comenzó en ella a atemorizarse su flaca naturaleza, excusando así el acudir a la prelada, como el celar la honra de Dios, con el vigor y entereza que acostumbraba, juzgando ser más las ofensas que contra la divina majestad se seguían de sus amonestaciones, que no el provecho que se sacaba de ellas. Corregíale en la oración este dictamen el mismo Dios, instándole en que ejecutase sin réplica su voluntad, y así lo hacía pero, al mismo paso, se le aumentaban sus penas en que ya absolutamente no reparaba, habiéndole dado a entender Cristo Nuestro Señor en cierta visión cuánto más era lo que había padecido su humanidad sacrosanta por el mismo empeño y reprendídole la omisión que en ello tenía severamente.

Del modo con que se portaba la v. m. Marina de la Cruz, así en estas tribulaciones como en los desconsuelos y sequedades que padeció su espíritu

Ultrajes eran éstos que requerían mucho lastre de paciencia y de tolerancia, para que no naufragase en el mar de la vida espiritual la afligida madre pero, habiendo sido eminente en las virtudes todas, no había por qué no lo fuese también en el sufrimiento. Era en ella como nativa la seriedad y, cuando se afervorizaba empeñándose en defender la mayor gloria de Dios, causaba tan notable respeto su compostura, que temblaban en su presencia aun las pertinaces. Esto no obstante ni haber ya adquirido dominio sobre cuantas gobernándose por sus consejos seguían las banderas de la virtud, que eran muchísimas, causaba a todas admirable espanto su humildad profunda y más a las que gemían y lloraban lo mucho que padecía en este tiempo la venerable madre.

Lo menos era estar enfermísima lo más del año, hinchado el cuerpo y atormentado de pies a cabeza con indecibles dolores, sin darle otro descanso que los continuos y trabajosos ejercicios que dije arriba. ¡Cuántas veces le sacaron los colores al venerable rostro las feísimas palabras con que la ultrajaban! Motejábanla por su primero y segundo matrimonio de incontinente, ponderaban el que por no caber ya en el mundo lo había dejado, acordábanle la muerte desgraciadísima de su hija, atribuyéndola a muy justo castigo de su soberbia,

censurábanle también sus inculpables acciones por afectadas y maliciosas hipocresías; y algunas a quienes les había revelado y corregido aun sus más ocultas acciones y pensamientos la zaherían de bruja, de nigromántica y de hechicera, evitando su presencia con ceremonias y con melindres como de quien tenía pacto con el demonio. Mientras oían aquellos castísimos oídos lo que quizás me estorba la vergüenza que no refiera, se acompañaban los desaires con las risadas, con los empellones las mofas y con los apodos los vituperios.

Poca agua era ésta para apagar la sed que tenía la V. M. de padecer por su amado. Jamás se le vio contristado el rostro, antes sí se le hermoseaba por instantes con agraciada alegría, aun cuando se hallaba ocupada en el extraño empleo de desollar carneros o cuando sobre sus hombros —acostumbrados en el siglo por gusto y mandato de su primer marido a cadenas de oro— cargaba la basura de los claustros y dormitorios o la inmundicia de los corrales y gallineros. Callar y sufrir era lo ordinario, y muy ordinario también postrarse de rodillas pidiéndoles perdón a las que la ultrajaban, reconociendo haber sido ella la causa de sus enojos con su imprudencia. Estimábales la suavidad con que la corregían, afirmando merecía mayores reprensiones por haber ofendido a su criador con execrables culpas; manifestábales entonces todas las de su vida, sin perdonar circunstancia, y todo le parecía nada respecto de los deseos que tenía de padecer. Sus pláticas continuas eran envidiar a las que se hallaban atribuladas, cuya amistad y comunicación solicitaba con todo esfuerzo, y con el mismo les repetía a las de su séquito estas palabras:

> Hijas mías, no hay otro camino para imitar de veras al esposo Jesucristo, sino el padecer injurias y afrentas por su amor, y la monja que no sintiere en sí tales deseos no se debería nombrar por verdadera religiosa, porque los deseos de las que pretenden serlo no habían de ser en procurar descansos ni en regalar los cuerpos, o en cumplimientos de cosas de acá exteriores y en ser respetadas; no va bien por aquí, sino en el padecer y procurar de imitarlo en algo.

Concédele dios un lugar retirado para su asistencia, dícense sus ocupaciones en este puesto y algunos particulares casos que le suceden

Quiso la benignísima piedad de nuestro gran Dios y Señor el que, después del riguroso tiempo de estas fatigas, se le siguiese a la V. M. Marina de la Cruz el de su descanso. Ni era posible que el edificio de sus prodigiosas virtudes descollase tan eminentemente, como veremos, si primero no se hubiera cimentado sobre su profundísima humildad, interviniendo en su estructura los pesados y repetidos golpes de tantas penas. Aun en lo exterior que se veía, quiso Dios que se encumbrase su sierva sobre todas, por haber estado inferior a todas en la horrorosa tempestad de sus trabajos pasados y, así, dispuso se le diese para su habitación de entre día la eminencia de una torrecilla que se formaba en el ángulo del convento que está contiguo a la puente, que por aquella parte tiene la acequia real.

Si esto fue espontánea voluntad de los superiores no lo sé, ni tampoco si lo recabó de ellos con humildes ruegos la V. M. Puede ser que esto fuese o que compadeciéndose la prelada al ver la suma paciencia con que se portaba su súbdita, quisiese apartarla del tráfago del convento para con eso quitarle la ocasión de que padeciese, que es a lo que por último me persuado, sabiendo haber sido tan extremada su pobreza —como en su lugar veremos— que le era físicamente imposible a la V. M. el poder comprar entonces celda para su retiro. Séase lo que se fuere, lo cierto es haber oído Dios los ruegos de su humilde sierva y concediéndole no ya el más despreciable rincón de la casa que ella pedía, sino un lugar muy a propósito para que, mediante su soledad, únicamente se emplease en él en contemplar a su amado, a quien todos los días de su vida le dio por este beneficio especiales gracias.

No fue este retiro suyo tan total que la eximiese de la asistencia a todo lo que a una comunidad religiosa le es consiguiente porque, habiéndola traído Dios Nuestro Señor a la del Convento Real de Jesús María para su ejemplo, era necesario, para que fuese eficaz, el que fuese público; redújose sólo a privilegiarla de ocupaciones domésticas exteriores, de que ya la hacían exenta, aun más que sus años, sus enfermedades continuas y vehementes dolores, Y, aunque aquéllas y éstos pudieran estorbarle así su asistencia al coro —donde mientras se

decía el divino oficio rezaba las oraciones y salterios en que se ocupan las legas—, como las vigilias y penitencias con que se maceraba, con todo, siendo la valentía de su espíritu el origen de donde procedían, en nada de esto hizo pausa hasta rendir ese espíritu.

Pasaba las noches en el dormitorio común, desde donde prevenía al día para irse al coro, gastando en él no sólo el tiempo de prima y de las horas restantes, sino el que se tardaban los capellanes y otros sacerdotes en decir misa, que oía siempre de rodillas con singular devoción y mayor modestia. Íbase desde aquí a su torrecilla, de donde no salía sino algunas veces al refectorio, no para comer en él, sino para mortificarse en aquel lugar público con extraordinarísimas penitencias, y otras a visitar y consolar a las enfermas y atribuladas, de quienes se compadecía siempre con entrañable ternura. Gastaba el tiempo restante en exhortar y guiar por el camino de la virtud y de la oración a algunas amigas suyas que subían a visitarla, y eran aquéllas en quienes había cogido con sus amonestaciones agradables frutos, y lo que no se ocupaba en esto destinó a la lectura de las obras de aquel grande honor de la aureliana familia el V. P. Fray Alonso de Orozco, en cuyos escritos hallaba no sólo verdades que le gobernaban su espíritu, sino motivos para amar a Dios, ocupando todos sus sentidos y potencias en contemplar sus grandezas.

Por este tiempo corrían ya impresas las obras y admirable vida de la iluminada virgen Santa Teresa, a quien, aun cuando vivía, amaba la V. M. Marina con cordialísimo afecto, admirada con la noticia que de su doctrina y virtud se tenía por instantes en esta América. Y, aunque es verdad que el anhelo de toda su vida fue imitar los ejemplares de penitencias y perfección de las antiguas santas, con todo, desde que se retiró al recogimiento y soledad de su torrecilla se empeñó, en cuanto pudo, a seguir las huellas que en el ejercicio de la oración y restantes virtudes dejó estampadas para nuestra común enseñanza la gloriosa santa. Mérito fue éste con que consiguió comunicar familiarmente, después de muerta, a la que tanto deseó conocer para su consuelo cuando vivía. Aparecíasele pues repetidísimas veces desde este punto y claro está que no sería tanto para su consuelo, cuanto para perfeccionarla con sus avisos en todo género de virtud y manifestarle los deleites de la gloria a que debía aspirar. Pero como fueron circunstanciadas estas visiones, ni la tradición nos lo dice ni su confesor nos lo expresa.

La única alhaja con que se adornaba esta su celda eran unos tiestos donde tenía sembrada albahaca y algunas flores cuya vista la arrebataba suavísimamente a una altísima contemplación del autor del universo. Cuidaba de ellas con todo esmero y, como para ello y para tener aseado y limpio aquel su recogimiento fuese necesaria una poca de agua, que era lo que únicamente necesitaba, no teniendo, como no tenía, quien la sirviese, y evitando dar molestia a las criadas del convento, a quienes pudiera mandarlo, bajaba con dos botijuelas con que personalmente la conducía desde la pila. El trabajo que en esto pasaba era en extremo grande, así porque le faltaban las fuerzas, como por haber de subir tantas escaleras y caracoles. Pero, siendo Dios Nuestro Señor tan amante suyo, quiso ocurrir al alivio de esta su sierva con un —no sé si lo llame graciosísimo o portentoso— milagro. Era el caso, el que algunas veces hallándose imposibilitada de subir las botijas a la eminencia de su retiro, volviéndose a él la acompañaban aquellas llevadas, sin duda alguna, por manos de ángeles, pues sin que le ocupasen a la V. M. las suyas se iban tras de ella, cuando no sucedía que, levantándose a vista de todo el convento por esos aires, se le entraban por la ventana de su pequeña celda.

Competía con ésta otra casi igual maravilla, que nadie ignoraba en el convento por tan notoria: venían unas tras otras innumerables tropas de pajarillos y, formando entre las flores de las macetas una breve idea del terrenal Paraíso, la entretenían continuamente con su no aprendida y armoniosísima música; ayudábales la V. M. con los cánticos de alabanza que, al mismo tiempo, le entonaba su espíritu al autor de todo, y esto duraba hasta que, mandándoles se fuesen y la dejasen sola, lo ejecutaban al instante con singular obediencia. Quédese la ponderación de tan extraños prodigios a los que con más elegantes palabras que aquestas mías acertaren a expresar la fuerza de amor con que hace Dios estos cariños a quien le sabe dar gusto.

Horrorizábanse aun sus mayores émulas con estos y otros no menores portentos que por instantes veían y, aunque afectarían cuidadosas el disimulo, quién nos disuadirá de que no temiesen tal vez a la divina venganza. Si no era de las de este número, sería sin duda de aquellas a quienes en el vocabulario del mundo se les da el renombre honorificentísimo de diabólicas, una religiosa cuya muerte servirá de provechoso asunto para cerrar el capítulo. Era, según lo dice la me-

moria de aquel tiempo, en extremo hermosa y en quien competían las adquiridas prendas con los nativos donaires. Sus ocupaciones se reducían al locutorio, en que sólo servía de tropiezo a los que con el título de sus devotos la visitaban. Habíala ya amonestado por boca de la V. M. Marina su esposo Dios pero, reconociendo ser necesarias para su cura eficacísimas medicinas, enviándole por este tiempo un mortal achaque, le redujo a una cama de la enfermería toda su pompa. Asistíale la V. M. Marina —como siempre lo hacía con todas las enfermas— continuamente y, proponiéndole el peligro urgentísimo en que se veía y valiéndose de las concluyentes palabras que le dictaba la caridad, la redujo a la enmienda que le propuso con sollozos y con lágrimas a su agraviado esposo.

Conseguido este fin, que era —a lo que se debe discurrir— para lo que la había asaltado la enfermedad, recobró en tiempo muy breve la salud perdida, que fue lo que ocasionó el que ya no le asistiese sin intermisión alguna la V. M. y motivo también para que, valiéndose algunas amigas de la convaleciente de aquesta ausencia, le refiriesen los extremos con que habían sentido sus amantes su peligroso achaque. Instábanla en que, por escrito y con mucho amor, le agradeciese las finezas al uno de ellos, a que se negaba constantemente, trayéndoles a la memoria sus pasados peligros y sus presentes propósitos. Replicábanle con los sofismas que suele dictar nuestro común enemigo en ocasiones como ésta y, a pocos lances, sin que le sirviese de freno que la detuviese el temor de que no llegase a noticia de la V. M. Marina su reincidencia, condescendió con lo que le pedían instantemente sus execrables amigas y comenzó a escribir con la pluma y en el papel que le trajeron ellas.

¡Ah, pobre monja! ¡Ah, esposa —aunque indigna de este nombre—, del que tiene por uno de sus títulos el ser celoso! Aparta de ti ese papel, deja esa pluma, no sea que, mientras escribieres con ella locuras vanas, firme Dios con la de su justo enojo tu acelerada muerte. Así se lo gritaría su alborotada conciencia cuando, descargando Dios el azote temerosísimo de su ira, sin que acabase de escribir el primer renglón, le quitó la vida. Pasmáronse las cómplices de su delito con tan horrendo suceso y, sin que la turbación les permitiese apartarle la pluma de la mano ni romper el papel, en cuyas pocas cláusulas se podía hallar la causa de aquel castigo, convocaron con desentonados

alaridos al convento todo que, no ignorando, por lo que allí se veía, lo que había ocasionado tan impensada muerte, comenzaron a herirse los pechos y a pedirle a su ofendido esposo misericordia. Llegó la nueva de tan lastimosa fatalidad a la celda de la V. M. Marina y, atravesándosele con ella su corazón, hizo que, negándole las voces el sentimiento, se postrase en la presencia del Altísimo donde, con sentidísimas lágrimas de su alma, lloraba la tragedia y escarmentable fin de su querida hermana. Pasáronsele en ello prolijas horas y, queriéndole Dios suavizar el dolor a esta su sierva, le reveló haber sido sólo temporal el castigo de aquella monja.

Noticia fue ésta con que se le regocijó el espíritu indeciblemente y, después de haberle dado a nuestro benignísimo y amante Dios repetidas gracias por haberse mostrado tan misericordioso con aquella su distraída e ingrata esposa, encendida en aquel fuego de caridad con que amaba a todas, le hizo a la divina majestad la siguiente súplica:

> Eternamente os alabo, Dios mío, Dios de misericordias y de piedad, por la que habéis usado con esta alma, concediéndole contrición de sus culpas al apartarse del cuerpo; mucho habéis hecho en habérselo revelado a esta esclava vuestra, pero más os falta para que yo experimente completos vuestros favores. Quién puede ignorar en este convento vuestro justo enojo, siendo pública ya la culpa y tan manifiesto el castigo, el cual es fuerza que por sus circunstancias se juzgue eterno. Pues no, Señor, no ha de ser así, porque yo os lo pido: haced que el favor que me habéis hecho se extienda a todas y no permitáis se presuma estar condenada la que —por que así quiso vuestro amor y piedad —os ha de alabar en el cielo perpetuamente.

Así cuidaba de la honra de la difunta la que —aún quizás entonces—, experimentaba en la suya, por causa de las que con ella vivían, notables pérdidas; y como a tan heroico acto se juntase la ternura cariñosa

con que Dios la amaba, se dignó de concederle cuanto pedía. Así se lo manifestó la V. M. a las religiosas, a las cuales, después de haber exhortado a la virtud y guarda de su regla con el eficaz ejemplo que allí tenían, les aseguró— para su consuelo— no haberse condenado, sino estar en carrera de salvación la difunta monja, cuya prueba sería la mutación que verían en su rostro desde aquel instante. Así fue, pues, teniéndolo sumamente desfigurado y descolorido, se le comenzó a sonrosear y encender como cuando se padece congoja y tribulación. ¡Y qué tal sería la que entonces experimentaba en el purgatorio! Pero cuánto más grave será la que aguarda en el infierno a quien, después de haber leído esto ofendiere a su esposo Dios con semejante culpa.

Persecuciones con que el demonio la maltrata y victorias ilustres que de él consigue

Bastábale a cualquiera el ponerse sólo en el camino de la virtud, para que desde ese punto se le declare el demonio por su enemigo cruel; fuelo de la V. M. Marina de la Cruz desde sus tiernos años, porque desde entonces procuró ésta, no sólo el ajuste de su conciencia, sino el adquirir merecimientos y perfecciones. Y como la envidia que por estas buenas partidas les tenga aquél a las criaturas racionales sea tan sin límite, cuanto es también sin límite su malicia, de aquí es el que, no contentándose de acometer a las almas con pensamientos y sugestiones pecaminosas, les maltrata los cuerpos con golpes, con tormentos y con dolores. Permítelo sin duda la divina majestad para mayor confusión y pena de aquel rebelde espíritu, y para mayor merecimiento y corona de quien resiste con esfuerzo sus asechanzas y sufre con tolerancia y paciencia sus invasiones.

Persuádome con esto a que con cuantos trabajos y penalidades experimentó la V. M. toda su vida dimanaron y tuvieron principio de aqueste origen: Muchos y muchas advertiremos si trajéramos a la memoria cuanto hasta aquí se ha dicho; porque sin hacer caso de lo que sería consiguiente a la suma pobreza de sus padres, quién no considera lo que pasaría de incomodidades, de tribulaciones y sinsabores en su navegación y dilatados viajes, en las contradicciones que hacía a su recogimiento y ejercicios su primer marido, en ignorar la desigualdad de

éste cuando se puso en estado, en las pérdidas de mucha hacienda que experimentó, así en el tiempo de su viudez como en el de su segundo matrimonio, en la repulsa que le hicieron cuando pretendió tomar el hábito de religiosa de Santa Clara en su convento de México, en lo muchísimo que padeció en el Real de Jesús María, que fue el teatro de sus mayores afanes y en donde no se le perdonó ni a su cuerpo, ni a su espíritu, ni a su honra, ni a sus sentidos, ni a sus potencias, cuando en todo esto fue atribulada, mortificada y oprimida cuanto no es decible.

Era su fortaleza no sólo igual, sino superior a esto y aun a otras muchas más cosas que se le pudieron ofrecer semejantes a ellas y, reconociéndolo así el demonio y ser tiempo perdido el que pródigamente había gastado para inducirla a pecar, se empeñó en minorarle las ocasiones de merecer, distrayéndola de la oración con tan ridículas monerías que me excusara a escribirlas si en ellas mismas no se advirtieran los efectos lastimosísimos del pecado, pues cuando, por haber sido el sello de la divina semejanza, el depósito de toda la sabiduría, la primera y la más privilegiada criatura entre las angélicas, había de asistirle a Dios como primer ministro, distribuyendo sus órdenes, aun a las dominaciones y serafines, gobernándole la inmensa máquina de los cielos y, atendiendo al progreso de su católica iglesia, se ocupe hoy en pena de su ingratitud y de su soberbia en lo que suele ser entretenimiento de los muchachos, y a quienes se castiga por ello con seis azotes.

Más gustaba la V. M. de hablar con Dios, que de hablar de Dios, y de tratar con el criador, que con las criaturas, y aunque por esto no tuviese a bien el que continuamente subiesen las monjas a su celda a ocuparle el tiempo, pero siendo en sus acciones y cumplimientos muy comedida, estimulada de la caridad que ejercitaba con las que allá subían o para tomar sus consejos o para afervorizar sus espíritus con su plática, se levantaba a abrir la puerta cuando daban golpes y, como no siempre estaba en aquellos arrobamientos en que le faltaba el uso de los sentidos, valíase el demonio de este pretexto para golpear la puerta y, al abrirla, era muy de ordinario hallarse burlada, oyendo al mismo tiempo el alboroto que iba haciendo por el caracol y escaleras con descompuestas risadas. Repitióle tantas veces aquesta burla, que tuvo por bien el no cerrar la puerta y estorbarle con esto al demonio sus inquietudes. Otras veces, tomando la figura de indio, o de feísimo etiope, se asomaba por la ventana haciéndole gestos y visajes que le

causasen risa y lo que consiguió fue el que en tiempo de la oración cerrase la ventana para no verlo. Mostrábasele también con la apariencia y traje de los sirvientes, gritábale súbitamente en los oídos por que se espantase y aun, tal vez transformándose en conejo, se entró en la iglesia del Colegio de San Pedro y San Pablo de la Compañía de Jesús, donde, recién venida a la Nueva España, estaba en misa la virtuosa señora, pensando la divertiría con los juguetes que con ella hacía y de que no hizo caso, conociendo el espíritu que en aquel animal fantástico se encerraba. Véanse y llórense las cosas en que hoy se ocupa el miserable primogénito del pecado.

Corrido de ver el poco caso que de él hacía, convirtió las burlas jocosas en dolores graves: causábale éstos arrebatándole de la mano la disciplina y dándole con ella mortales golpes, y lo mismo hacía con cuantas cosas había en la celda que hallase a mano; quitábale también las fuerzas derramándole el chocolate, que era el único sustento con que pasaba, y raro era el día en que no emplease en ella su infernal cólera. Pero, cuando se conspiraba toda la vil canalla de esos apóstatas espíritus para afligirla, era las veces que bajaba de su retiro para cosa que concernía al divino gusto, pues lo mismo era perfeccionarla que aparecérsele todo el infierno desafiándola para su celda donde, apenas llegaba, cuando, acometiéndola por todas partes, eran tales los golpes que descargaban sobre ella, que solía quedar privada de sentido por muchas horas. Hallábasele en estas ocasiones tan lastimado y quebrantado el cuerpo, que causaba lástima, motivando mayor espanto el que ella lo celebrase con risa. Así sucedió cierta vez que, estando acompañada de una amiga alabando a Dios por ver la hermosura de las flores que se daban en sus macetas, sin sacarlo de un clavo de que pendía, le dio tan fiero golpe con un jarro, que le partió la frente; turbóse la compañera al ver la herida, que era bien grande, al hallar después el jarro en el suelo sin lesión alguna y al ignorar la causa de aquel fracaso, dudas a que satisfizo la V. M. Marina con reírse de ello, bajando con notable paz y alegría a que la curasen.

Aparecíase otras veces como un mancebo, paseándose por las azoteas y, especialmente, por la de la torrecilla que le servía de celda y, como los que pasaban por la calle hiciesen reparo en aquel bulto, que a la luz de la luna y de las estrellas les parecía galán en extremo y cargado

de plumas y relumbrones,[39] comenzaron a escandalizarse y a murmurarlo; y aunque perdonarían a la V. M. por ser tan vieja, atribuían al efecto de los pocos años y menos juicio de otras aquel escándalo. Duró éste muy poco porque, sabiéndose con evidencia quién lo causaba, desistió de proseguirlo con confusión y vergüenza. Con estos y semejantes sucesos, que fueron muchos, llegó a conseguir perfecta victoria de tan porfiado enemigo, de tal manera que, así como huye y se arredra del gavilán la cobarde paloma, de la misma manera trocadas las suertes huía ya de la V. M. Marina de la Cruz este dragón fierísimo, sabiendo ser lo mismo acometerla que granjearle triunfos, y todos ellos tan en extremo heroicos que bastó el menor para desvanecerle la soberbía con que se había jactado, por el que consiguió —aunque bien pequeño, supuesto que de ninguna manera la privó de la la divina gracia—, cuando, por el desordenado amor de la hija, se divirtió algún poco.

Revélale dios nuestro señor algunos sucesos futuros; tiene también noticia de su muerte y cae enferma

De ellos mismos infería cuán dignamente es Dios merecedor de que todos le amen y cómo debe llorarse la ingratitud de sus criaturas cuando le ofenden. Sentimiento fue éste, a lo que yo puedo discurrir, que le quitó la vida porque, habiendo sido llevada al cielo en uno de sus ordinarios arrobamientos, vio a Dios Nuestro Señor en un trono tan respetable y venerable que le causó espanto; mostróle su divino rostro tan en extremo airado y encendido, que bastara a quitarles súbitamente la vida a todas las criaturas si así le viesen; quejósele del poco caso que hacían los hombres de sus finezas y le manifestó que los muchos pecados de la América —en que, como su cabeza y emporio se hallaba bastantemente incursa la Ciudad de México— le necesitaban y compelían ya a castigarlos con penas graves. Revelóle también algunas cosas futuras pertenecientes a su convento, que se reducían a tibiezas y relajación en su instituto y a persecuciones que en algún tiempo experimentarían las vitrtuosas, de aquellas de quienes deberían expe-

39. Cosas brillantes de escaso valor.

rimentar fomento por este título, todo lo cual con dolorosas lágrimas y gemidos, hizo notorio la V. M. al monasterio todo, encargándoles no sólo el ajuste de sus conciencias, sino el que con oraciones y penitencias procurasen mitigar en algo a la divina justicia.

Desde este punto comenzaron a correr pestilenciales vientos, inficionádose con ello todo lo vegetal y sensitivo, padeciendo los hombres por esta causa enfermedades gravísimas, siendo entre ellas el sarampión y dolores del costado lo que más picaba. La gente que de todos estados y edades moría era en extremo mucha, quedando solitarias algunas casas y pobladísimos cuanto no es decible los hospitales; añadióse a esto la penuria y carestía de bastimentos, las hostilidades con que invadieron los más puertos y costas los enemigos, y como todo esto llegase a la noticia de la V. M. de que infería persistir todavía los hombres en sus pecados, supuesto que no había pausa en su horroroso castigo, se contristaba y afligía tan nimiamente que nada le parecía bastaba para su consuelo, sino dejar el mundo para no ver con eso la perdición y protervia de sus hermanos los hombres […]

Principiábase por entonces el año de 1597 y era también el tiempo en que estaba el contagio en su mayor encono, pues no privilegiaba ni aun a los más abstraídos conventos su rigor grande. Era entre éstos el Real de Jesús María el que más sufría —¿quién habrá que le pregunte a Dios los motivos que en ello tuvo?—, no perdonando ni a la misma prelada la enfermedad, a cuya violencia había llegado a los últimos términos de la vida, sin que en ella se advirtiesen esperanzas algunas de sanidad. Era ésta la M. Ana de la Concepción […]

[…] Desde este punto se sintió herida en el costado con un dolor vehementísimamente agudo y se le comenzó a abrasar el cuerpo con ardiente fiebre, todo lo cual, como prenuncio de su cercana dicha, le parecía suavidad y regalo a su alegre espíritu. Tres días fueron los que toleró este mortífero y gravísimo achaque con admirable paciencia, hasta que, ofreciéndose en el confesionario ponderarle su padre espiritual el peligroso estado de la abadesa, para con eso estimularla a que consiguiese de su amado esposo su mejoría […] Manifestóle también estar ya ella mortalmente herida del propio achaque y, con sumo gusto, se retiró a la enfermería para conseguir desde ella la salud eterna […]

Felicísimo tránsito de la v. m. marina de la cruz. lo que sucede en su entierro. refiérense también algunas apariciones suyas en que se ve gloriosa

Acudiósele al instante con cuanto administra en semejantes casos la caridad, lo cual admitió la V. M., aún más por darle gusto y complacencia a quien lo aplicaba, que por pensar había todo ello de prorrogarle la vida. Nimias fueron las persuasiones con que recabaron de ella se quitase el hábito, para que tuviese algún alivio en la cama tan trabajado cuerpo, y mucho más nimias las súplicas para que rindiese las armas de los asperísimos cilicios que la abrumaban. Halláronla entonces no sólo ceñida desde la cintura al pecho con una cadena en extremo gruesa, sino lastimadas las piernas, los muslos y los brazos con coracinas de hierro y punzantes rallos, cuyas correas fue necesario se cortasen con tijeras y con cuchillos por estar ya cubiertas de carne las ligaduras. Creo que más sentía su espíritu le quitasen del cuerpo aquellos instrumentos de merecer, que aun el mismo cuerpo, siendo así que se le arrancaban a pedazos suyos entre los rallos y cadenas con vehemente dolor. Vistiósele una camisa y, a ruegos y lágrimas suyas, se le sobrevistió su hábito y, recostándose sobre unas almohadas, con notable valor y entereza esperó la muerte.

Amanecido el viernes y díchosele misa en la enfermería, se le administró por viático el sacramento vivífico del altar, que recibió con muestras de grande júbilo y singular devoción […] Pidió inmediatamente la extremaunción, y recogida en un profundo silencio y anegada su alma en el inmenso mar del amor divino, limpia de toda mancha y llena de merecimientos y de virtudes entre las lágrimas de las suyas, se la entregó a su querido esposo el viernes 17 de enero de 1597, cerca de las 12 horas del mediodía. Mujer verdaderamente insigne y de igual tenor en sus procederes, así en el tiempo de su opulencia y prosperidad, como en el de su pobreza y de sus trabajos; tan virtuosa en el estado del matrimonio como en el de su viudez y religión; tan alegre en las ocasiones de su retiro y sosiego como en las de su persecución y tribulaciones; constantísima siempre en seguir lo bueno y celosísima en todos instantes de la divina gloria. Murió de 60 años, después de haber gastado los nueve y seis meses cabales en religión, en el mismo día y hora que le había manifestado y revelado su espiritual hermano Gregorio López.

Como la fama de las excelentes virtudes de la V. M. Marina de la Cruz, no cabiendo en la clausura del Convento Real de Jesús María, se había extendido por toda la Ciudad de México con aprecios grandes, no es ponderable el sentimiento y conmoción que causó en toda ella el saber su muerte. Acudieron al redoble de las campanas desde las más ínfimas hasta las más prominentes personas de la república, así para venerar el difunto cuerpo como para solicitar por reliquia alguna pequeña parte de su pobre ropa, teniéndose por dichoso el que lo conseguía, porque, siendo sus alhajas en extremo pocas, ya se habían apoderado de ellas las religiosas con tanta diligencia que ni aun a la piedra en que solía recostarse cuando dormía perdonó el cuidado. Convidáronse espontáneamente para su entierro —que fue en la tarde del siguiente sábado— los Cabildos eclesiástico y secular, las comunidades todas de religiosos, con el resto de los sujetos de primera clase, en cuyas voces no se le daba otro epíteto a la V. M. sino el de santa, concepto que comprobaban con la devoción con que besaban los pies y manos los que podían hacerlo y con que todos solicitaban aunque fuesen hilachas de la mortaja, o por lo menos el tocar los rosarios a su cadáver yerto.

Cuando por esto pensé yo el que se le hubiera dado no sólo decente, pero honorificentísima sepultura, afirma la relación de su confesor que se enterró en la claustra,[40] cosa que siempre que se me ofrece me causa asombro. Si fue a ruegos de la V. M. alabo, como se debe, su humildad profunda, pero de ninguna manera apruebo la ejecución indiscreta, si ya no es el haber sido el estilo corriente de aquellos tiempos. O puede ser que, siendo entonces pequeñísimo el coro bajo y estando ya ocupado todo su distrito con los cadáveres que continuamente se morían con la epidemia. O siendo, como era, el único coro con que se hallaba el convento y, por eso, el lugar adonde de continuo más se asistía, temiéndose de la corrupción y de mayor contagio, se había en común destinado alguna parte de la claustra para este efecto. Séase de esto lo que quisieren, lo cierto es haber sucedido en el entierro de la V. M. de la Cruz singulares casos, quedando muy fijo en la memoria el que ya refiero.

Padecía uno de los clérigos oficiantes que allí asistía el gravísimo achaque de una apostema que muchos años había le tenía ocupadas las cavidades del pecho, viviendo por ello con desconsuelos

40. Galería que rodea un patio principal en un edificio generalmente de tipo conventual.

notables, como quien traía consigo el verdugo que le había de quitar la vida con muerte súbita. Éste, pues, admirado de los prodigios que de la V. M. se referían, estimulándolo la necesidad y la devoción, quiso ser uno de los que a porfía pusieron el cuerpo en la sepultura, pidiéndole al mismo tiempo a Dios Nuestro Señor se sirviese por los méritos de su sierva el remediarle su achaque. No hubo dilación alguna entre la súplica y el remedio porque, reventándosele la apostema inmediatamente y evacuada allí luego la podredumbre —aun contra lo que escribe la medicina—, quedó tan de una vez sano que, si no hubiera tenido este suceso tan abonados testigos, se podía dudar haber padecido en su vida dolencia alguna, del cual y de otros semejantes que sucedieron se le dieron a la divina majestad repetidas gracias, alegrándose todos al ver cuán liberal y honoríficamente le premiaba sus grandes merecimientos a su querida sierva.

INFORTVNIOS QVE ALONSO RAMIREZ

NATVRAL DE LA CIVDAD DE S. JUAN DE PVERTO RICO

padeciò, assi en poder de Ingleses Piratas que lo apresaron en las Islas Philipinas como navegando por si solo, y sin derrota, hasta varar en la Costa de Iucatan:

Consiguiendo por este medio dar vuelta al Mundo

DESCRIVELOS

D. Carlos de Siguenza y Gongora

Cosmographo, y Cathedratico de Mathematicas del Rey N. Señor en la Academia Mexicana.

CON LICENCIA EN MEXICO

por los Herederos de la Viuda de Bernardo Calderon en la calle de S. Agustin. Año de 1690.

Infortunios de Alfonso Ramírez

Este tercer texto, seleccionado de mi propia edición, relata las vicisitudes de un natural de Puerto Rico, súbdito del virreinato de la Nueva España, cuya mala fortuna lo lleva primero a emigrar a la Ciudad de México, donde ejerce varios oficios, entre ellos, carpintero y arriero por algunos caminos de Puebla y Oaxaca y, más tarde, decide irse a Filipinas. A partir de sus navegaciones, se narra su cautiverio en manos de piratas ingleses con todas las atrocidades que cometían en las islas que asaltaban y las que le hacían a los propios cautivos. Cuando, por fin, los dejan en libertad, llegan al Caribe y se narran los naufragios en las costas de Quintana Roo y Yucatán, hasta que consiguen que lo oigan en Mérida y lo mandan con el virrey, quien, a su vez, le pide que le cuente sus experiencias a Don Carlos de Sigüenza y Góngora.

Aventuras y cautiverios con piratas

Sale de acapulco para filipinas. dícese la derrota[41] de este viaje y en lo que gastó el tiempo hasta que lo apresaron los ingleses

[…] Es la abundancia de aquellas islas, y con especialidad la que se goza en la ciudad de Manila, en extremo mucha. Hállase allí para el sustento y vestuario cuanto se quiere a moderado precio, debido a la solicitud con que por enriquecer los sangleyes[42] lo comercian en su parián[43] , que es el lugar donde, fuera de las murallas, con permiso de los españoles, se avecindaron. Esto, y lo hermoso y fortalecido de la ciudad, coadyuvado con la amenidad de su río y huertas, y lo demás que la hace célebre entre las colonias que tienen los europeos en el Oriente, obliga a pasar gustosos a los que en ella viven.

Lo que allí ordinariamente se trajina es de mar en fuera, y siendo por eso las navegaciones de unas a otras partes casi continuas, aplicándome al ejercicio de marinero, me avecindé en Cavite. Conseguí por este medio, no sólo mercadear en cosas en que hallé ganancia y en que me prometía para lo venidero bastante logro, sino el ver diversas ciudades y puertos de la India en diferentes viajes. Estuve en Madrastapatán,[44] antiguamente Calamina o Meliapor, donde murió el apóstol Santo Tomé, ciudad grande, cuando la poseían los portugueses, hoy un monte de ruinas, a violencia de los estragos que en ella hicieron los franceses y holandeses por poseerla. Estuve en Malaca, llave de toda la India y de sus comercios por el lugar que tiene en el estrecho de Syncapura, y a cuyo gobernador pagan anclaje cuantos lo navegan. Son dueños de ella y de otras muchas los holandeses, debajo de cuyo yugo gimen los

41. El rumbo o derrotero que sigue un barco.
42. Chinos o japoneses que iban a comerciar a Filipinas.
43. Nombre que daban en Manila al lugar donde se vendían los efectos importados de Europa. En México pasó a significar mercado, en general. Existe en Puebla todavía dicha voz para referirse al mercado.
44. Actual Madrás, al poniente de la India, en la costa de Coromandel.

desvalidos católicos que allí han quedado, a quienes no se permite el uso de la religión verdadera, no estorbándoles a los moros y gentiles, sus vasallos, sus sacrificios.

Estuve en Batavia,[45] ciudad celebérrima que poseen los mismos en la Java mayor y adonde reside el gobernador y capitán general de los Estados de Holanda. Sus murallas, baluartes y fortalezas son admirables. El concurso que allí se ve de navíos de malayos, macasares, sianés, bugises,[46] chinos, armenios, franceses, ingleses, dinamarcos, portugueses y castellanos, no tiene número.

Hállanse en este emporio cuantos artefactos hay en la Europa y los que en retorno de ellos le envía la Asia. Fabrícanse allí, para quien quisiere comprarlas, excelentes armas. Pero con decir estar allí compendiado el universo, lo digo todo. Estuve también en Macán,[47] donde, aunque fortalecida de los portugueses que la poseen, no dejan de estar expuestos a las supercherías de los tártaros (que dominan en la gran China), los que la habitan.

Aún más por mi conveniencia que por mi gusto, me ocupé en esto, pero no faltaron ocasiones en que, por obedecer a quien podía mandármelo, hice lo propio; y fue una de ellas la que me causó las fatalidades en que hoy me hallo y que empezaron así:

Para provisionarse de bastimentos que en el presidio de Cavite ya nos faltaban, por orden del general don Gabriel de Cuzalaegui, que gobernaba las islas, se despachó una fragata de una cubierta a la provincia de Ilocos,[48] para que de ella, como otras veces se hacía, se condujesen. Eran hombres de mar cuantos allí se embarcaron, y de ella y de ellos, que eran veinte y cinco, se me dio el cargo. Sacáronse de los almacenes reales y se me entregaron para que defendiese la embarcación cuatro chuzos[49] y dos mosquetes[50] que necesitaban de estar con prevención de tizones para darles fue-

45. Actual Yakarta
46. Habitantes de Macasar, en la isla Célebes, al oeste de Borneo; habitantes de Siam, hoy Tailandia y habitantes de Bajus o Bugis, en la isla Célebes.
47. Macao, que era una colonia portuguesa en la costa sur de china.
48. Al noroeste de la isla de Luzón hacia el mar de la China meridional.
49. Palos con un pincho en la punta.
50. Armas de fuego más largas y de mayor calibre que un fusil. Se apoyaban sobre una horquilla para disparar.

go, por tener quebrados los serpentines.[51] Entregáronme también dos puños de balas y cinco libras de pólvora.

Con esta prevención de armas y municiones, y sin artillería ni aun pedrero[52] alguno, aunque tenía portas[53] para seis piezas, me hice a la vela. Pasáronse seis días para llegar a Ilocos; ocupáronse en el rescate y carga de los bastimentos como nueve o diez; y estando al quinto del tornaviaje barloventeando con la brisa para tomar la boca de Marivélez para entrar al puerto, como a las cuatro de la tarde se descubrieron por la parte de tierra dos embarcaciones; y presumiendo no sólo yo sino los que conmigo venían, serían las que a cargo de los capitanes Juan Bautista y Juan Carvallo habían ido a Pangasinán y Panay[54] en busca de arroz y de otras cosas que se necesitaban en el presidio de Cavite y lugares de la comarca, aunque me hallaba a su sotavento, proseguí con mis bordos sin recelo alguno, porque no había de qué tenerlo.

No dejé de alterarme cuando dentro de breve rato vi venir para mí dos piraguas a todo remo, y fue mi susto en extremo grande, reconociendo en su cercanía ser de enemigos. Dispuesto a la defensa como mejor pude con mis dos mosquetes y cuatro chuzos, llovían balas de la escopetería de los que en ella venían sobre nosotros, pero sin abordarnos, y tal vez se respondía con los mosquetes haciendo uno la puntería y dando otro fuego con una ascua, y en el ínterin partíamos las balas con un cuchillo para que, habiendo munición duplicada para más tiros, fuese más durable nuestra ridícula resistencia.

Llegar casi inmediatamente sobre nosotros las dos embarcaciones grandes que habíamos visto, y de donde habían salido las piraguas, y arriar las de gavia[55] pidiendo buen cuartel, y entrar más de cincuenta ingleses con alfanjes[56] en las manos en mi fragata, todo fue uno. Hechos señores de la toldilla,[57] mientras a palos nos retiraron a proa, celebraron con mofa y risa la prevención de armas y municiones que en ella hallaron, y fue mucho mayor cuando supieron el que

51 Instrumentos de hierro en los que se ponía la mecha o cuerda encendida para hacer fuego con el mosquete.
52 Boca de fuego antigua para disparar piedras.
53 Aberturas o ventanas en los costados de los barcos para dar salida a la artillería.
54 Pangasinán al oeste de la isla Luzón y Panay, otra isla filipina al sur de Mindoro.
55 Velas que se colocan en el mastelero mayor y sirven para dar la dirección.
56 Sables cortos y con la hoja ancha y curva.
57 Cubierta de popa.

aquella fragata pertenecía al rey, y que habían sacado de sus almacenes aquellas armas. Eran entonces las seis de la tarde del día martes cuatro de marzo de mil seiscientos y ochenta y siete.

PÓNENSE EN COMPENDIO LOS ROBOS Y CRUELDADES QUE HICIERON ESTOS PIRATAS EN MAR Y TIERRA HASTA LLEGAR A LA AMÉRICA

Sabiendo ser yo la persona a cuyo cargo venía la embarcación, cambiándome a la mayor de las suyas, me recibió el capitán con fingido agrado. Prometióme a las primeras palabras la libertad si le noticiaba cuáles lugares de las islas eran más ricos, y si podría hallar en ellos gran resistencia. Respondíle no haber salido de Cavite sino para la provincia de Ilocos, de donde venía, y que así no podía satisfacerle a lo que preguntaba. Instóme si en la isla de Caponiz, que a distancia de catorce leguas está Noroeste Sueste con Marivélez, podría aliñar sus embarcaciones, y si había gente que se lo estorbase; díjele no haber allí población alguna y que sabía de una bahía donde conseguiría fácilmente lo que deseaba. Era mi intento el que, si así lo hiciesen, los cogiesen desprevenidos, no sólo los naturales de ella, sino los españoles que asisten de presidio en aquella isla y los apresasen. Como a las diez de la noche surgieron[58] donde les pareció a propósito, y en estas y otras preguntas que se me hicieron se pasó la noche.

Antes de levarse,[59] pasaron a bordo de la capitana mis veinte y cinco hombres. Gobernábala un inglés a quien nombraban maestre Bel; tenía ochenta hombres, veinte y cuatro piezas de artillería y ocho pedreros, todos de bronce. Era dueño de la segunda el capitán Donkin; tenía setenta hombres, veinte piezas de artillería y ocho pedreros, y en una y otra había sobradísimo número de escopetas, alfanjes, hachas, arpeos, granadas y ollas llenas de varios ingredientes de olor pestífero. Jamás alcancé por diligencia que hice el lugar donde se armaron para salir al mar; sólo sí supe habían pasado al del Sur por el estrecho de Mayre, y que imposibilitados de poder robar las costas del Perú y Chile, que era su intento, porque con ocasión de un tiempo que

58. Echaron el ancla.
59. Recoger las anclas fondeadas.

entrándoles con notable vehemencia y tesón por el Leste les duró once días, se apartaron de aquel meridiano más de quinientas leguas, y no siéndoles fácil volver a él, determinaron valerse de lo andado, pasando a robar a la India, que era más pingüe. Supe también habían estado en islas Marianas y que, batallando con tiempos desechos y muchos mares, montando los cabos del Engaño y del Boxeador, y habiendo antes apresado algunos juncos y champanes[60] de indios y chinos, llegaron a la boca de Marivélez, a donde dieron conmigo. Puestas las proas de sus fragatas (llevaban la mía a remolque) para Caponiz, comenzaron con pistolas y alfanjes en las manos a examinarme de nuevo y aun a atormentarme. Amarráronme a mí y a un compañero mío al árbol mayor; y como no se les respondía a propósito acerca de los parajes donde podían hallar la plata y oro por que nos preguntaban, echando mano de Francisco de la Cruz, sangley mestizo, mi compañero, con crudelísimos tratos de cuerda[61] que le dieron, quedó desmayado en el combés[62] y casi sin vida. Metiéronme a mí y a los míos en la bodega; desde donde percibí grandes voces y un trabucazo; pasado un rato y habiéndome hecho salir afuera, vide mucha sangre, y mostrándomela, dijeron ser de uno de los míos, a quien habían muerto y que lo mismo sería de mí si no respondía a propósito de lo que preguntaban. Díjeles con humildad que hiciesen de mí lo que les pareciese, porque no tenía que añadir cosa alguna a mis primeras respuestas. Cuidadoso desde entonces de saber quién era de mis compañeros el que habían muerto, hice diligencias por conseguirlo, y hallando cabal el número, me quedé confuso. Supe mucho después que era sangre de un perro la que había visto, y no pasó del engaño.

No satisfechos de lo que yo había dicho, repreguntando con cariño a mi contramaestre, de quien por indio jamás se podía prometer cosa que buena fuese, supieron de él haber población y presidio en la isla de Caponiz, que yo había afirmado ser despoblada. Con esta noticia, y mucho más, por haber visto, estando ya sobre ella, ir

60. Juncos, veleros orientales cuyas velas van cosidas sobre listones de bambú. Champanes, embarcaciones grandes, de fondo plano, para navegar por los ríos.
61. Castigos que consistían en atar las manos a una persona por detrás, levantándola en el aire y dejándola caer sin que llegue a tierra, con los cual se le descoyuntan los huesos de los hombros.
62. Espacio en la cubierta superior entre el palo mayor y la proa.

por el largo de la costa dos hombres montados, a que se añadía la mentira de que nunca había salido de Cavite sino para Ilocos, y dar razón de la bahía de Caponiz, en que, aunque lo disimularon, me habían cogido, desenvainados los alfanjes con muy grandes voces y vituperios, dieron en mí. Jamás me recelé de la muerte con mayor susto que en este instante, pero conmutáronla en tantas patadas y pescozones que descargaron en mí, que me dejaron incapaz de movimiento por muchos días. Surgieron en parte de donde no podían recelar insulto alguno de los isleños, y dejando en tierra a los indios dueños de un junco de que se habían apoderado el antecedente día al aciago y triste en que me cogieron, hicieron su derrota a Pulicondón,[63] isla poblada de Cochinchinas en la costa de Camboja, donde, tomado puerto, cambiaron a sus dos fragatas cuanto en la mía se halló, y le pegaron fuego.

Armadas las piraguas con suficientes hombres, fueron a tierra y hallaron los esperaban los moradores de ella sin repugnancia; propusiéronles no querían más que proveerse allí de lo necesario, dándoles lado[64] a sus navíos y rescatarles también frutos de la tierra, por lo que les faltaba. O de miedo, o por otros motivos que yo no supe, asintieron a ello los pobres bárbaros; recibían ropa de la que traían hurtada, y correspondían con brea, grasa y carne salada de tortuga y con otras cosas. Debe ser la falta que hay de abrigo en aquella isla o el deseo que tienen de lo que en otras partes se hace en extremo mucho, pues les forzaba la desnudez o curiosidad a cometer la más desvergonzada vileza que jamás vi. Traían las madres a las hijas y los mismos maridos a sus mujeres, y se las entregaban con la recomendación de hermosas a los ingleses por el vilísimo precio de una manta o equivalente cosa.

Hízoseles tolerable la estadía de cuatro meses en aquel paraje con conveniencia tan fea, pero pareciéndoles no vivían mientras no hurtaban, estando sus navíos para navegar, se bastimentaron de cuanto pudieron para salir de allí. Consultaron primero la paga que se les daría a los pulicondones por el hospedaje; y remitiéndola al mismo día en que saliesen al mar, acometieron aquella madrugada a los que

63. Actual isla Cóndor, al sur de Vietnam.
64. Untar o bañar los costados de los barcos con alguna sustancia para darles mantenimiento.

dormían incautos, y pasando a cuchillo aun a las que dejaban en cinta y poniendo fuego en lo más del pueblo, tremolando sus banderas y con grande regocijo vinieron a bordo. No me hallé presente a tan nefanda crueldad, pero con temores de que en algún tiempo pasaría yo por lo mismo, desde la capitana, en que siempre estuve, oí el ruido de la escopetería y vi el incendio.

Si hubieran celebrado esta abominable victoria agotando frasqueras de aguardiente, como siempre usan, poco importara encomendarla al silencio; pero habiendo intervenido en ello lo que yo vide, ¿cómo pudiera dejar de expresarlo, si no es quedándome dolor y escrúpulo de no decirlo? Entre los despojos con que vinieron del pueblo y fueron cuanto por mujeres y bastimentos les habían dado, estaba un brazo humano de los que perecieron en el incendio; de éste cortó cada uno una pequeña presa, y alabando el gusto de tan linda carne, entre repetidas saludes[65] le dieron fin. Miraba yo con escándalo y congoja tan bestial acción, y llegándose a mí uno con un pedazo me instó con importunaciones molestas a que lo comiese. A la debida repulsa que yo le hice, me dijo que siendo español y, por el consiguiente, cobarde, bien podía para igualarlos a ellos en el valor, no ser melindroso. No me instó más por responder a un brindis.

Avistaron la costa de la tierra firme de Camboja al tercero día y, andando continuamente de un bordo a otro, apresaron un champán lleno de pimienta. Hicieron con los que lo llevaban lo que conmigo, y sacándole la plata y cosas de valor que en él se llevaban sin hacer caso alguno de la pimienta, quitándole timón y velas y abriéndole un rumbo, le dejaron ir al garete para que se perdiese. Echada la gente de este champán en la tierra firme y pasándole a la isla despoblada de Puliubi, en donde se hallan cocos y ñame con abundancia, con la seguridad de que no tenían yo ni los míos por dónde huir, nos sacaron de las embarcaciones para colchar[66] un cable. Era la materia de que se hizo bejuco verde, y quedamos casi sin uso de las manos por muchos días por acabarlo en pocos.

Fueron las presas que en este paraje hicieron de mucha monta, aunque no pasaran de tres, y de ellas pertenecía la una al rey de Siam

65. Brindis.
66. Fabricar cabos en los que se reúnen y retuercen los filamentos de las fibras y retorciéndolos se obtiene un cordón.

y las otras dos a los portugueses de Macán y Goa. Iba en la primera un embajador de aquel rey para el gobernador de Manila, y llevaba para éste un regalo de preseas[67] de mucha estima, muchos frutos y géneros preciosos de aquella tierra. Era el interés de la segunda mucho mayor, porque se reducía a sólo tejidos de seda de la China, en extremo ricos, y a cantidad de oro en piezas de filigrana que por vía de Goa se remitía a Europa. Era la tercera del virrey de Goa, e iba a cargo de un embajador que enviaba al rey de Siam por este motivo.

Consiguió un ginovés (no sé las circunstancias con que vino allí) no sólo la privanza con aquel rey sino el que lo hiciese su lugarteniente en el principal de sus puertos. Ensoberbecido éste con tanto cargo, les cortó las manos a dos caballeros portugueses que allí asistían, por leves causas. Noticiado de ello el virrey de Goa, enviaba a pedirle satisfacción y aun a solicitar se le entregase el ginovés para castigarle. A empeño que parece no cabía en la esfera de lo asequible, correspondió el regalo que para granjearle la voluntad al rey se le remitía. Vide y toqué con mis manos una como torre o castillo de vara en alto de puro oro, sembrada de diamantes y otras preciosas piedras, y aunque no de tanto valor, le igualaban en lo curioso muchas alhajas de plata, cantidad de canfora,[68] ámbar y almizcle, sin el resto de lo que para comerciar y vender en aquel reino había en la embarcación.

Desembarazada ésta y las dos primeras de lo que llevaban, les dieron fuego, y dejando así a portugueses como al siamés y a ocho de los míos en aquella isla sin gente, tiraron la vuelta de las Ciantán, habitadas de malayos, cuya vestimenta no pasa de la cintura y cuyas armas son crises.[69] Rescataron de ellos algunas cabras, cocos y aceite de éstos para la lantía[70] y otros refrescos; y dándoles un albazo[71] a los pobres bárbaros, después de matar algunos y de robarlos a todos, en demanda de isla de Tambelán, viraron afuera. Viven en ella macazares; y sentidos los ingleses de no haber hallado allí lo que en otras partes, poniendo fuego a la población en ocasión que dormían sus

67. Joyas, alhajas, cosas preciosas.
68. Alcanfor, producto sólido, cristalino, blanco y de olor penetrante.
69. Puñales usados en Filipinas, con hojas serpenteadas.
70. Utensilio con que se alumbra la brújula.
71. Cayéndoles por sorpresa al amanecer. En México y Argentina, se dice madrugar a alguien o dar madruguete.

habitadores, navegaron a la grande isla de Borney y, por haber barvolenteado catorce días su costa occidental sin haber pillaje, se acercaron al puerto de Cicudana[72] en la misma isla.

Hállanse en el territorio de este lugar muchas preciosas piedras, y en especial diamantes de rico fondo; y la cudicia de rescatarlos y poseerlos, no muchos meses antes que allí llegásemos, estimuló a los ingleses que en la India viven pidiesen al rey de Borney (valiéndose para eso del gobernador que en Cicudana tenía) les permitiese factoría en aquel paraje. Pusiéronse los piratas a sondar en las piraguas la barra del río, no sólo para entrar en él con las embarcaciones mayores, sino para hacerse capaces de aquellos puestos. Interrumpióles este ejercicio un champán de los de la tierra en que venía de parte de quien la gobernaba a reconocerlos. Fue su respuesta ser de nación ingleses y que venían cargados de géneros nobles y exquisitos para contratar y rescatarles diamantes. Como ya antes habían experimentado en los de esta nación amigable trato y vieron ricas muestras de lo que en los navíos que apresaron en Puliubi les pusieron luego a la vista, se les facilitó la licencia para comerciar. Hiciéronle al gobernador un regalo considerable y consiguieron el que por el río subiesen al pueblo (que dista un cuarto de legua de la marina) cuando gustasen.

En tres días que allí estuvimos reconocieron estar indefenso y abierto por todas partes; y proponiendo a los cicudanes no poder detenerse por mucho tiempo y que así se recogiesen los diamantes en casa del gobernador, donde se haría la feria, dejándonos aprisionados a bordo y con bastante guarda, subiendo al punto de medianoche por el río arriba muy bien armados, dieron de improviso en el pueblo, y fue la casa del gobernador la que primero avanzaron. Saquearon cuantos diamantes y otras piedras preciosas ya estaban juntas, y lo propio consiguieron en otras muchas a que pegaron fuego, como también a algunas embarcaciones que allí se hallaron. Oíase a bordo el clamor del pueblo y la escopetería, y fue la mortandad (como blasonaron después) muy considerable. Cometida muy a su salvo tan execrable traición, trayendo preso al gobernador y a otros principales, se vinieron a bordo con gran presteza, y con la misma se llevaron saliendo afuera.

No hubo pillaje que a éste se comparase por lo poco que ocupaba y su excesivo precio ¿Quién será el que sepa lo que importaba? Vile al

72. Sukadana, en la costa occidental de Borneo.

capitán Bel tender a granel llena la copa de su sombrero de solos diamantes. Aportamos[73] a la isla de Baturiñán dentro de seis días y, dejándola por inútil se dio fondo en la de Pulitimán, donde hicieron aguada y tomaron leña; y poniendo en tierra (después de muy maltratados y muertos de hambre) al gobernador y principales de Cicudana, viraron para la costa de Bengala por ser más cursada de embarcaciones; y en pocos días apresaron dos bien grandes de moros negros, cargadas de rasos, elefantes, garzas y sarampures; y habiéndolas desvalijado de lo más precioso, les dieron fuego, quitándoles entonces la vida a muchos de aquellos moros a sangre fría y dándoles a los que quedaron las pequeñas lanchas que ellos mismos traían para que se fuesen.

Hasta este tiempo no habían encontrado con navío alguno que se les pudiera oponer, y en este paraje, o por casualidad de la contingencia, o porque ya se tendría noticia de tan famosos ladrones en algunas partes, de donde creo había ya salido gente para castigarlos, se descubrieron cuatro navíos de guerra bien artillados, y todos de holandeses, a lo que parecía. Estaban éstos a sotavento, y teniéndose de los piratas cuanto les fue posible, ayudados de la obscuridad de la noche, mudaron rumbo hasta dar en Pulilaor, y se rehicieron de bastimentos y de agua; pero no teniéndose ya por seguros en parte alguna, y temerosos de perder las inestimables riquezas con que se hallaban, determinaron dejar aquel archipiélago.

Dudando si desembocarían por el estrecho de Sunda o de Syncapura, eligieron éste por más cercano, aunque más prolijo y dificultoso, desechando el otro, aunque más breve y limpio, por más distante o, lo más cierto, por más frecuentado de los muchos navíos que van y vienen de la nueva Batavia, como arriba dije. Fiándose, pues, en un práctico de aquel estrecho que iba con ellos, ayudándoles la brisa y corrientes cuanto no es decible, con banderas holandesas y bien prevenidas las armas para cualquier acaso, esperando una noche que fuese lóbrega, se entraron por él con desesperada resolución y lo corrieron casi hasta el fin sin encontrar sino una sola embarcación al segundo día. Era ésta una fragata de treinta y tres codos de quilla, cargada de arroz y de una fruta que llaman bonga,[74] y al mismo tiempo de

73. Llegar a puerto.
74. Fruta filipina del tamaño de una nuez de la areca, que es una palma con una corteza surcada de anillos, hojas aladas y flores en forma de espigas. La mascan los orientales

acometerla, por no perder la costumbre de robar aun cuando huían; dejándola sola los que la llevaban, y eran malayos, se echaron al mar y de allí salieron a tierra para salvar sus vidas.

Alegres de haber hallado embarcación en que poder aliviarse de la mucha carga con que se hallaban, pasaban a ella de cada uno de sus navíos siete personas con todas armas y diez piezas de artillería con sus pertrechos, y prosiguiendo con su viaje, como a las cinco de la tarde de este mismo día, desembocaron. En esta ocasión, se desaparecieron cinco de los míos, y presumo que, valiéndose de la cercanía a la tierra, lograron la libertad con echarse a nado.

A los veinticinco días de navegación avistamos una isla (no sé su nombre) de que, por habitada de portugueses, según decían o presumían, nos apartamos y desde allí se tiró la vuelta de la Nueva Holanda, tierra aún no bastantemente descubierta de los europeos, y poseída, a lo que parece, de gentes bárbaras, y al fin de más de tres meses dimos con ella.

Desembarcados en la costa los que se enviaron a tierra con las piraguas, hallaron rastros antiguos de haber estado gente en aquel paraje, pero siendo allí los vientos contrarios y vehementes y el surgidero malo, solicitando lugar más cómodo, se consiguió en una isla de tierra llana, y no hallando sólo resguardo y abrigo a las embarcaciones sino un arroyo de agua dulce, mucha tortuga y ninguna gente, se determinaron dar allí carena[75] para volverse a sus casas. Ocupáronse ellos en hacer esto, y yo y los míos en remendarles las velas y en hacer carne.

A cosa de cuatro meses o poco más, estábamos ya para salir a viaje, y poniendo las proas a la isla de Madagascar, o de San Lorenzo, con Lestes a popa, llegamos a ella en veintiocho días. Rescatáronse de los negros que la habitaban muchas gallinas, cabras y vacas, y noticiados de que un navío inglés mercantil estaba para entrar en aquel puerto a contratar con los negros, determinaron esperarlo y así lo hicieron.

No era esto, como yo infería de sus acciones y pláticas, sino por ver si lograban el apresarlo; pero reconociendo cuando llegó a surgir que venía muy bien artillado y con bastante gente, hubo de la una a la otra parte repetidas salvas y amistad recíproca. Diéronles los mercaderes a los piratas aguardiente y vino, y retornáronles éstos de lo que

y tragan su jugo para ayudar a la digestión, da un aliento perfumado y gran vigor.
75. Reparar el casco de la nave.

traían hurtado con abundancia. Ya que no por fuerza (que era imposible), no omitía diligencia el capitán Bel para hacerse dueño de aquel navío como pudiese; pero lo que tenía éste de ladrón y de codicioso, tenía el capitán de los mercaderes de vigilante y sagaz, y así sin pasar jamás a bordo nuestro (aunque con grande instancia y con convites que le hicieron, y que él no admitía, lo procuraban), procedió en las acciones con gran recato. No fue menor el que pusieron Bel y Donkin para que no supiesen los mercaderes el ejercicio en que andaban, y para conseguirlo con más seguridad nos mandaron a mí y a los míos, de quienes únicamente se recelaban, el que bajo pena de la vida no hablásemos con ellos palabra alguna y que dijésemos éramos marineros voluntarios suyos y que nos pagaban. Contravinieron a este mandato dos de mis compañeros hablándole a un portugués que venía con ellos; y mostrándose piadosos en no quitarles la vida, luego al instante los condenaron a recibir seis azotes de cada uno. Por ser ellos ciento cincuenta, llegaron los azotes a novecientos, y fue tal el rebenque[76] y tan violento el impulso con que los daban que amanecieron muertos los pobres al siguiente día.

Trataron de dejarme a mí y a los pocos compañeros que habían quedado en aquella isla; pero considerando la barbaridad de los negros moros que allí vivían, hincado de rodillas y besándoles los pies con gran rendimiento, después de reconvenirles con lo mucho que les había servido y ofreciéndome a asistirles en su viaje como si fuese esclavo, conseguí el que me llevasen consigo. Propusiéronme entonces, como ya otras veces me lo habían dicho, el que jurase de acompañarlos siempre y me darían armas. Agradecíles la merced, y haciendo refleja a las obligaciones con que nací, les respondí con afectada humildad el que más me acomodaba a servirlos a ellos que a pelear con otros, por ser grande el temor que les tenía a las balas, tratándome de español cobarde y gallina, y por eso indigno de estar en su compañía, que me honrara y valiera mucho, no me instaron más.

Despedidos de los mercaderes, y bien provisionados de bastimentos, salieron en demanda del Cabo de Buena Esperanza en la costa de África, y después de dos meses de navegación, estando primero cinco días barloventeándolo, lo montaron. Desde allí por espacio de

76. Látigo.

un mes y medio se costeó un muy extendido pedazo de tierra firme, hasta llegar a una isla que nombran «de piedras», de donde, después de tomar agua y proveerse de leña, con las proas al Oeste y con brisas largas, dimos en la costa del Brasil en veinticinco días. En el tiempo de dos semanas en que fuimos al luengo de la costa y sus vueltas disminuyendo altura, en dos ocasiones echaron seis hombres a tierra en una canoa, y habiendo hablado con no sé qué portugueses y comprándoles algún refresco, se pasó adelante hasta llegar finalmente a un río dilatadísimo sobre cuya boca surgieron en cinco brazas, y presumo fue el de las Amazonas, si no me engaño.

DANLE LIBERTAD LOS PIRATAS Y TRAE A LA MEMORIA LO QUE TOLERÓ EN SU PRISIÓN

Debo advertir, antes de expresar lo que toleré y sufrí de trabajos y penalidades en tantos años, el que sólo en el condestable Nicpat y en Dick, cuartamaestre del capitán Bel, hallé alguna conmiseración y consuelo en mis continuas fatigas, así socorriéndome, sin que sus compañeros los viesen, en casi extremas necesidades, como en buenas palabras con que me exhortaban a la paciencia. Persuádome a que era el condestable católico, sin duda alguna.

Juntáronse a consejo en este paraje, y no se trató otra cosa sino qué se haría de mí y de siete compañeros míos que habían quedado. Votaron unos, y fueron los más, que nos degollasen, y otros no tan crueles, que nos dejasen en tierra. A unos y otros se opusieron el condestable Nicpat, el cuartemaestre Dick y el capitán Donkin con los de su séquito, afeando acción tan indigna a la generosidad inglesa.

—Bástanos —decía éste— haber degenerado de quienes somos, robando lo mejor del Oriente con circunstancias tan impías ¿Por ventura no están clamando al cielo tantos inocentes a quienes les llevamos lo que a costa de sudores poseían, a quienes les quitamos la vida?, ¿qué es lo que hizo este pobre español ahora para que la pierda? Habernos servido como un esclavo en agradecimiento de lo que con él se ha hecho desde que lo cogimos. Dejarlo en este río donde juzgo no hay otra cosa sino indios bárbaros es ingratitud. Degollarlo, como otros decís, es más que impiedad, y por que no dé

voces que se oigan por todo el mundo su inocente sangre, yo soy, y los míos, quien los patrocina.

Llegó a tanto la controversia que, estando ya para tomar las armas para decidirla, se convirtieron en que me diesen la fragata que apresaron en el estrecho de Syncapura, y con ella la libertad para que dispusiese de mí y de mis compañeros como mejor me estuviese. Presuponiendo el que a todo ello me hallé presente, póngase en mi lugar quien aquí llegare y discurra de qué tamaño sería el susto y la congoja con que yo estuve.

Desembarazada la fragata que me daban de cuanto había en ella y cambiado a las suyas, me obligaron a que agradeciese a cada uno separadamente la libertad y piedad que conmigo usaban, y así lo hice. Diéronme un astrolabio y agujón, un derrotero[77] holandés, una sola tinaja de agua y dos tercios de arroz; pero al abrazarme el condestable para despedirse, me avisó cómo me había dejado, a excusas de sus compañeros, alguna sal y tasajos, cuatro barriles de pólvora, muchas balas de artillería, una caja de medicinas y otras diversas cosas. Intimáronme (habiendo testigos de que lo oía) el que si otra vez me cogían en aquella costa, sin que otro que Dios lo remediase, me matarían y que, para excusarlo, gobernase siempre entre el Oeste y Noroeste, donde hallaría españoles que me amparasen; y haciendo que me levase, dándome el buen viaje o, por mejor decir, mofándome y escarneciéndome, me dejaron ir.

Alabo a cuantos, aun con riesgo de la vida, solicitan la libertad, por ser sola ella la que merece, aun entre animales brutos, la estimación. Sacónos a mí y a mis compañeros tan no esperada dicha copiosas lágrimas, y juzgo corrían gustosas por nuestros rostros por lo que antes las habíamos tenido reprimidas y ocultas en nuestras penas. Con un regocijo nunca esperado suele de ordinario embarazarse el discurso, y pareciéndonos sueño lo que pasaba, se necesitó de mucha refleja para creernos libres. Fue nuestra acción primera levantar las voces al cielo engrandeciendo a la divina misericordia como mejor pudimos, y con inmediación dimos las gracias a la que en el mar de tantas borrascas fue nuestra estrella. Creo hubiera sido imposible mi libertad si continuamente no hubiera ocupado la memoria y afectos en María Santísima de Guadalupe de México, de quien siempre protesto viviré esclavo por

77. *Agujón* es una especie de compás y *derrotero*, un mapa de navegar.

lo que le debo. He traído siempre conmigo un retrato suyo, y temiendo no le profanaran los herejes piratas cuando me apresaron, supuesto que entonces quitándonos los rosarios de los cuellos y reprendiéndonos como a impíos y supersticiosos los arrojaron al mar, como mejor pude se lo quité de la vista y a la vez primera que subí al tope[78] lo escondí allí.

Los nombres de los que consiguieron conmigo la libertad y habían quedado de los veinticinco (porque de ellos en la isla despoblada de Poliubi dejaron ocho, cinco huyeron en Syncapura, dos murieron de los azotes en Madagascar y otros tres tuvieron la misma suerte en diferente parajes) son: Juan de Casas, español natural de la Puebla de los Ángeles, en Nueva España; Juan Pinto y Marcos de la Cruz, indios pangasinán aquél y éste pampango;[79] Francisco de la Cruz y Antonio González, sangleyes; Juan Díaz, malabar, y Pedro, negro de Mozambique, esclavo mío. A las lágrimas de regocijo por la libertad conseguida se siguieron las que bien pudieran ser de sangre por los trabajos pasados, los cuales nos representó luego al instante la memoria en este compendio.

A las amenazas con que, estando sobre la isla de Caponiz, nos tomaron confesión para saber qué navíos y con qué armas estaban para salir de Manila y cuáles lugares eran más ricos, añadieron dejarnos casi quebrados los dedos de las manos con las llaves de las escopetas y carabinas, y sin atender a la sangre que las manchaba nos hicieron hacer ovillos de algodón que venía en greña para coser velas; continuóse este ejercicio siempre que fue necesario en todo el viaje, siendo distribución de todos los días, sin despensa alguna, baldear y barrer por dentro y fuera las embarcaciones. Era también común a todos nosotros limpiar los alfanjes, cañones y llaves de carabinas con tiestos de lozas de China molidos cada tercero día, hacer meollar,[80] colchar cables, faulas y contrabrazas, hacer también cajetas, embergues y mojeles.[81] Añadíase a

78. Extremo superior de cualquier palo del barco.
79. Naturales de la provincia filipina de Panganisán y Pampango de la isla de Luzón.
80. Pequeño chicote que se pasa entre los cordones de un cabo para alisar su superficie y poderlo forrar.
81. *Faulas* son jarcias de labor para cambiar la posición de las vergas y de las velas. *Contrabrazas* son cabos con que se refuerza la braza, que es otro cabo que sirve para fijar las vergas y que pueden girar en plano horizontal. *Cajetas* son las trenzas que se hacen con los hilos de los cabos. *Embergues* son cabos delgados o agujetas que pasan por los ojetes, que se abren en las velas y que sirven para sujetar las velas a las vergas.

esto ir al timón y pilar[82] el arroz que de continuo comían, habiendo precedido el remojarlo para hacerlo harina, y hubo ocasión en que a cada uno se nos dieron once costales de a dos arrobas por tarea de un solo día con pena de azotes (que muchas veces toleramos) si se faltaba a ello.

Jamás en las turbonadas que en tan prolija navegación experimentamos aferraron velas, nosotros éramos los que lo hacíamos, siendo el galardón ordinario de tanto riesgo crueles azotes, o por no ejecutarlo con toda priesa o porque las velas como en semejantes frangentes[83] sucede, solían romperse.

El sustento que se nos daba para que no nos faltasen las fuerzas en tan continuo trabajo se reducía a una ganta[84] (que viene a ser un almud) de arroz que se sancochaba como se podía, valiéndonos de agua de la mar en vez de la sal que les sobraba y que jamás nos dieron; menos de un cuartillo de agua se repartía a cada uno para cada día. Carne, vino, aguardiente, bonga, ni otra alguna de las muchas menestras que traían llegó a nuestras bocas; y teniendo cocos en grande copia, nos arrojaban sólo las cáscaras para hacer bonote, que es limpiarlas y dejarlas como estopa para calafetear; y cuando por estar surgidos los tenían frescos, les bebían el agua y los arrojaban al mar.

Diéronnos en el último año de nuestra prisión el cargo de la cocina, y no sólo contaban los pedazos de carne que nos entregaban sino que también los medían para que nada comiésemos. ¡Notable crueldad y miseria es ésta!, pero no tiene comparación a la que se sigue. Ocupáronnos también en hacerles calzado de lona y en coserles camisas y calzoncillos, y para ello se nos daban contadas y medidas las hebras de hilo; y si por echar tal vez menudos los pespuntes, como querían, faltaba alguna, correspondían a cada una que se añadía veinticinco azotes.

Tuve yo otro trabajo de que se privilegiaron mis compañeros, y fue haberme obligado a ser barbero; y en este ejercicio que ocupaban todos los sábados sin descansar ni un breve rato, siguiéndosele a cada

---

Mojeles son las cajetas hechas de meollar, del largo de braza y media, las cuales van hacia los chicotes en disminución y sirven para dar vueltas al cable y al virador cuando se zarpa el ancla.

82. Descargar los granos en el pilón, golpeándolos con majaderos largos de madera o metal.

83. Acontecimientos fortuitos y desgraciados, que te toman desprevenidos.

84. Medida filipina que equivale a tres litros.

descuido de la navaja, y de ordinario eran muchos por no saber científicamente su manejo, bofetadas crueles y muchos palos.

Todo cuanto aquí se ha dicho sucedía a bordo, porque sólo en Puliubi y en la isla despoblada de la Nueva Holanda, para hacer agua y leña y para colchar un cable de bejuco, nos desembarcaron.

Si quisiera especificar particulares sucesos, me dilatara mucho, y con individuar uno u otro se discurrirán los que callo. Era para nosotros el día del lunes el más temido, porque haciendo un círculo de bejuco en torno de la mesana[85] y amarrándonos a él las siniestras, nos ponían en las derechas unos rebenques y habiéndonos desnudado, nos obligaban con puñales y pistolas a los pechos a que unos a otros nos azotásemos. Era igual la vergüenza y el dolor que en ello reñíamos al regocijo y aplauso con que lo festejaban.

No pudiendo asistir mi compañero Juan de Casas a la distribución del continuo trabajo que nos rendía, atribuyéndolo el capitán Bel a la que llamaba flojera, dijo que él lo curaría, y por modo fácil (perdóneme la decencia y el respeto que se debe a quien esto lee que lo refiera); redújose éste a hacerle beber, desleídos en agua, los excrementos del mismo capitán, teniéndole puesto un cuchillo al cuello para acelerarle la muerte si le repugnase; y como a tan no oída medicina se siguiesen grandes vómitos que le causó el asco, y con que accidentalmente recuperó la salud, desde luego nos la recetó, con aplauso de todos, para cuando por nuestras desdichas adoleciésemos.

Sufría yo todas estas cosas, porque por el amor que tenía a mi vida no podía más, y advirtiendo había días enteros que los pasaban borrachos, sentía no tener bastantes compañeros de quien valerme para matarlos y alzándome con la fragata irme a Manila; pero también puede ser que no me fiara de ellos aunque los tuviera por no haber otro español entre ellos sino Juan de Casas. Un día que más que otro me embarazaba las acciones este pensamiento, llegándose a mí uno de los ingleses, que se llamaba Cornelio y gastando larga prosa para encargarme el secreto, me propuso si tendría valor para ayudarle con los míos a sublevarse. Respondíle con gran recato, pero asegurándome tenía ya convencidos a algunos de los suyos (cuyos nombres dijo) para lo propio, consiguió de mí el que no le faltaría llegado el caso, pero pactando primero lo que para mí seguro me pareció convenir.

85. El mástil que está más a popa del buque de tres palos.

No fue esta tentativa de Cornelio, sino realidad, y de hecho había algunos que se lo aplaudiesen, pero por motivos que yo no supe desistió de ello. Persuádome a que él fue sin duda quien dio noticia al capitán Bel de que yo y los míos lo querían matar, porque comenzaron a vivir de allí en adelante con más vigilancia abocando dos piezas cargadas de munición hacia la proa donde siempre estábamos, y procediendo con gran cautela. No dejó de darme toda esta prevención de cosas grande cuidado, y preguntándole al condestable Nicpat, mi patrocinador, lo que lo causaba, no me respondió otra cosa sino que mirásemos yo y los míos cómo dormíamos. Maldiciendo yo entonces la hora en que me habló Cornelio, me previne como mejor pude para la muerte. A la noche de este día amarrándome fuertemente contra la mesana, comenzaron a atormentarme para que confesase lo que acerca de querer alzarme con el navío tenía dispuesto. Negué con la mayor constancia que pude y creo que a persuasiones del condestable me dejaron solo; llegóse éste entonces a mí y, asegurándome el que de ninguna manera peligraría si me fiase dél, después de referirle enteramente lo que me había pasado, desamarrándome, me llevó al camarote del capitán.

Hincado de rodillas en su presencia, dije lo que Cornelio me había propuesto. Espantado el capitán Bel con esta noticia, haciendo primero el que en ella me ratificase con juramento, con amenaza de castigarme por no haberle dado cuenta de ello inmediatamente, me hizo cargo de traidor y de sedicioso. Yo, con ruegos y lágrimas, y el condestable Nicpat, con reverencias y súplicas, conseguimos que me absolviese, pero fue imponiéndome con pena de la vida que guardase el secreto. No pasaron muchos días sin que de Cornelio y sus secuaces echasen mano, y fueron tales los azotes con que los castigaron que yo aseguro el que jamás se olviden de ellos mientras vivieren, y con la misma pena y otras mayores se les mandó el que ni conmigo ni con los míos se entrometiesen, prueba de la bondad de los azotes sea el que uno de los pacientes, que se llamaba Enrique, recogió cuanto en plata, oro y diamantes le había cabido, y quizás receloso de otro castigo, se quedó en la isla de San Lorenzo sin que valiesen cuantas diligencias hizo el capitán Bel para recobrarlo.

Ilación es, y necesaria, de cuanto aquí se ha dicho, poder competir estos piratas en crueldad y abominaciones a cuantos en la primera plana de este ejercicio tienen sus nombres, pero creo el que no hubieran

sido tan malos como para nosotros lo fueron, si no estuviera con ellos un español que se preciaba de sevillano y se llamaba Miguel. No hubo trabajo intolerable en que nos pusiesen, no hubo ocasión alguna en que nos maltratasen, no hubo hambre que padeciésemos, ni riesgo de la vida en que peligrásemos que no viniese por su mano y su dirección, haciendo gala de mostrarse impío y abandonando lo católico en que nació por vivir pirata y morir hereje. Acompañaba a los ingleses, y esto era para mí y para los míos lo más sensible, cuando se ponían de fiesta, que eran las Pascuas de Navidad, y los domingos del año, leyendo o rezando lo que ellos en sus propios libros. Alúmbrele Dios el entendimiento, para que, enmendando su vida, consiga el perdón de sus iniquidades.

NAVEGA ALONSO RAMÍREZ Y SUS COMPAÑEROS SIN SABER DÓNDE ESTABAN NI LA PARTE A QUE IBAN; DÍCENSE LOS TRABAJOS Y SUSTOS QUE PADECIERON HASTA VARAR TIERRA

Basta de estos trabajos que, aun para leídos, son muchos por pasar a otros de diversa especie.

No sabía yo ni mis compañeros el paraje en que nos hallábamos ni el término que tendría nuestro viaje, porque ni entendía el derrotero holandés ni teníamos carta que entre tantas confusiones nos sirviera de algo, y para todos era aquella la vez primera que allí nos veíamos. En estas dudas, haciendo refleja a la sentencia que nos habían dado de muerte si segunda vez nos aprisionaban, cogiendo la vuelta del Oeste, me hice a la mar. A los seis días, sin haber mudado la derrota, avistamos tierra que parecía firme por lo tendido y alta; y poniendo la proa al Oesnoroeste, me hallé el día siguiente a la madrugada sobre tres islas de poco ámbito. Acompañado de Juan de Casas en un cayuco pequeño que en la fragata había, salí a una de ellas donde se hallaron pájaros tabones y bobos, y trayendo grandísima cantidad de ellos para cenizarlos, me vine a bordo.

Arrimándonos a la costa, proseguimos por el largo de ella, y a los diez días se descubrió una isla, la Trinidad, y al parecer grande.

Eran entonces las seis de la mañana, y a la misma hora se nos dejó ver una armada de hasta veinte velas de varios portes, y echando bandera inglesa me llamaron con una pieza. Dudando si llegaría, discurrí el que viendo a mi bordo cosas de ingleses quizás no me creerían la relación que les diese, sino que presumirían había yo muerto a los dueños de la fragata y que andaba fugitivo por aquellos mares; y aunque con turbonada que empezó a entrar, juzgando me la enviaba Dios para mi escape, largué las velas de gavia, y con el aparejo siempre en la mano (cosa que no se atrevió a hacer ninguna de las naos inglesas), escapé con la proa al Norte, caminando todo aquel día y noche sin mudar derrota.

Al día siguiente volví la vuelta del Oeste a proseguir mi camino, y al otro por la parte del Leste tomé una isla, El Barbado. Estando ya sobre ella se nos acercó una canoa con seis hombres a reconocernos y apenas supieron de nosotros ser españoles y nosotros de ellos que eran ingleses, cuando corriendo por nuestros cuerpos un sudor frío, determinamos morir primero de hambre entre las olas que no exponernos otra vez a tolerar impiedades. Dijeron que si queríamos comerciar hallaríamos allí azúcar, tinta, tabaco y otros buenos géneros. Respondíles que eso queríamos, y atribuyendo a que era tarde para poder entrar con el pretexto de estarme a la capa aquella noche y con asegurarles también el que tomaríamos puerto al siguiente día, se despidieron; y poniendo luego al instante la proa al Leste, me salí a la mar.

Ignorantes de aquellos parajes, y persuadidos a que no hallaríamos sino ingleses donde llegásemos, no cabía en mí ni en mis compañeros consuelo alguno, y más viendo que el bastimento se iba acabando y que, si no fuera por algunos aguaceros en que cogimos alguna, absolutamente nos faltara el agua.

Al Leste, como dije, y al Lesnordeste corrí tres días y después cambié la proa al Noroeste, y gobernando a esta parte seis días continuos, llegué a una isla alta y grande; y acercándome por una punta que tiene al Leste a reconocerla, salió de ella una lancha con siete hombres para nosotros.

Sabiendo de mí ser español y que buscaba agua y leña y algún bastimento, me dijeron ser aquella isla de Guadalupe, donde vivían franceses y que con licencia del gobernador (que daría sin repugnancia) podría provisionarme en ella de cuanto necesitase y que si también

quería negociación no faltaría forma, como no les faltaba a algunos que allí llegaban. Dije que sí entraría pero que no sabía por dónde por no tener carta ni práctico que me guiase y que me dijesen en qué parte del mundo nos hallábamos. Hízoles notable fuerza el oírme esto, e instándome que de dónde había salido y para qué parte, arrepentido inmediatamente de la pregunta, sin responderles a propósito, me despedí.

No se espante quien esto leyere de la ignorancia en que estábamos de aquellas islas porque habiendo salido de mi patria de tan poca edad, nunca supe (ni cuidé de ello después) qué islas son circunvecinas y cuáles sus nombres; menos razón había para que Juan de Casas, siendo natural de la Puebla, en lo mediterráneo[86] de la Nueva España, supiese de ellas, y con más razón militaba lo propio en los compañeros restantes, siendo todos originarios de la India oriental, donde no tienen necesidad de noticia que les importe de aquellos mares; pero no obstante, bien presumía yo el que era parte de la América en la que nos hallábamos.

Antes de apartarme de allí les propuse a mis compañeros el que me parecía imposible tolerar más, porque ya para los continuos trabajos en que nos veíamos nos faltaban fuerzas, con circunstancia de que los bastimentos eran muy pocos, y que, pues los franceses eran católicos, surgiésemos a merced suya, en aquella isla, persuadidos que haciéndoles relación de nuestros infortunios les obligaría la piedad cristiana a patrocinarnos. Opusiéronse a este dictamen mío con grande esfuerzo, siendo el motivo el que a ellos por su color, y por no ser españoles, los harían esclavos y que les sería menos sensible el que yo con mis manos los echase al mar, que ponerse en las de extranjeros para experimentar sus rigores.

Por no contristarlos, sintiendo más sus desconsuelos que los míos, mareé la vuelta del Norte todo el día, y el siguiente al Nornordeste, y por esta derrota a los tres días di vista a una isla, La Barbaba, y de allí, habiéndola montado por la banda del Sur y dejando otra, por la babor, después de dos días que fuimos al Noroeste y al Oesnoroeste me hallé cercado de islotes entre dos grandes islas, San Bartolomé y San Martín. Costóme notable cuidado salir de aquí por el mucho mar y viento que hacía y corriendo con sólo el trinquete[87] para el Oeste, después de tres días descubrí La Española, una isla grandísima, alta

86. En el interior del territorio y no en la costa.
87. Con las velas del primer palo, que es el primero a partir de la proa.

y montuosa; pero habiendo amanecido cosa de seis leguas sotaventando de ella para la parte del Sur, nunca me dio lugar el tiempo para cogerla, aunque guiñé al Noroeste. Gastados poco más de otros tres días sin rematarla, reconocidos dos islotes, Beata y Alto Velo, eché al Sudoeste, y después de un día sin notar cosa alguna ni avistar tierra, para granjear lo perdido, volví al Noroeste. Al segundo día de esta derrota, descubrí y me acerqué a una isla grande, Jamaica; vi en ella, a cuanto permitió la distancia, un puerto, Puerto Real, con algunos cayuelos fuera y muchas embarcaciones adentro.

Apenas vide que salían de entre ellas dos balandras con bandera inglesa para reconocerme, cargando todo el paño me atravesé a esperarlas, pero por esta acción o por otro motivo que ellos tendrían, no atreviéndose a llegar cerca, se retiraron al puerto. Proseguí mi camino, y para montar una punta que salía por la proa goberné al Sur, y montada muy para afuera, volví al Oeste y al Oesnoroeste hasta que a los dos días y medio llegué a una isla, Caymán Grande, como de cinco o seis leguas de largo pero de poca altura, de donde salió para mí una balandra con bandera inglesa. A punto cargué el paño y me atravesé, pero después de haberme cogido el barlovento, reconociéndome por la popa, y muy despacio se volvió a la isla. Llámela disparando una pieza sin bala, pero no hizo caso. No haber llegado a esta isla ni arrojádome al puerto de la antecedente era a instancias y lágrimas de mis compañeros, a quienes apenas veían cosa que tocase a inglés cuando al instante les faltaba el espíritu y se quedaban como azogados por largo rato.

Despechado entonces de mí mismo y determinado a no hacer caso en lo venidero de sus sollozos, supuesto que no comíamos sino lo que pescábamos, y la provisión de agua era tan poca que se reducía a un barril pequeño y a dos tinajas, deseando dar en cualquiera tierra para (aunque fuese poblada de ingleses) varar en ella, navegué ocho días al Oeste y al Oesudueste, y a las ocho de la mañana de aquél en que a nuestra infructuosa y vaga navegación se le puso término (por estar ya casi sobre él), reconocí un muy prolongado bajo de arena y piedra; no manifestando el susto que me causó su vista, orillándome a él como mejor se pudo por una quebrada que hacía, lo atravesé sin que hasta las cinco de la tarde se descubriese tierra. Viendo su cercanía que, por ser en extremo baja, y no haberla por eso divisado, era ya mucha, antes que se llegase la noche hice subir al tope por si se descubría otro bajo de que guardarnos y mante-

niéndome a bordos lo que quedó del día, poco después de anochecer di fondo en cuatro brazas, y sobre piedras. Fue esto con sólo un anclote, por no haber más, y con un pedazo de cable de cáñamo de hasta diez brazas ajustado a otro de bejuco (y fue el que colchamos en Poliubi) que tenía sesenta, y por ser el anclote (mejor lo llamara rezón[88]) tan pequeño que sólo podría servir para una chata[89], lo ayudé con una pieza de artillería entalingada[90] con un cable de guamutil[91] de cincuenta brazas. Crecía el viento al peso de la noche y con gran pujanza y por esto y por las piedras del fondo poco después de las cinco de la mañana se rompieron los cables.

Viéndome perdido, mareé todo el paño luego al instante, por ver si podía montar una punta que tenía a la vista, pero era la corriente tan en extremo furiosa, que no nos dio lugar ni tiempo para poder orzar[92], con que arribando más y más y sin resistencia, quedamos varados entre múcaras[93] en la misma punta. Era tanta la mar y los golpes que daba el navío tan espantosos, que no sólo a mis compañeros sino aun a mí, que ansiosamente deseaba aquel suceso para salir a tierra, me dejó confuso, y más hallándome sin lancha para escaparlos. Quebrábanse las olas no sólo en la punta sobre que estábamos sino en lo que se veía de la costa con grandes golpes, y a cada uno de los que a correspondencia daba el navío, pensábamos que se abría y nos tragaba el abismo. Considerando el peligro en la dilación, haciendo fervorosos actos de contrición y queriendo merecerle a Dios su misericordia sacrificándole mi vida por la de aquellos pobres, ciñéndome un cabo delgado para que lo fuesen largando, me arrojé al agua. Quiso concederme su piedad el que llegase a tierra, donde lo hice firme; y sirviendo de andarivel[94] a los que no sabían nadar, convencidos de no ser tan difícil el tránsito como se lo pintaba el miedo, conseguí el que (no sin peligro manifiesto de ahogarse dos) a más de media tarde estuviesen salvos.

---

88. Ancla pequeña, de cuatro uñas y sin cepo, propia de embarcaciones pequeñas.
89. Chalana, barcaza grande de poco calado para transportes en sitios de poco fondo.
90. Amarrada con otro cable para que se haga más larga.
91. Se puede referir al guamúchil, árbol corpulento de madera resistente del que podrían sacar fibras para hacer los cabos o tal vez es una voz caribe que procede de guana, árbol que produce un tejido fibroso para hacer sombreros y cordeles.
92. Girar el buque, inclinando la proa hacia la dirección del viento.
93. Piedras marinas porosas usadas para la construcción, sobre todo, en Veracruz.
94. Maroma o cabo grueso que se usa como pasamanos.

Sed, hambre, enfermedades, muertes con que fueron atribulados en esta costa; hallan inopinadamente gente católica y saben estar en tierra firme de Yucatán en la septentrional América

Tendría de ámbito la peña que terminaba esta punta como doscientos pasos y por todas partes la cercaba el mar y aun, tal vez por la violencia con que la hería, se derramaba por toda ella con grande ímpetu. No tenía árbol ni cosa alguna a cuyo abrigo pudiésemos repararnos contra el viento, que soplaba vehementísimo y destemplado; pero haciéndole a Dios nuestro Señor repetidas súplicas y promesas, y persuadidos a que estábamos en parte donde jamás saldríamos, se pasó la noche. Perseveró el viento y, por el consiguiente, no se sosegó el mar hasta de allí a tres días; pero, no obstante, después de amanecido, reconociendo su cercanía, nos cambiamos a tierra firme, que distaría de nosotros como cien pasos y no pasaba de la cintura el agua donde más hondo. Estando todos muertos de sed y no habiendo agua dulce en cuanto se pudo reconocer en algún espacio, posponiendo mi riesgo al alivio y conveniencia de aquellos míseros, determiné ir a bordo, y encomendándome con todo afecto a María Santísima de Guadalupe, me arrojé al mar y llegué al navío, de donde saqué un hacha para cortar y cuanto me pareció necesario para hacer fuego.

Hice segundo viaje y a empellones o, por mejor decir, milagrosamente, puse un barrilete de agua en la misma playa, y no atreviéndome aquel día a tercer viaje, después que apagamos todos nuestra ardiente sed, hice que comenzasen los más fuertes a destrozar palmas de las muchas que allí había para comer los cogollos, y encendiendo candela se pasó la noche.

Halláronse el día unos charcos de agua (aunque algo salobre) entre aquellas palmas, y mientras se congratulaban los compañeros por este hallazgo, acompañándome Juan de Casas, pasé al navío, de donde en el cayuco que allí traíamos (siempre con riesgo por el mucho mar y la vehemencia del viento) sacamos a tierra el velacho, las dos velas del trinquete y gavia y pedazos de otras. Sacamos también escopetas, pólvora y municiones y cuanto nos pareció por entonces más necesario para cualquier accidente.

Dispuesta una barraca en que cómodamente cabíamos todos, no sabiendo a qué parte de la costa se había de caminar para buscar gen-

te, elegí sin motivo especial la que corre al Sur. Yendo conmigo Juan de Casas, y después de haber caminado aquel día como cuatro leguas, matamos dos puercos monteses, y escrupulizando el que se perdiese aquella carne en tanta necesidad, cargamos con ellos para que los lograsen los compañeros. Repetimos lo andado a la mañana siguiente hasta llegar a un río de agua salada, cuya ancha y profunda boca nos atajó los pasos, y aunque por haber descubierto unos ranchos antiquísimos hechos de paja, estábamos persuadidos a que dentro de breve se hallaría gente; con la imposibilidad de pasar adelante, después de cuatro días de trabajo, nos volvimos tristes.

Hallé a los compañeros con mucho mayores aflicciones que las que yo traía, porque los charcos de donde se proveían de agua se iban secando, y todos estaban tan hinchados que parecían hidrópicos. Al segundo día de mi llegada, se acabó el agua, y aunque por el término de cinco se hicieron cuantas diligencias nos dictó la necesidad para conseguirla, excedía a la de la mar en la amargura la que se hallaba. A la noche del quinto día, postrados todos en tierra y más con los afectos que con las voces, por sernos imposible el articularlas, le pedimos a la Santísima Virgen de Guadalupe el que, pues era fuente de aguas vivas para sus devotos, compadeciéndose de los que ya casi agonizábamos con la muerte, nos socorriese como a hijos, protestando no apartar jamás de nuestra memoria, para agradecérselo, beneficio tanto. Bien sabéis, Madre y Señora mía amantísima, el que así pasó. Antes que se acabase la súplica, viniendo por el Sueste la turbonada, cayó un aguacero tan copioso sobre nosotros que, refrigerando los cuerpos y dejándonos en el cayuco y en cuantas vasijas allí teníamos provisión bastante, nos dio las vidas.

En aquel sitio, no sólo estéril y falto de agua sino muy enfermo, y aunque así lo reconocían los compañeros, temiendo morir en el camino, no había modo de convencerlos para que lo dejásemos; pero quiso Dios que lo que no recabaron mis súplicas lo consiguieron los mosquitos (que también allí había) con su molestia, y ellos eran, sin duda alguna, los que en parte les habían causado las hinchazones que he dicho con sus picadas. Treinta días se pasaron en aquel puesto comiendo chachalacas, palmitos y algún marisco; y antes de salir de él, por no omitir diligencia, pasé al navío que hasta entonces no se había escatimado, y cargando con bala toda la artillería, la disparé dos veces.

Fue mi intento el que si acaso había gente la tierra adentro, podía ser que les moviese el estruendo a saber la causa y que, acudiendo allí, se acabasen nuestros trabajos con su venida. Con esta esperanza me mantuve hasta el siguiente día, en cuya noche (no sé cómo), tomando fuego un cartucho de a diez que tenía en la mano no sólo me la abrasó sino que me maltrató un muslo, parte del pecho, toda la cara y me voló el cabello. Curado como mejor se pudo con ungüento blanco que en la caja de medicina que me dejó el condestable se había hallado, y a la subsecuente mañana, dándoles a los compañeros el aliento de que yo más que ellos necesitaba, salí de allí.

Quedóse (ojalá la pudiéramos haber traído con nosotros, aunque fuera a cuestas, por lo que adelante diré), quedóse, digo, la fragata que, en pago de lo mucho que yo y los míos servimos a los ingleses, nos dieron graciosamente. Era (y no sé si todavía lo es) de treinta y tres codos de quilla y con tres aforros, los palos y vergas de excelentísimo pino, la fábrica toda de lindo gálibo, y tanto que corría ochenta leguas por singladura con viento fresco; quedáronse en ella y en las playas nueve piezas de artillería de hierro con más de dos mil balas de a cuatro, de a seis y de a diez, y todas de plomo; cien quintales, por lo menos, de este metal, cincuenta barras de estaño, sesenta arrobas de hierro, ochenta barras de cobre del Japón, muchas tinajas de la China, siete colmillos de elefante, tres barriles de pólvora, cuarenta cañones de escopeta, diez llaves, una caja de medicinas y muchas herramientas de cirujano.

Bien provisionados de pólvora y municiones y no otra cosa, y cada uno de nosotros con escopeta, comenzamos a caminar por la misma marina la vuelta del Norte, pero con mucho espacio por la debilidad y flaqueza de los compañeros; y en llegar a un arroyo de agua dulce, pero bermeja, que distaría del primer sitio menos de cuatro leguas, se pasaron dos días. La consideración de que a este paso sólo podíamos acercarnos a la muerte, y con mucha priesa, me obligó a que, valiéndome de las más suaves palabras que me dictó el cariño, les propusiese el que, pues ya no les podía faltar el agua y como veíamos acudía allí mucha volatería que les aseguraba el sustento, tuviesen a bien el que, acompañado de Juan de Casas, me adelantase hasta hallar poblado de donde protestaba volvería cargado de refresco para sacarlos de allí.

Respondieron a esta proposición con tan lastimeras voces y copiosas lágrimas que me las sacaron de lo más tierno del corazón en mayor raudal. Abrazándose de mí, me pedían con mil amores y ternuras que no les desamparase y que, pareciendo imposible en lo natural poder vivir el más robusto ni aun cuatro días, siendo la demora tan corta, quisiese, como padre que era de todos, darles mi bendición en sus postreras boqueadas y que después prosiguiese, muy enhorabuena, a buscar el descanso que a ellos les negaba su infelicidad y desventura en tan extraños climas. Convenciéronme sus lágrimas a que así lo hiciese, pero pasados seis días sin que mejorasen, reconociendo el que yo me iba hinchando, y que mi falta les aceleraría la muerte, temiendo, ante todas cosas la mía, conseguí el que, aunque fuese muy a poco a poco, se prosiguiese el viaje.

Iba yo y Juan de Casas descubriendo lo que habían de caminar los que me seguían, y era el último, como más enfermo, Francisco de la Cruz, sangley, a quien, desde el trato de cuerda que le dieron los ingleses antes de llegar a Caponiz, le sobrevinieron mil males, siendo el que ahora le quitó la vida dos hinchazones en los pechos y otra en el medio de las espaldas que le llegaba al cerebro. Habiendo caminado como una legua, hicimos alto, y siendo la llegada de cada uno según sus fuerzas, a más de las nueve de la noche no estaban juntos, porque este Francisco de la Cruz aún no había llegado. En espera suya se pasó la noche, y dándole orden a Juan de Casas que prosiguiera el camino antes que amaneciese, volví en su busca; hallélo a cosa de media legua ya casi boqueando, pero en su sentido. Deshecho en lágrimas y con mal articuladas razones, porque me las embargaba el sentimiento, le dije lo que para que muriese conformándose con la voluntad de Dios y en gracia suya me pareció a propósito, y poco antes del mediodía rindió el espíritu. Pasadas como dos horas, hice un profundo hoyo en la misma arena, y pidiéndole a la Divina Majestad el descanso de su alma, lo sepulté, y levantando una cruz (hecha de dos toscos maderos) en aquel lugar, me volví a los míos.

Hallélos alojados delante de donde habían salido como otra legua, y a Antonio González, el otro sangley, casi moribundo; y no habiendo regalo que poder hacerle ni medicina alguna con qué esforzarlo, estándolo consolando, o de triste o de cansado, me quedé dormido, y despertándome el cuidado a muy breve rato, lo hallé difunto.

Dímosle sepultura entre todos el siguiente día, y tomando por asunto una y otra muerte, los exhorté a que caminásemos cuanto más pudiésemos, persuadidos a que así sólo se salvarían las vidas. Anduviéronse aquel día como tres leguas, y en los tres siguientes se granjearon quince, y fue la causa que con el ejercicio del caminar, al paso que se sudaba se revolvían las hinchazones y se nos aumentaban las fuerzas. Hallóse aquí un río de agua salada muy poco ancho y en extremo hondo, y aunque retardó por todo un día un manglar muy espeso el llegar a él, reconocido después de sondarlo faltarle vado, con palmas que se cortaron se le hizo puente y se fue adelante, sin que el hallarme en esta ocasión con calentura me fuese estorbo.

Al segundo día que allí salimos, yendo yo y Juan de Casas precediendo a todos, atravesó por el camino que llevábamos un disforme oso y, no obstante el haberlo herido con la escopeta, se vino para mí; y aunque me defendía yo con el mocho como mejor podía, siendo pocas mis fuerzas y las suyas muchas, a no acudir a ayudarme mi compañero, me hubiera muerto. Dejámoslo allí tendido, y se pasó de largo. Después de cinco días de este suceso, llegamos a una punta de piedra, de donde me parecía imposible pasar con vida por lo mucho que me había postrado la calentura, y ya entonces estaban notablemente recobrados todos o, por mejor decir, con salud perfecta. Hecha mansión, y mientras entraban en el monte adentro a buscar comida, me recogí a un rancho que, con una manta que llevábamos, al abrigo de una peña me habían hecho, y quedó en guarda mi esclavo Pedro. Entre las muchas imaginaciones que me ofreció el desconsuelo, en esta ocasión fue la más molesta el que sin duda estaba en las costas de la Florida en la América, y que siendo cruelísimos en extremo sus habitadores, por último habíamos de rendir las vidas en sus sangrientas manos.

Interrumpióme estos discursos mi muchacho con grandes gritos, diciéndome que descubría gente por la costa y que venía desnuda. Levantéme asustado, y tomando en la mano la escopeta me salí fuera y, encubierto de la peña a cuyo abrigo estaba, reconocí dos hombres desnudos con cargas pequeñas a las espaldas; y haciendo ademanes con la cabeza como quien busca algo, no me pesó de que viniesen sin armas y, por estar ya a tiro mío, les salí al encuentro. Turbados ellos mucho más sin comparación que lo que yo lo estaba, lo mismo fue verme que arrodillarse y, puestas las manos, comenzaron a dar voces

en castellano y a pedir cuartel. Arrojé yo la escopeta y, llegándome a ellos, los abracé; y respondiéronme a las preguntas que inmediatamente les hice. Dijéronme que eran católicos y que, acompañando a su amo que venía atrás y se llamaba Juan González y era vecino del pueblo de Tejosuco, andaban por aquellas playas buscando ámbar; dijeron también el que era aquella costa la que llamaban de Bacalal, en la provincia de Yucatán.

Siguióse a estas noticias, tan en extremo alegres, y más en ocasión en que la vehemencia de mi tristeza me ideaba muerto entre gentes bárbaras, el darle a Dios y a su santísima Madre repetidas gracias, y disparando tres veces, que era contraseña para que acudiesen los compañeros, con su venida, que fue inmediata y acelerada, fue común entre todos el regocijo.

No satisfechos de nosotros los yucatecos, dudando si seríamos de los piratas ingleses y franceses que por allí discurren, sacaron de lo que llevaban en sus mochilas para que comiésemos; y dándoles (no tanto por retorno, cuanto porque depusiesen el miedo que en ellos veíamos) dos de nuestras escopetas, no las quisieron. A breve rato nos avistó su amo porque venía siguiendo a sus indios con pasos lentos; y reconociendo el que quería volver aceleradamente atrás para meterse en lo más espeso del monte donde no sería fácil el que lo hallásemos, quedando en rehenes uno de sus dos indios, fue el otro a persuasiones y súplicas nuestras a asegurarlo.

Después de una larga plática que entre sí tuvieron, vino, aunque con sobresalto y recelo, según por el rostro se le advertía y en sus palabras se denotaba, a nuestra presencia; y hablándole yo con grande benevolencia y cariño, y haciéndole una relación pequeña de mis trabajos grandes, entregándole todas nuestras armas para que depusiese el miedo con que lo víamos, conseguí el que se quedase con nosotros aquella noche para salir a la mañana siguiente donde quisiese llevarnos. Díjonos, entre varias cosas que se parlaron, le agradeciésemos a Dios por merced muy suya el que no me hubiesen visto sus indios primero y a largo trecho, porque si teniéndonos por piratas se retiraran al monte para guarecerse en su espesura, jamás saldríamos de aquel paraje inculto y solitario, porque nos faltaba embarcación para conseguirlo.

Pasan a tejosuco, de allí a valladolid, donde experimentan molestias; llegan a mérida; vuelve alonso ramírez a valladolid, y son aquéllas mayores. causa por que vino a méxico y lo que de ello resulta

Si a otros ha muerto un no esperado júbilo, a mí me quitó la calentura el que ya se puede discurrir si sería grande; libre pues de ella, salimos de allí cuando rompía el día, y después de haber andado por la playa de la ensenada una legua, llegamos a un puertecillo donde tenían varada una canoa que habían pasado. Entramos en ella, y quejándonos todos de mucha sed, haciéndonos desembarcar en una pequeña isla de las muchas que allí se hacen, a que viraron luego, hallamos un edificio, al parecer antiquísimo, compuesto de solas cuatro paredes, y en el medio de cada una de ellas una pequeña puerta y a correspondencia otra, en el medio, de mayor altura (sería la de las paredes de afuera como tres estados). Vimos también allí cerca unos pozos[95] hechos a mano y llenos de excelente agua. Después que bebimos hasta quedar satisfechos, admirados de que en un islote que bojeaba[96] doscientos pasos, se hallase agua y con las circunstancias del edificio que tengo dicho, supe el que no sólo éste sino otros que se hallan en partes de aquella provincia, y mucho mayores, fueron fábrica de gentes que muchos siglos antes que la conquistaran los españoles vinieron a ella.

Prosiguiendo nuestro viaje, a cosa de las nueve del día, se divisó una canoa de mucho porte. Asegurándonos la vela que traían (que se reconoció ser de petate o estera, que todo es uno) no ser piratas ingleses, como se presumió, me propuso Juan González el que les embistiésemos y los apresásemos. Era el motivo que para cohonestarlos[97] se le ofreció el que eran indios gentiles de la sierra los que en ella iban y que, llevándolos al cura de su pueblo para que los catequizase, como cada día lo hacía con otros, le haríamos con ello un estimable obsequio, a que se añadía el que habiendo traído bastimentos para sólo tres, siendo ya nueve los que allí ya íbamos y muchos los días que sin esperanza de hallar comida habíamos de consumir para llegar a poblado, podíamos, y aun debíamos, valernos de los que, sin duda, llevaban los

95. Cenotes.
96. Medía.
97. Hacer que una mala acción aparente ser justa y razonable. Pretextar o simular algo.

indios. Parecióme conforme a razón lo que proponía, y a vela y remo les dimos caza. Eran catorce las personas (sin unos muchachos) que en la canoa iban; y habiendo hecho poderosa resistencia disparando sobre nosotros lluvias de flechas, atemorizados de los tiros de escopeta que, aunque eran muy continuos y espantosos, iban sin balas, porque siendo impiedad matar a aquellos pobres sin que nos hubiesen ofendido ni aun levemente, di rigurosa orden a los míos de que fuese así. Después de haberles abordado, le hablaron a Juan González, que entendía su lengua, y prometiéndole un pedazo de ámbar, que pesaría dos libras, y cuanto maíz quisiésemos del que allí llevaban, le pidieron la libertad. Propúsome el que si así me parecía se les concediese, y desagradándome el que más se apeteciese el ámbar que la reducción de aquellos miserables gentiles al gremio de la iglesia católica, como me insinuaron, no vine en ello.[98] Guardóse Juan González el ámbar, y amarradas las canoas y asegurados los prisioneros, proseguimos nuestra derrota hasta que atravesada la ensenada, ya casi entrada la noche, saltamos en tierra.

Gastóse el día siguiente en moler maíz y disponer bastimento para los seis que dijeron habíamos de tardar para pasar el monte, y echando por delante a los indios con la provisión, comenzamos a caminar; a la noche de este día, queriendo sacar lumbre con mi escopeta, no pensando estar cargada, y no poniendo por esta inadvertencia el cuidado que se debía, saliéndoseme de las manos y lastimándome el pecho y la cabeza, con el no prevenido golpe, se me quitó el sentido. No volví en mi acuerdo hasta que cerca de medianoche comenzó a caer sobre nosotros tan poderoso aguacero que, inundando el paraje en que nos alojamos y pasando casi por la cintura la avenida, que fue improvisa, perdimos la mayor parte del bastimento y toda la pólvora, menos la que tenía en mi graniel.[99] Con esta incomodidad, y llevándome cargado los indios porque no podía moverme dejándonos a sus dos criados para que nos guiasen y habiéndose Juan González adelantado, así para solicitarnos algún refresco como para noticiar a los indios de los pueblos inmediatos adonde habíamos de ir, el que no éramos piratas, como podían pensar, sino hombres perdidos que íbamos a su amparo.

98. No estuve de acuerdo.
99. Envase para transportar pólvora en grano.

Proseguimos por el monte nuestro camino, sin un indio y una india de los gentiles que, valiéndose del aguacero, se nos huyeron; pasamos excesiva hambre hasta que, dando en un platanal, no sólo comimos hasta satisfacernos sino que, proveídos de plátanos asados, se pasó adelante. Noticiado por Juan González el beneficiado de Tejosuco (de quien ya diré) de nuestros infortunios, nos despachó al camino un muy buen refresco y, fortalecidos con él, llegamos al día siguiente a un pueblo de su feligresía, que dista como una legua de la cabecera y se nombra Tila, donde hallamos gente de parte suya que, con un regalo de chocolate y comida espléndida, nos esperaba. Allí nos detuvimos hasta que llegaron caballos en que montamos y, rodeados de indios que salían a vernos como cosa rara, llegamos al pueblo de Tejosuco como a las nueve del día.

Es pueblo no sólo grande, sino delicioso y ameno; asisten en él muchos españoles y entre ellos, don Melchor Pacheco, a quien acuden los indios como a su encomendero. La iglesia parroquial se forma de tres naves y está adornada con excelentes altares, y cuida de ella como su cura beneficiado el licenciado don Cristóbal de Muros, a quien jamás pagaré dignamente lo que le debo, y para cuya alabanza me faltan voces. Saliónos a recibir con el cariño de padre y, conduciéndonos a la iglesia, nos ayudó a dar a Dios Nuestro Señor las debidas gracias por habernos sacado de la opresión tirana de los ingleses, de los peligros en que nos vimos por tantos mares, y de los que últimamente toleramos en aquellas costas; y acabada nuestra oración, acompañados de todo el pueblo, nos llevó a su casa.

En ocho días que allí estuvimos a mí y a Juan de Casas nos dio su mesa abastecida de todo, y desde ella enviaba siempre sus platos a diferentes pobres. Acudióseles también, y a proporción de lo que con nosotros se hacía, no sólo a los compañeros sino a los indios gentiles, en abundancia. Repartió éstos (después de haberlos vestido) entre otros que ya tenía bautizados de los de su nación para catequizarlos; disponiéndonos para la confesión de que estuvimos imposibilitados por tanto tiempo, oyéndonos con la paciencia y cariño que nunca he visto, conseguimos el día de Santa Catalina que nos comulgase.

En el ínterin que esto pasaba, notició a los alcaldes de la Villa de Valladolid (en cuya comarca cae aquel pueblo) de lo sucedido; y

dándonos carta así para ellos como para el guardián de la Vicaría de Tixcacal, que nos recibió con notable amor, salimos de Tejosuco para la villa, con su beneplácito. Encontrónos en este pueblo de Tixcacal un sargento que remitían los alcaldes para que nos condujese, y en llegando a la villa, y a su presencia, les di la carta. Eran dos estos alcaldes, como en todas partes se usan; llámase el uno don Francisco de Zelerún, hombre a lo que me pareció poco entremetido y de muy buena intención, y el otro, don Ziphirino de Castro.

No puedo proseguir sin referir un donosísimo cuento que aquí pasó. Sabiéndose, porque yo se lo había dicho a quien lo preguntaba, ser esclavo mío el negrillo Pedro, esperando uno de los que me habían examinado a que estuviese solo, llegándose a mí y echándome los brazos al cuello, me dijo así:

—¿Es posible, amigo y querido paisano mío, que os ven mis ojos? ¡Oh, cuántas veces se me han anegado en lágrimas al acordarme de vos! ¡Quién me dijera que os había de ver en tanta miseria! Abrazadme recio, mitad de mi alma, y dadle gracias a Dios de que esté yo aquí.

Preguntéle quién era y cómo se llamaba, porque de ninguna manera lo conocía.

—¿Cómo es eso? —me replicó—, cuando no tuvisteis en vuestros primeros años mayor amigo, y para que conozcáis el que todavía soy el que entonces era, sabed que corren voces que sois espía de algún corsario y, noticiado de ello el gobernador de esta provincia, os hará prender, y sin duda alguna os atormentará. Yo, por ciertos negocios en que intervengo, tengo con su señoría relación estrecha y lo mismo es proponerle yo una cosa que ejecutarla. Bueno será granjearle la voluntad presentándole ese negro, y para ello no sería malo el que me hagáis donación de él. Considerad que el peligro en que os veo es en extremo mucho. Guardadme el secreto y mirad por vos; si así no se hace, persuadiéndoos a que no podré redimir vuestra vejación si lo que os propongo, como tan querido y antiguo amigo vuestro, no tiene forma.

—No soy tan simple —le respondí— que no reconozca ser usted un grande embustero y que puede dar lecciones de robar a los mayores corsarios. A quien me regalare con trescientos reales de a ocho que vale, le regalaré con mi negro, y vaya con Dios.

No me replicó, porque llamándome de parte de los alcaldes, me quité de allí. Era don Francisco de Zelerun no sólo alcalde, sino también teniente, y como de la declaración que le hice de mis trabajos resultó saberse por toda la villa lo que dejaba en las playas, pensando muchos el que por la necesidad casi extrema que padecía, haría baratas, comenzaron a prometerme dinero por que les vendiese siquiera lo que estaba en ellas, y me daban luego quinientos pesos. Quise admitirlos, y volver con algunos que me ofrecieron su compañía, así para remediar la fragata como para poner cobro a lo que en ella tenía; pero enviándome a notificar don Ziphirino de Castro el que debajo de graves penas no saliese de la villa para las playas, porque la embarcación y cuanto en ella venía pertenecía a la cruzada, me quedé suspenso, y acordándome del sevillano Miguel, encogí los hombros. Súpose también cómo al encomendero de Tejosuco, don Melchor Pacheco le di un criz y un espadín mohoso que conmigo traía, y de que por cosa extraordinaria se aficionó, y persuadidos por lo que dije del saqueo de Cicudana a que tendrían empuñadura de oro y diamantes, despachó luego al instante por él con iguales penas, y noticiado de que quería yo pedir de justicia y que se me oyese, al segundo día me remitieron a Mérida.

Lleváronme con la misma velocidad con que yo huía con mi fragata cuando avistaba ingleses, y sin permitirme visitar el milagroso santuario de Nuestra Señora de Ytzamal, a ocho de diciembre de 1689, dieron conmigo mis conductores en la ciudad de Mérida. Reside en ella como gobernador y capitán general de aquella provincia don Juan Joseph de la Bárcena, y después de haberle besado la mano yo y mis compañeros y dádole extrajudicial relación de cuanto queda dicho, me envió a las que llaman Casas Reales de San Cristóbal; y a quince, por orden suya, me tomó declaración de lo mismo el sargento mayor Francisco Guerrero; y a 7 de enero de 1690, Bernardo Sabido, escribano real, certificación de que después de haber salido perdido por aquellas costas, me estuve hasta entonces en la ciudad de Mérida.

Las molestias que pasé en esta ciudad no son ponderables. No hubo vecino de ella que no me hiciese relatar cuanto aquí se ha escrito, y esto no una, sino muchas veces. Para esto solían llevarme a mí y a los míos de casa en casa, pero al punto de medio día me despachaban todos. Es aquella ciudad, y generalmente toda la provincia, abundante

y fértil y muy barata, y si no fue el Licenciado don Cristóbal de Muros mi único amparo, un criado del encomendero don Melchor Pacheco, que me dio un capote y el ilustrísimo señor obispo don Juan Cano y Sandoval, que me socorrió con dos pesos, no hubo persona alguna que viéndome a mí y a los míos casi desnudos y muertos de hambre extendiese la mano para socorrerme. Ni comimos en las que llaman Casas Reales de San Cristóbal (son un honrado mesón en que se albergan forasteros), sino lo que nos dieron los indios que cuidan de él y se redujo a tortillas de maíz y cotidianos frijoles. Porque rogándoles una vez a los indios el que mudasen manjar diciendo que aquello lo daban ellos (póngase por esto en el catálogo de mis benefactores) sin esperanza de que se lo pagase quien allí nos puso, y que así me contentase con lo que gratuitamente me daban, callé mi boca.

Faltándome los frijoles con que en las Reales Casas de San Cristóbal me sustentaron los indios, y fue esto en el mismo día en que dándome la certificación me dijo el escribano tenía ya libertad para poder irme donde gustase, valiéndome del alférez Pedro Flores de Ureña, paisano mío, a quien si, a correspondencia de su pundonor y honra le hubiera acudido la fortuna, fuera sin duda alguna muy poderoso; precediendo información que di con los míos de pertenecerme, y con declaración que hizo el negro Pedro de ser mi esclavo, lo vendí en trescientos pesos con que vestí a aquéllos, y dándoles alguna ayuda de costa[100] para que buscasen su vida, permití (porque se habían juramentado de asistirme siempre) pusiesen la proa de su elección donde los llamase el genio.

Prosiguiendo don Ziphirino de Castro en las comenzadas diligencias para recaudar con el pretexto frívolo de la cruzada lo que la bula de la cena me aseguraba en las playas y en lo que estaba a bordo, quiso abrir camino en el monte para conducir a la villa en recuas lo que a hombros de indios no era muy fácil. Opúsose el beneficiado don Cristóbal de Muros previniendo era facilitarles a los corsantes y piratas que por allí cruzan el que robasen los pueblos de su feligresía, hallando camino andable y no defendido para venir a ellos. Llevóme la cierta noticia que tuve de esto, a Valladolid. Quise pasar a las playas a ser ocular testigo de la iniquidad que contra mí y lo míos hacían los que, por españoles y católicos, estaban obligados a ampararme y a

100. Donativo en dinero.

socorrerme con sus propios bienes; y llegando al pueblo de Tila, con amenazas de que sería declarado por traidor al rey, no me consintió el alférez Antonio Zapata el que pasase de allí, diciendo tenía orden de don Ziphirino de Castro para hacerlo así.

A persuasiones, y con fomento de don Cristóbal de Muros, volví a la ciudad de Mérida, y habiendo pasado la Semana Santa en el Santuario de Ytzamal, llegué a aquella ciudad el miércoles después de Pascua. Lo que decretó el gobernador, a petición que le presenté, fue que tenía orden del excelentísimo señor virrey de la Nueva España para que viniese a su presencia con brevedad. No sirvieron de cosa algunas réplicas mías, y sin dejarme aviar, salí de Mérida el domingo 2 de abril. Viernes 7, llegué a Campeche; jueves 13, en una balandra del capitán Peña, salí del puerto; domingo 16 salté en tierra en la Vera-Cruz. Allí me aviaron los oficiales reales con veinte pesos, y saliendo de aquella ciudad a 24 del mismo mes, llegué a México a 4 de mayo. El viernes siguiente besé la mano a Su Excelencia y correspondiendo sus cariños afables a su presencia augusta, compadeciéndose primero de mis trabajos y congratulándose de mi libertad con parabienes y plácemes, escuchó atento cuanto en la vuelta entera que he dado al mundo queda escrito, y allí sólo le insinué a Su Excelencia en compendio breve. Mandóme (o por el afecto con que lo mira o quizá porque, estando enfermo, divirtiese sus males con la noticia que yo le daría de los muchos míos) fuese a visitar a don Carlos de Sigüenza y Góngora, Cosmógrafo y Catedrático de matemáticas del Rey Nuestro Señor en la Academia Mexicana, y Capellán Mayor del Hospital Real del Amor de Dios de la Ciudad de México (títulos son éstos que suenan mucho y valen muy poco, y a cuyo ejercicio le empeña más la reputación que la conveniencia). Compadecido de mis trabajos, no sólo formó esta relación en que se contienen, sino que me consiguió con la intercesión y súplicas que en mi presencia hizo al excelentísimo señor virrey, decreto para que don Sebastián de Guzmán y Córdoba, factor, veedor y proveedor de las cajas reales, me socorriese, como se hizo. Otro para que se me entretenga en la Real Armada de Barlovento hasta acomodarme, y mandamiento para que el gobernador de Yucatán haga que los ministros que corrieron con el embargo o seguro de lo que estaba en las playas y hallaron a bordo, a mí o a mi podatario[101],

101. Que tiene poder para representar a otra persona.

sin réplica ni pretexto lo entreguen todo. Ayudóme para mi viaje con lo que pudo, y disponiendo bajase a la Vera-Cruz en compañía de don Juan Enríquez Barroto, capitán de la Artillería de la Real Armada de Barlovento, mancebo excelentemente consumado en la hidrografía, docto en las ciencias matemáticas y, por eso, íntimo amigo y huésped suyo, en esta ocasión, me excusó de gastos.

50

Alboroto y motin de los indios de los indios de México

Para este último texto he usado dos ediciones, como puede observarse en la bibliografía. Como los demás textos de la antología estaban divididos en capítulos y éste no, he usado los títulos que puso Leonard A. Irving en su apéndice para mejor orientar al lector de los hechos que sucedieron en esos aciagos días de los años 1691 y 1692. Escrita en forma de carta al almirante Andrés de Pez, a quien había acompañado a la expedición de Penzacola, le va narrando los acontecimientos nefastos de copiosas lluvias, inundaciones, un eclipse, grandes fríos, pestes en los cereales, cosechas malogradas y carestía del pan, lo cual provocó un tumulto y un incendio, en el que perecieron varias personas; se tuvo que reconstruir el Palacio y otras casas, se prohibió el pulque y el Baratillo, se expulsó a los indios de la ciudad y varios de ellos fueron castigados con la horca. Aunque algunos hechos los supo de oídas, de otros, en cambio, no solo fue testigo sino que además don Carlos, ayudado por sus familiares, se lanzó al incendio y entre otras labores, logró rescatar del fuego los archivos con documentos y mapas prehispánicos.

Catástrofes naturales y rebeliones

Unos aguaceros ponen en peligro la capital

No es el mes de junio en este Oriente y los adyacentes de muy copiosas aguas, porque, en su primero y segundo tercio, comienza sólo a humedecerse el cielo y a refrescarse la tierra con moderadas lluvias. Habían ya corrido sus siete primeros días, no sólo sin llover, pero ni aun con nubes sobre la ciudad, aunque al mismo tiempo se reconocían cubiertos de ellas y con mucho exceso los montes que tenemos al Occidente, donde llovió el día ocho con algún tesón, pero sin violencia. Volvieron las nubes el día siguiente (que fue miércoles y se contaron nueve) a llover sobre lo mojado con tan formidable tempestad de granizo y agua, que en breve rato (dijéronlo los indios que, del abrigo de algunas peñas y cuevas entre muchos que murieron, escaparon vivos), así con el granizo, como con el agua, se cegaron las barrancas generalmente, y aquél cubrió lo restante de la mayor parte del monte en el altor de un estado.

El peso gravísimo de tanta agua, buscando vaso en qué descansar, comenzó luego al instante a precipitarse por las barrancas y arroyos secos y, recogiéndose en el riachuelo que llaman de Los Remedios sin poder estrecharse a su caja tanta avenida, rebosó espantosamente por todas partes. Llevábase consigo cuanto encontraba, sin privilegiar a las casas de los indios, por ser muy débiles, ni a las de los españoles, que estaban por las lomas y valles, por ser robustas. Ahogáronse, entre mucho ganado, veinte y seis personas; arruinóse un batán; perdióse el trigo que estaba en las trojes de los molinos y en cantidad muy considerable; y, siendo todo esto al punto de media noche y en parte donde no había caído de el cielo aquel día ni una gota sola, que era desde la loma donde está la Ermita de Nuestra Señora de los Remedios hasta el pueblecillo de San Esteban y Huertas de San Cosme, confinantes por allí con los arrabales de México, ¿quién duda haber sido la confusión y el espanto mucho mayor que el destrozo y la pérdida, aunque fue tan grande?

Si las muchas acequias que tiene México no estuvieran en esta ocasión azolvadas todas, buque tienen para haber recibido toda esta agua y conducídola a la laguna de Texcuco, donde cuanta generalmente viene de las serranías se recoge siempre; pero, después de llenarse todo el ejido que corre de Chapultepec a la Calzada que va a Tacuba, sobrepujando a ésta el agua, desde la estancia de Popotla hasta donde fue la huerta del Marqués del Valle, embocando arrebatadamente por la zanja que allí tienen los hortelanos y anegando cuantas iglesias, conventos y casas hay por allí, pasó a los arrabales occidentales desta ciudad, contenidos desde el Barrio de Santa María hasta el de Belem, donde se detuvo, no por otra razón, sino por principiarse en ellos las acequias que habían de desaguarlos y estar, como dije, sin uso alguno. Con esto, ya está dicho que se aguó la fiesta; pero, olvidándose della y conmoviéndose todo México con tan subitáneo accidente, antes que diese el grito para pedir el remedio, lo tenía premeditado y aun conseguido el señor virrey, porque, dándole lugar a el agua por donde ya ella se lo tomaba, quedó trajinable la salida de San Cosme, que ocultaba el agua, desembarazada la mayor parte de aquel ejido y casi enjutos los arrabales y barrios que se anegaron.

Encapotóse el cielo desde aquel día y, aunque por horas nos amenazaba con otro estrago, llovía sólo tal vez y moderadamente, como de ordinario sucede en regulares años. Oyóse por este tiempo una voz entre las (no sé si las llame venerables o despreciables) del vulgo, que atribuía a castigo de las pasadas fiestas, de la tempestad en el monte, el destrozo en los campos, y la inundación de los arrabales; y era la prueba haberse experimentado en esta Ciudad de México, no sólo el año de mil seiscientos y once, grandes temblores en ocasión que, por mandato del Arzobispo Virrey, don Fray García Guerra, se corrían toros, sino haberse quemado la iglesia de San Agustín de México, el año de mil seiscientos y setenta y seis, cuando, por disposición de otro Arzobispo Virrey, don Fray Payo Enríquez de Ribera, estaban todos divertidos con semejante fiesta. Estaba todavía ocupada la plazuela del Volador con los andamios y tablados de que se hizo el coso y, a la primera sílaba que de esta voz le llegó al oído (por lo que tenía de apariencia de religión), mandó este discreto y prudente príncipe cesasen las fiestas y se despejase la plaza, y así se hizo, tan atento como todo esto ha estado siempre al gusto del pueblo y a la complacencia de todos.

Pasáronse desta manera los días sin accidente considerable, hasta el domingo, diez de julio, que, no sólo en lo que coge la Ciudad y lo circunvecino, sino generalmente en casi todo el reino, amaneció lloviendo. Prosiguió el agua por todo el día y, sin más violencia que la que tuvo del principio, se continuó hasta el sábado, veinte y dos, sin interrupción que pasase de media hora. Bien podía, el día nueve, haberse ido desde esta Ciudad a la Texcuco a pie o a caballo por en medio de la laguna, porque absolutamente se hallaba seca; pero, como no sólo llovía sobre ella y lo que estaba inmediato, sino sobre toda la serranía, con cuyas cumbres, que bojean más de setenta leguas, se corona este grandísimo valle donde vivimos, fueron tantas, tan pujantes, y tan continuadamente unas las avenidas que, llenándose más y más en cada momento la amplitud disforme de que se forma su vaso, ya navegaban, el día veinte y dos, por donde antes caminaban recuas, no sólo chalupas, sino canoas de ochenta fanegas de porte, y un barco grande.

Lo que se experimentó de trabajos en México en estos trece días no es ponderable; nadie entraba en la Ciudad, por no estar andables los caminos y las calzadas; faltó el carbón, la leña, la fruta, las hortalizas, las aves y cuanto se conduce de afuera todos los días, así para sustento de los vecinos, que somos muchos, como de los animales domésticos, que no son pocos; el pan no se sazonaba, por la mucha agua y consiguiente frío; la carne estaba flaca y desabridísima, por no tener los carneros y reses dónde pastar, y nada se hallaba, de cuanto he dicho, sino a excesivo precio. Lloviéronse todas las casas, sin haber modo para remediar las goteras; cayéronse algunas, por ser de adobes, y no se veía en las calles y en las plazas sino lodo y agua.

Rebosaron los ríos y arroyos de la comarca y cayeron sobre los ejidos de la Ciudad; los inundaron todos; parecía un mar el que hay desde la Calzada de Guadalupe (en toda su longitud, hasta los pueblos de Tacuba, Tlanepantla y Azcapotzalco), donde se sondeaban por todas partes dos varas de agua. Competía con éste el que se forma entre las Calzadas de San Antón y de la Piedad, pero ¿para qué quiero cansarme refiriendo los parajes anegados, uno por uno? Todo era agua y lo más lastimado de la Ciudad aquellos barrios, que hay desde Santa María hasta el Convento de Belem y Salto del Agua, por la excesivamente mucha que recibieron en la primera avenida del mes de junio, y de que aún no estaban totalmente libres en las de ahora.

El virrey busca remedios eficaces

Acudieron a Dios en estas tribulaciones con oraciones y rogativas y, sólo porque Su Divina Majestad se lo mandaría, cesó la lluvia; pero se quedó entoldado de nubes el cielo por muchos días. Esto no obstante, al mesmo punto que se reconoció la serenidad, acudiendo a algunas partes Su Excelencia personalmente, a otras (por orden suyo) los gravísimos ministros de que se forma la Audiencia, el corregidor y regidores de la Ciudad, y diferentes personas particulares, se dio principio al aderezo de los caminos y de las calzadas y, terraplenándolas y fortaleciéndolas, como lo pedían sus daños y, rompiéndose sus albarradas de Guadalupe y San Lázaro por algunas partes, para descargar el agua de donde era mucha y arrojada a la laguna de Texcuco, donde, quedando la Ciudad con algún alivio y más, habiéndole entrado sobrados bastimentos de todas partes inmediatamente, por órdenes que para ello despachó Su Excelencia luego al instante.

Preguntaráme Vmd. las ocupaciones de nuestro santo Arzobispo en esta ocasión, y aunque, con responder que hacía la que hace siempre, lo decía todo, quiero, pues no nos oye, decidle aquí una sola cosa de lo mucho que hizo. Pareciéronle pocos los muchos limosneros con que, a manos llenas, distribuyese continuamente entre los pobres toda su renta, y, dejándolos ocupados en su cotidiana tarea, entrándose en una canoa y llenando de ropa, de pan, de maíz, las que lo acompañaban, visitó los arrabales, los barrios, las estancias y pueblecillos de indios que anegó el agua, dejando no una sola, sino muchas veces abastecidos de todo a sus moradores; ¡dichosos los que vivimos en este tiempo para ver ésta, sin tener qué envidiar el de don Juan Limosnero! […]

Sigüenza, ingeniero

Resultó, de lo que yo procuré el que fuese con todo fundamento cuanto en él propuse, el que, comenzándose a quince de diciembre la limpia de las acequias, se concluyese, no solamente bien pero sin ejemplar, y en moderado tiempo. En otras ocasiones que esto se ha

hecho, se sacaba el lodo y basura que las tenía ciegas y se quedaba a sus bordos; era resulta de esta falta de economía quedar aquellos cauces no trajinables hasta que se secasen, y después sin corriente las inmediatas y aun las remotas, porque, estando todas con inclinación a su acequia próxima, así en tiempo de lluvias como entre año, les faltaba el desagüe con el estorbo de la basura, y ésta se volvía a caer por último a su lugar antiguo. No quedó ahora ni una sola batea de lodo (menos donde se reconoció que se necesitaba de terraplén) que no se llevase adonde pareció conveniente, para que con esto mantuviesen el beneficio de esta limpieza por muchos años [...]

Parecióme (después de haberlo premeditado por muchos días) que, para que no se anegasen otra vez los barrios occidentales de la Ciudad, no bastaba esto y, proponiendo para conseguirlo una nueva acequia, aprobó Su Excelencia mi dictamen y me encargó esta obra. Lo primero que hice fue continuar la de Santo Domingo, desde la puente de las tres parroquias hacia el Poniente por el mismo lugar que tenía antes; proseguí por los barrios de Santa María Teocaltitlán, Atlampa y Tlacopan, hasta salir por detrás del Hospital de San Hipólito a la Puente de Alvarado, que está en la arquería por donde viene el agua de Santa Fe; desde aquí, la guié por tajo nuevo a la puente que tiene la calzada por donde, desde la calle de San Francisco, se va al Calvario y, atravesando el ejido de Zacatengo, acequia del Sapo y ciénegas de Techalocalco que allí se hacen, se termina en la puente de los cuartos, que es en la calzada de Chapultepeque.

De la mucha tierra que dio en dos varas de hondo, seis de ancho y tres mil seiscientas y veinte que tiene en su longitud, fortalecido de muchos sauces que en él planté, se formó un parapeto hacia la Ciudad, para que, deteniéndose en él las aguas cuando fuesen pujantes las avenidas, corriesen por la zanja sin pasar a México; y así ha ido sucediendo con notable contento mío cuando esto escribo. También se le abrió nueva caja al río de Guadalupe desde la puente de su calzada hacia la laguna, con que jamás llegaron ya las aguas que recogen donde llegaban antes.

Al mismo tiempo que se emprendían y perfeccionaban en México tan diversas obras, se adelantó la del tajo abierto del desagüe de Huehuetoca, cuanto no es decible, y, mientras en parte se reforzaban las albarradas que con providencia detienen las aguas que por él embocan, se hizo un remangue general de los caídos de tierra que en él

había, y de que en extremo se necesitaba, para que las avenidas del poderoso río de Guatitlán y las que por la barranca de Tesayuca vienen de los llanos de Pachuca y en otros tiempos llenaban la laguna de Texcuco, y por el consiguiente se le atrevían a México, corriesen por él (como de años a esta parte lo hacen) sin demora alguna.

Nada inferior a cuanto aquí se ha dicho fue lo que en la albarrada de la laguna de San Cristóbal se ejecutó. Fabricóse ésta cuando en sus principios se hizo la tierra movediza y de piedra suelta, sin cimiento alguno, y, siendo el agua continua en ella por el movimiento también continuo con que la trasiegan los Nortes, sólo le habían quedado las piedras, sin tierra alguna, y por entre ellas, en casi toda su longitud, se trasminaba la agua. Pedía tan considerable daño grave remedio, y no hay duda sino que fue mucho más que grande el que Su Excelencia le dio, reducido a un muro de cal y canto con que, sobre estacas y con bastante cimiento, se cubrió el terraplén de aquella albarrada por la misma parte en que detiene las aguas, quedando con ello asegurada esta obra y libres nosotros del peligro en que, por romperse aquélla y caer éstas sobre la laguna de México, podía ponernos.

Si para esto sólo hubieran servido aquellas aguas tan continuadas y sus avenidas correspondientes, les debiera en mucho agradecimiento la Ciudad de México, pero ya que Su Excelencia (oponiéndose a la fatalidad que consigo traían) hizo en esta línea más y en más breve tiempo que cualquiera de sus Excelentísimos predecesores, instaron ellas en arruinar a México y, habiendo sido por uno de aquellos medios de que Dios se vale para castigar a los impíos y reducir al camino de la justicia a los que lleva extraviados la iniquidad, yo no dudo que mis pecados y los de todos le motivaron a que, amenazándonos como padre con azote de agua, prosiguiese después el castigo con hambre por nuestra poca enmienda y, si ésta no es absoluta después del fuego en que, en la fuerza de la hambre, se transformó la agua, ¡qué nos espera!

Nuevas lluvias y un eclipse de sol

Ya le dije arriba a Vmd. que, aunque a veinte y dos de junio cesó la lluvia, no por eso se vio el cielo en muchos días por las muchas nubes; y añado ahora, el que éstas arrojaban tal vez a la tierra aguaceros re-

cios, y tal vez aguas menudas y con más repetición, neblinas gruesas, pero sin viento alguno. Nadie tuvo por entonces reparo considerable, exceptuando a los labradores que, teniendo por sospechosa tanta humedad, suspiraban solícitos por que soplase el viento, así por que les sacudiese el rocío a sus sementeras como por que, despejándose el cielo de tantas nubes, se dejase ver el sol y se calentase la tierra. Los que destos no gastaban el tiempo en semejantes suspiros sino en visitar sus sembrados, sí se afligían algunas veces, viendo que los maizales por estar aguachinados se iban en vicio; muchas otras, reconociendo los trigos, al mismo tiempo, muy bien logrados y aun comenzados ya en muchas partes a tomar color, se regocijaban. Y como jamás ha sucedido tal cosa en este clima por mediado agosto, atribuyendo la madurez tan intempestiva a manifiesto milagro, se esperaba con espanto común una gran cosecha. En estas cosas se llegó el día veinte y tres de agosto en que, según lo habían prevenido los Almanaques y Pronósticos, se eclipsaba el sol. Si Vmd. supiera alguna cosa de astronomía, le dijera aquí, con sus propios términos, mil cosas buenas y primorosas, que observé este día, de ser no sólo total, sino uno de los mayores que ha visto el mundo. Se siguió que, a muy poco más de las ocho y tres cuartos de la mañana, nos quedamos, no a buena, sino a malas noches, porque ninguna habrá sido, en comparación de las tinieblas en que, por el tiempo de casi medio cuarto de hora, nos hallamos más horrorosa. Como no se esperaba tanto como esto, al mismo instante que faltó la luz; cayéndose las aves que iban volando, aullando los perros, gritando las mujeres y los muchachos, desamparando las indias sus puestos en que vendían en la plaza fruta, verdura y otras menudencias, por entrarse a toda carrera en la Catedral, y tocándose a rogativa al mismo instante, no sólo en ella, sino en las más iglesias de la Ciudad, se causó de todo tan repentina confusión y alboroto que causaban grima.

Yo, en este ínterin, en extremo alegre y dándole a Dios gracias repetidas por haberme concedido ver lo que sucede en un determinado lugar tan de tarde en tarde y de que hay en los libros tan pocas observaciones, que estuve con mi cuadrante y anteojo de larga vista contemplando el sol. Mediaba éste entre Mercurio, que apartado dél como cinco grados hacia el Oriente, se veía con el anteojo cómo estaba la luna en la cuadratura y en el corazón del León que demoraba al Ocaso, y más adelante Venus defalcada, estaba cubierto de estrellas

el cielo por todas partes, pero sólo se veían las de primera, segunda y tercera magnitud por el Mediodía, quizás por tener entonces la luna alguna latitud aparente septentrional; observéle a ésta en la demora de la total obscuración alguna atmósfera, contra lo que algunos afirman; y por último, desde las ocho y media hasta las nueve y media, estuvo el aire tan frío y destemplado como por invierno, con que se verifica el aforismo de los astrólogos en que a los eclipses, y con especialidad a los del sol, se atribuye esto.

Aparece el *Chiahuiztli*

Si hasta este día había corrido el año con presunciones de malo, desde hoy en adelante se declaró malísimo, porque al trigo, que ya por el color se juzgaba hecho, se le hallaron vanas las espigas y sin grano alguno; reconocióse sin mucho examen ser el *chiahuixtli* la causa dello, y si es lo que allá los labradores españoles llaman pulgón lo que, según el vocabulario mexicano, le corresponde a esta voz, bien puede discurrir Vmd. lo que será *chiahuixtli*. Yo, que en el rollo de los labradores tenía también mi piedra aunque no muy grande, no pude ver en las cañas y espigas de una macolla[102] sino manchas prietas y pequeñísimas como las que dejan las moscas hasta que, valiéndome de un microscopio, descubrí un enjambre de animalillos de color musgo, sin más corpulencia que la de una punta de aguja y que sea sutil; tiraba su forma y la de sus pies a la de una pulga, pero con alas cubiertas, como los gorgojos, y ya fuese con estas alas o con aquellos pies, saltaban de una parte a otra con ligereza extraña.

Extendióse esta peste de los trigos con la misma actividad con que el fuego lo abrasaba todo y, si no fue el rubigo de los latinos, tuvo por lo menos con él un común principio, porque, si éste se causa de detenerse el rocío en las plantas por mucho tiempo sin que en él sople viento alguno que lo consuma, ¿quién duda haberse originado nuestro *chiahuixtli* así de las muchas aguas de el mes de julio, como de las nubes y neblinas casi continuas y de la calma que siempre hubo; y sobreviniendo a este mal aparato en que los sembrados se hallaban al eclipsarse el Sol, se siguió el que así, por razón de resfriarse la tierra

102. Planta herbácea gramínea de la familia de las monocotiledóneas.

por esta causa, mucho más sin comparación de lo que ya lo estaba, como por suceder aquél en el signo de Virgo, donde está la espiga (razón, según Messahalac, para que se pierdan los trigos), llegase la fatalidad del año a su complemento?

Valía entonces el trigo rubio de la antecedente cosecha de trigo a tres pesos carga y el candeal[103] a cinco, y a principios de septiembre valía éste a ocho y nueve y aquél a siete y al respecto de este precio, se achicó el pan; clamaron los pobres, y aun también los ricos, con novedad tan perniciosa para el común y, sin persuadirse a que las cosechas, por lo que he dicho, serían malísimas, blasfemaban con desesperación contra los labradores; y habían llegado noticias muy individuales de todo lo antecedente al Señor Virrey y, aunque por su uniformidad las tenía por ciertas, pareciéndole digna de conmiseración y de lástima la voz del pueblo, por especial decreto en que la propuso consultó a los señores del Real Acuerdo lo que debía hacer.

Discurrió aquel Senado gravísimo y consultísimo no haber mejor modo, para contener en lo justo a los labradores (si acaso ponderaban más de lo que era su mal suceso), que salir algunos ministros togados a reconocerlo, y, conformándose Su Excelencia con este dictamen, aunque nombró a unos cuantos para este efecto, sólo fue el Señor Licenciado don Pedro de la Bastida, Caballero del Orden de Santiago y Oidor de esta Real Audiencia, a la provincia de Chalco. Resultó de sus diligencias el que le sobraba la razón a los labradores y, como quiera que no hay medio más a propósito para que abunde en una República lo que en ella falta que el precio en que la pone su carestía, porque él es el que a porfía la solicita de todas partes, para que fuese así en el estado presente, le pareció por entonces a Su Excelencia convenía en el valor que le daban al trigo disimular un poco.

Coadyuvó a esto el que la noticia de las diligencias que se hicieron en Chalco llegó a la Puebla y, siendo los valles de Atlixco, San Salvador y Guamantla (pertenecientes a aquel obispado) los de mayores labranzas por ser muy fértiles, se discurrió con fundamento no despreciable que el corto precio que se le diese al trigo retardaría remitiesen a México, los que vivían en ellos, el que aún tenían en las trojes de otra cosecha. Este era el asunto de informes que el señor obispo

103. Trigo de una variedad aristada, con la espiga cuadrada, recta, que da harina blanca de calidad superior.

de aquella iglesia, el alcalde mayor de la Ciudad y otras personas le hicieron a Su Excelencia en esta materia y, pareciendo racional la proposición, se prosiguió con el disimulo.

No se consiguió con él lo que se quería por el trigo; por instantes se subía más y era la causa no sólo la falta absoluta del temporal sino que, de lo que había sobrado de la cosecha de trigo antecedente, que no era mucho, guardaban los labradores para semilla grande porción, y sólo vendían lo que, sin detrimento de sus familias, podían vender; y aunque esto en la realidad era cosa poca, jamás le faltó a la República el pan con la pensión de caro, porque (ya que otra cosa no se podía) se acomodaron los pobres y plebeyos a comer tortillas (ya sabe Vmd. que así se nombra el pan de maíz por aquestas partes), y a los criados de escalera abajo de casi todas las casas de México se les racionaba con ellas.

Como con esto llegó el maíz a tener valor, comenzaron a levantar sus cosechas los labradores y, estando aún todavía tiernos y llorosos por el mal logro del trigo a que (aunque hasta aquí no lo he dicho, acompañó la cebada y, por comprenderlo todo en una palabra, todas las semillas) no haciendo caso de las cañas que, por haberse aguachinado con la mucha humedad, les faltó mazorca. Al echar mano de las que parecían muy bien granadas, hallando en ellas casi ningún maíz, entre muchas hojas, maldiciendo al año, a las aguas, a las nubes, a las neblinas, a la calma, al *chiahuixtli*, al eclipse del sol y a su desgraciada fortuna, levantaron una voz tan dolorosa y desentonada, que llegó a México y, al instante que entró por su alhóndiga, se levantó el maíz.

Aunque hasta aquí no pasaba de una cuartilla lo más que se daba a los compradores, ya se gastaban en ella por este tiempo (que era al mediar noviembre) de mil a mil y trescientas fanegas de solo este grano todos los días y, si era la penuria del trigo la que lo causaba, sola fue la providencia del Señor Virrey la que hasta aquí lo pudo tener tan de sobra en esta ciudad, aun con tanto gasto, porque, acudiendo primero a Dios (valiéndose para ello de cuantas comunidades eclesiásticas, así seculares como religiosas, se hallan en México, a cuyos superiores les pidió oraciones y rogativas secretas por no contristar a la Ciudad con clamores públicos) y despachando al alcalde mayor de Chalco y a otros ministros y personas particulares apretadísimas órdenes para que remitiesen a México y sin dilación cuanto maíz pudiesen, consiguió por este medio lo que tengo dicho.

Fue menos el gasto de aquí adelante, porque comenzaron los envíos a ser menores y, como al respecto dellos se sintió la falta, entre las congojas que por esto le oprimían el corazón al Señor Virrey, le pareció el que ya se necesitaba de más aparatosas diligencias que las pasadas para conseguirlos; despachó para esto al señor licenciado don Francisco de Zaraza y Arce, alcalde de la Sala del Crimen desta Ciudad de México, a la provincia de Chalco, en donde se detuvo hasta veinte de enero deste presente año, y al señor doctor don Juan de Escalante y Mendoza, Fiscal de la misma Sala, a los Valles de Toluca, Ixtlahuaca y Metepec; y hasta mediado febrero, que se volvió a su ejercicio, se consiguieron de aquella provincia y destas partes remisiones tan considerables y cotidianas, que sobraba el maíz en la alhóndiga todas las tardes y, siendo esto por habérseles registrado a los labradores no sólo sus trojes sino lo más retirado de sus casas y las de sus amigos y dependientes y quedado aquéllas casi vacías, por último se reconoció no bastaban los rezagos de la cosecha del año pasado de mil seiscientos y noventa, ni la certísima del de mil seiscientos y noventa y uno, a sustentar, no digo a toda la comarca, pero ni a sólo México.

Siendo tanta como ésta la prisa con que nos iba estrechando el hambre, a medida del molestísimo cuidado en que lo tenía, prosiguió Su Excelencia las diligencias para remediarla y aun con mayor eficacia. No había ya otros que poder hacer, sino enviar por maíz a la tierra adentro y con especialidad a Celaya y a su cordillera (distante desta ciudad como cuarenta leguas) donde, por haber sido la cosecha mala y poco el consumo, valía barato. Oponíase a esta determinación no ser muy fácil el conducirlo, porque ni querrían los labradores (siendo los más dellos pobres y no teniendo recuas) traerlo a México, ni se sabía de dónde se sacarían los reales para comprarlo, y esto por lo poco o casi nada con que se hallaba entonces el pósito común de la Ciudad para tanto empeño y, como sólo viniendo por su cuenta el grano a la Alhóndiga se aseguraba de la reventa, se discurrían medios para que fuese así.

No halló otro más pronto el Señor Virrey que el acreditarlo sin límite y con libranza abierta y, ofreciendo con este seguro el capitán Pedro Ruiz de Castañeda cuanto para este efecto se le pidiese, cometió Su Excelencia a don Rodrigo de Rivera Maroto, alguacil mayor de

esta Ciudad, el que fuese a recaudar a Celaya cuanto maíz hallase y a remitirlo luego a México sin dilación alguna. Con la prontitud con que ejecutó este caballero cuanto se le encargó, pasaron de cuarenta y cuatro mil fanegas las que aseguró y remitió por horas, y con esto y lo que se traía de Chalco y de Toluca (aunque poco a poco) se iba pasando en México como mejor se pudo.

No se hacían estas remociones con la celeridad y presteza que se quisiera, sino tan poco a poco como tengo dicho, por otra fatalidad de diversa especie pero bien notable, que sobrevino entonces. Fue ésta lloviznar, desde tres hasta seis de febrero deste año de mil seiscientos y noventa y dos, sobre los valles de todo el reino incesantemente y nevar sobre los montes y serranías todas con igual tesón y por los mismos días. Bien sabe Vmd. el que acá no se ve nevar sino de siglo a siglo y así, por esto como por el frío excesivo que hacía entonces no sólo a muchos pobres, que halló caminando en los montes, les quitó la vida, sino casi generalmente en cuanto ganado, así mayor como menor, cogió en bocado, ejecutó lo propio, y con especialidad en el mular, por su temperamento. Con que, aun sobreañadiéndose con esto a la falta de pan falta de carne, fue mucho más sensible faltar las recuas, porque, sólo habiéndolas, se conseguía el maíz.

Pero fuese como se fuese, no se pasaba tan bien como en México en algunos pueblos de la comarca, de donde venían por instantes lastimosas quejas, reducidas a que no cabía en la piedad cristiana ni en razón política quitarles a ellos el sustento por darlo a México. Era esto, porque, por causa de las manifestaciones y consiguientes embargos que se les habían hecho a los labradores obligándoles a que o vendiesen entonces sus granos de contado a como valían, o que los tuviesen de manifiesto y con buena cuenta para traerlos a esta Ciudad cuando se los pidiesen, no se hallaba en los más de aquellos pueblos quejosos maíz alguno o valía, el poco que se extraviaba del embargado, mucho más que en México, donde el precio corriente de una carga eran seis pesos.

Como no se les podía negar a estos pobres que pedían bien, y es obligación del que gobierna ocurrir a todo o para mayor acierto de lo que en este punto se debía hacer, dispuso Su Excelencia, a veinte y nueve de abril, una junta grande. Doyle este título, no sólo por lo que en ella había de discurrirse, sino por los personajes gravísimos de que se compuso. Fueron éstos todos los ministros togados de la Real

Audiencia, los contadores mayores y oficiales reales, las cabezas de los Cabildos Eclesiástico y Secular y los primeros prelados y personas graves de las Religiones. Determinóse en ella cuanto para el universal consuelo de la Ciudad y de los pueblos de su comarca (según el estado miserable de las cosas) pareció útil y fue: libertad absoluta a todos para comerciar trigo, maíz y otros cualesquiera granos, donde quisiesen; pero sin perjuicio de lo asegurado en Celaya y de lo embargado (que estaba de manifiesto en Toluca y Chalco), porque esto había de traerse a México sin dilación.

Fue el motivo desta resolución muy racional, porque por este tiempo ya estaban los trigos de riego muy de sazón y para segarse, porque las aguas de febrero los adelantaron, y se creía que, con lo que de este grano se trajese a México, que sería mucho (por lograr los labradores el precio de veinte y seis pesos en que se vendía cada carga de harina meses había), de necesidad se minoraría el gasto de los maíces en la Ciudad y bastaría entonces para bastimentarla hasta la cosecha, los que se tenían seguros, sin hacer caso del que pudiera venir de tierra caliente, donde se siembra y coge en muy pocos meses y de cuyas milpas se habían ya comido a esta hora en México muchos elotes (son las mazorcas del maíz que aún no está maduro), con los cuales y con la mucha fruta que concurre a la plaza de México, desde antes de mayo hasta después de septiembre, se divertirían los muchachos, los indios y otra gente ruin, sin acordarse no sólo del pan y de las tortillas, pero ni aun de la carne y el chocolate, como lo vemos todos los años prácticamente y lo observan los panaderos por no perderse.

No se reconoció en la alhóndiga por casi todo el mes de mayo falta notable, pero a sus fines, dándose por desentendidos de su obligación, los labradores de Chalco extraviaron para otras partes lo que había de ser precisamente para México por lo pactado; comenzaron también a faltar en estos mismos días las remisiones del de Celaya, porque, por la resulta de las pasadas nieves, no se hallaban tantas, tan continuas y prontas recuas como cada día se necesitaban para conducirlo y subióse este grano a siete pesos la carga dentro de México al instante. Por parecer que sobre esto le dio el Real Acuerdo al Señor Virrey, despachó al señor licenciado don Pedro de la Bastida a la provincia de Chalco, para que, sin dejar en ella sino sólo lo necesario para

el sustento preciso de sus habitadores, enviase a México, sin atender a quejas y súplicas, cuanto allí se hallase.

Preguntaráme Vmd. cómo se portó la plebe en aqueste tiempo y respondo brevemente que bien y mal; bien, porque, siendo plebe tan en extremo plebe, que sólo ella lo puede ser de la que se reputare la más infame, y lo es de todas las plebes, por componerse de indios, de negros, criollos y bozales de diferentes naciones, de chinos, de mulatos, de moriscos, de mestizos, de zambaigos, de lobos y también de españoles que, en declarándose zaramullos (que es lo mismo que pícaros, chulos y arrebatacapas) y degenerando de sus obligaciones, son los peores entre tan ruin canalla. Puedo asegurarle a Vmd. con toda verdad que comían lo que hallaban sin excandecerse,[104] porque les constaba, por la publicidad con que se ejecutaban, de las muchas y extrañas diligencias que hacía el Señor Virrey para hallar maíz y que hubiese pan.

Se levanta la prohibición al trigo blanquillo

Aún no he dicho lo que destas se recibió entre semejantes sujetos con mayor aplauso. Crió Dios estas tierras, a lo que parece, para que en ellas, y con especialidad en alguna del distrito del obispado de la Puebla, se diese el trigo blanquillo en solos cuatro meses y con monstruosa abundancia; quitábale ésta el valor a los candeales, arisnegros[105] y pelones rubios, con que, al paso que se le aumentaban los diezmos a aquel Cabildo, se le minoraba la venta, porque los granos de que resulta valían poco y a su respecto era el pan sobre muy blanco y muy sabroso en extremo grande y andaba a rodo[106].

Es este trigo el estimable siligo[107] de los antiguos el que, en tiempo de Rotilio (y ¿por qué no ahora?), se gastaba en Francia; el universalmente recomendado de los escritores de todos tiempos, y el que (¡sólo en esta mi tierra podía ser esto!), sin más delito que su abundancia, después de informes que contra él se imprimieron (y con

104. Encender en cólera, irritarse.
105. Trigo, espiga que tiene aristas negras.
106. Andar o caminar de manera desordenada, sin rumbo fijo o sin propósito claro.
107. Simiente negra y menuda, que se cría entre el trigo candeal.

verdad informes, pues no contenían sino despropósitos de interesados y contradicciones manifiestas de los que, por tener obligación de haber leído a Plinio, Teofrasto, a Galeno, Dioscórides y a Columela, no debían decirlas por aplaudir aquéllos) por sentencia que, por parecer del Real Acuerdo de 4 de mayo de mil y seiscientos y setenta y siete, se pronunció contra él en el Superior Gobierno de esta Nueva España, fue desterrado de toda ella perpetuamente, quemándose al mismo tiempo el que se halló en las trojes, arrojándose a la acequia y laguna el que estaba en México y agotando cuantos animales se pudo en lo que dilatadamente cubría el campo con sus espigas.

Poco castigo les pareció éste a los de la Puebla y, valiéndose de las formidables armas de las censuras que se publicaron con todo aparato para mayor asombro, se les prohibió a los labradores el que lo sembrasen; tanto cuanto entonces sobraba el trigo faltaba ahora y, si en esta ocasión se daba de veinte y cuatro a veinte y seis pesos por una carga de harina, en aquélla costaba la misma otros tantos reales y aun quizá menos. No se hablaba de otra cosa al presente sino de aquel trigo abominado de la codicia que obligó a quitarlo y, llegando a oídos de Su Excelencia lo que hablaban tantos, después de haber examinado a personas inteligentes y leído un papel bastantemente docto (ya corre impreso) en que el doctor Ambrosio de Lima, médico desta Corte, había defendido contra los informes siniestros del Protomedicato la inocencia deste trigo en extremo bien, a diez y seis de enero deste año mandó pregonar Su Excelencia, de *motu proprio*, el que, de aquí adelante, sembrasen el trigo blanquillo cuantos quisiesen, y rogó a quien puso las censuras contra su beneficio y cultivo el que las quitase y así se hizo, con notable aplauso de el pueblo y de los labradores.

Fue también común motivo de alegría a todos haberse traído a esta Ciudad la milagrosísima Imagen de Nuestra Señora de los Remedios el día veinte y cuatro de mayo deste presente año de noventa y dos, sin haber razón, al parecer, que obligase a tanto, así porque las aguas aún no faltaban, como porque las enfermedades no pedían tanto remedio siendo las de siempre y, siendo el amor que a esta venerable y prodigiosa hechura tiene todo México tiernísimo y cordialísimo, fue a este tenor la complacencia que con su vista regocijó los ánimos y con especialidad a los de la plebe que, divertida de ordinario en semejantes ocasiones, se olvida del comer por acudir a mirar.

En tan poco como esto se portó bien la plebe, y con alegría y con impaciencia y murmuración en lo que ya se sigue, como la ida del alguacil mayor, don Rodrigo de Rivera, a la Ciudad de Celaya. Fue con autoridad y comisión del Señor Virrey y para seguridad de las recuas que de aquella conducían el maíz a esta Ciudad; se decía el que venían de cuenta de Su Excelencia. Sin más fundamento que esta voz comenzó a presumir el vulgo, el que, más por su útil que por el de la República, trataba en ello. No les hacía fuerza, para que esto que presumían tan indignamente no fuese así, lo primero: la publicidad con que se ejecutaba; lo segundo: que, vendiéndose el de Toluca y Chalco a seis pesos la carga y después a siete, el de Celaya valía a cuatro y a cinco, por haber mandado Su Excelencia el que no se diese sino a costo y costas; y lo tercero: haberle encomendado a don Francisco de Morales, contador del Ayuntamiento, la razón continua desta dependencia, en cuya contaduría estaba siempre de manifiesto a los que en ella entraban […]

Los que más instaban en estas quejas eran los indios, gente la más ingrata, desconocida, quejumbrosa y inquieta que Dios crió, la más favorecida con privilegios y a cuyo abrigo se arroja a iniquidades y sinrazones, y las consigue. No quiero proseguir cuanto aquí me dicta el sentimiento, acordándome de lo que vi y de lo que oí la noche del día ocho de junio. Voy adelante. Ellos eran, como he dicho, los de mayores quejas y desvergüenzas, siendo así que nunca experimentaron mejor año que el presente estos de México, y la prueba es clara. Muchísimos españoles, los más de los negros y mulatos libres y los sirvientes de las casas todos comían tortillas, y éstas ni las hacían los sirvientes, ni los mulatos, ni los negros, ni los españoles, ni sus mujeres, porque no las saben hacer, sino las indias que, a montones en la plaza y a bandadas por las calles, las andaban vendiendo continuamente.

Por no hablar a poco más o menos en lo que quería decir, dejé la pluma y envié a comprar una cuartilla de maíz que, a razón de cincuenta y seis reales de plata la carga, me costó siete, y dándosela a una india para que me la volviese en tortillas, me trujo trescientas y cincuenta y, distribuyéndolas a doce por medio real como hoy se venden,

importaron catorce reales y medio y sobraron dos; lo que se gastó en su beneficio, no entrando en cuenta su trabajo personal, fue real y medio, y sé con evidencia que mintió en algo; luego, si en siete reales de empleo quedaron horros[108] por lo menos seis, siendo solas indias las que hacían las tortillas, ¿cómo podían perecer, como decían a gritos, cuando de lo que granjeaban con ellas no sólo les sobraba para el sustento en que se gasta poco, como todos saben, sino para ir guardando, y esto prescindiendo del continuo de los oficios y jornales de sus maridos? Luego, sólo esta ganancia tan conocida, y no la hambre, las traía a la alhóndiga en tan crecido número, que unas a otras se atropellaban para comprar maíz; luego, en ningún otro año les fue mejor.

A medida del dinero que les sobraba, se gastaba el pulque, y, al respecto de lo que éste abundaba entonces en la Ciudad, se emborrachaban los indios, y sabiendo de sus mujeres el que en la compra del maíz las anteponían aun a españoles, comenzaron a presumir en las pulquerías ser efecto del miedo que les teníamos semejante ocasión; oíanles al mismo tiempo, a los que no eran indios, cláusulas enteras del sermón pasado y, sin que les hiciese fuerza valer el maíz de Celaya cinco pesos y el de Chalco siete, instaban el que tenía alguna inteligencia con aquél el Señor Virrey. Desto que instaban, de aquello que oían y de lo del miedo que presumían y, discurrido todo en las pulquerías donde por condición inicua y contra Dios que se le concedió al asentista no entra en justicia, ¿qué pudo resultar que nos fuese útil? Acudían a ellas como siempre, no sólo indios, sino la más despreciable de nuestra infame plebe y, oyéndoles a aquellos, se determinaba a espantar (como dicen en su lengua) a los españoles, a quemar el Palacio real y matar, si pudiesen, al Señor Virrey y al corregidor; como con esto no les faltaría a los demás, que asistían a aquellas pláticas y que no eran indios, mucho que robar en aquel conflicto, presumo que se lo aplaudieron (por lo que vimos después).

Haber precedido todo esto a su sedición no es para mí probable, sino evidente, y no me obliga a que así lo diga, el que así lo dijo en su confesión uno que ajusticiaron por este delito y a quien, con nombre de Ratón, conocieron todos, sino lo que yo vi con mis ojos y toqué con mis manos. Mucho tiempo antes de ir abriendo la acequia nueva, que dije antes, se sacó, debajo de la puente de Alvarado, infinidad de cosillas

108. Libres.

supersticiosas. Halláronse muchísimos cantarillos y ollitas que olían a pulque, y mayor número de muñecos o figurillas de barro, y de españoles todas y todas atravesadas con cuchillos y lanzas que formaron del mismo barro, o con señales de sangre en los cuellos, como degollados.

Fue esto en ocasión que llegó a ver aquella obra el Señor Virrey a quien (y después al señor arzobispo en Palacio) se los mostré. Preguntáronme, uno y otro príncipe, que qué era aquello; respondí ser prueba real de lo que en extremo nos aborrecen los indios y muestra de lo que desean con ansia a los españoles, porque, como en aquel lugar fue desbaratado el marqués del Valle cuando en la noche del día diez de julio del año de mil quinientos y veinte se salió de México y, según consta de sus historias, se lo dedicaron a su mayor dios (que es el de las guerras) como ominoso para nosotros y para ellos feliz; no habiéndoseles olvidado aún en estos tiempos sus supersticiones antiguas, arrojan allí, en su retrato, a quien aborrecen, para que, como pereció en aquella acequia y en aquel tiempo tanto español, le suceda también a los que allí maldicen. Esto discurrí que significaban aquellos trastes, por lo que he leído de sus historias y por lo que ellos mismos me han dicho dellas cuando los he agregado; añado ahora que, siendo el número de aquellas figuras mucho y recientes, no fue otra cosa arrojarlas allí que declarar, con aquel ensaye, el depravado ánimo con que se hallaban para acabar con todos.

Los indios que andaban más solícitos en estas pláticas, según se supo después, eran los de Santiago, barrio que es ahora de la Ciudad y mitad de ella (con el nombre de Tlaltelulco), cuando en tiempo de la gentilidad tenía señor diverso del de México (entonces Tenochtitlán) que los gobernaba; y si esto es así (como verdaderamente lo es, pues se apellidaban con el nombre de Santiagueños en la fuerza del alboroto), no es ésta la vez primera que han intentado destruir a México donde al presente vivimos; pero ojalá, como entonces procedieron contra ellos y contra su Señor Moquihuix, los mexicanos, aun siendo bárbaros, se hubiera hecho ahora con unos y otros. Si fueron solos aquéllos los que motivaron con sus pláticas la sedición, no lo sé de cierto, sólo si sé que a ella concurrieron todos los indios plebeyos de México sin excepción alguna, y también sé que, antes que sucediera, allá a sus solas se previnieron.

No discurrían éstos sin fundamento, porque, sabiendo que así por falta del de Celaya (a causa de no hallarse mulas que lo trajesen)

como porque el que venía de Chalco era ya tan poco, que obligó a que fuese a aquella provincia el señor don Pedro de la Bastida para remediarlo; faltó también tal vez el maíz en la Alhóndiga como a las seis de la tarde y, admirándose de la algazara y ruido de las indias por esta causa, de las palabras desvergonzadas, descompuestas y deshonestísimas que proferían, de los pleitecillos que entre sí trataban sin lastimarse y a que acudían muchos indios como a componerlos, y de que resultaban grandes corrillos, les parecían premisas de algún tumulto y, como los que más de cerca atendían esto, veían que unas mismas indias venían todos los días y aun a tarde y a mañana a comprar maíz, ponderando lo mucho que llevaba cualquiera dellas y no ofreciéndoseles que era para revenderlo en tortillas, presumían que sólo lo hacían, para que faltase en la alhóndiga y tomar ocasión por esta causa para algún ruido.

Primeros disturbios en el granero público

Este acudir atropelladamente y con alboroto deste lugar a comprar maíz, comenzó el viernes y llegó el sábado, siete de junio, sobre tarde, a lo más que pudo; no había accidentalmente este día tantas medidas como se quisiera para satisfacerlas a todas, y a esta causa cargaron tantas sobre los que vendían que, embarazándose unas a otras por tomar lugar, les estorbaban absolutamente a aquéllos el poder medirlo; viendo éstos y los que, para cobrar el dinero, les asistían, no bastar voces y empujones para apartarlas y que, durante la confusión y apretura, por entre las piernas de las unas les tomaban otras el maíz a muy grande fuerza, echando mano a un azote no sé quién dellos, comenzó a darles. Consiguióse con esto el que se retirasen y se prosiguió la venta sin tanto ahogo, pero por breve rato, porque, haciendo punto una mozuela para que la despachasen primero que a otras, la siguieron con mayor tropel y confusión que antes cuantas allí estaban; enfadado de esto el que aún tenía el azote le descargó sobre la cabeza y espalda, así con el látigo como con el bastón donde pendía, diez o doce golpes y repartió otros muchos a las más cercanas.

Si eran desentonadas las voces que hasta allí habían dado, no sé qué diga que fueron las que, al ver golpeada a la compañera levantaron todas. Parecióles, a lo que juzgo, bastaba esto para que tuviesen

pretexto sus maridos para ejecutar sus designios y, olvidándose del maíz por que clamaban antes con tanto ahínco, tomaron a cuestas a la azotada y se salieron a la plaza a carrera larga. No hallaron allí los indios que ellas quisieran y, como no era la plebe de que gustaban la que acudió a sus gritos, pasaron adelante con su indizuela para atraerla; atravesaron toda la plaza, entraron por el cementerio de la Catedral y de allí volvieron a las casas arzobispales, a quejarse al señor arzobispo de que, no sólo no les daban maíz por su dinero y para su sustento, sino que a golpes habían hecho malparir aquella mujer.

Por no alborotar o no contristar a este piadoso príncipe con esta queja, las despidieron algunos de su familia con palabras suaves. Instaban ellas y, a repulsas destos, se encaminó toda la chusma, que pasaba de más de doscientas indias, al Palacio real. Llenáronse con ellas los corredores, pero no pasaron a los salones de Su Excelencia, como querían, porque la guardia alta de los alabarderos se lo estorbó. Volviéronse de aquí (sin que las acompañase ni un solo indio) a las casas arzobispales y aunque, por el tropel grande con que venían ahora, les cerraron las puertas superiores de la escalera, por donde no ha entrado mujer alguna desde que lo habita este venerable prelado, fue tal su instancia y su gritería, que consiguieron supiese Su Señoría Ilustrísima lo que les había pasado, pero con la adición del mal parto, que habían fingido, y con circunstancias de que ya expiraba la mozuela que traían en hombros. Envióles a decir con el intérprete de su juzgado, que allí se hallaba, el que se sosegasen y, juntamente, recaudo al corregidor de la Ciudad, o a quien estuviese en la alhóndiga, para que mirasen aquellas indias con compasión. Debía de ser más que esto lo que querían, pues se volvieron en mucho mayor tropa que antes al Palacio real, donde no entraron ni aun a los patios, porque la guardia baja de la infantería con voces y amenazas la echó de allí, y en breve rato no parecieron.

No les agradó tan ruidosa desvergüenza a los que vieron a las indias atravesando calles y mucho más a algunos caballeros particulares que casualmente se hallaban entonces en el Palacio. Era uno destos el chanciller de la Real Audiencia, don Francisco Pavón, nuestro antiguo amigo, y hablando della con don Alonso de la Barrera, caballerizo de su Excelencia, fue resulta de la sesión que entre sí tuvieron, avisarle a don Pedro Manuel de Torres, capitán de aquella Compañía, lo que había pasado; y no sé, si por otro o por este medio, tuvo plena noticia

de todo el suceso de aquella tarde el Señor Virrey. Dióle orden de que luego, al instante, que se previniese a sus soldados, con cuantas órdenes le pareciesen convenir, para todo trance; bajóse de la armería con buen recato cantidad de chuzos[109] y se cargaron todas las armas de fuego aquella noche; pero, a lo que yo presumo, con sola pólvora.

También mandó a los Señores Oidores, doctor don Juan de Aréchaga y Licenciado don Francisco Fernández Marmolejo, a quienes refirió los alborotos de aquella tarde y, como no se le halló otro motivo manifiesto a tan grande ruido, sino la poca providencia que se había tenido en la alhóndiga al repartir el maíz, salió determinado de aquella plática asistiese todas las tardes en ella un señor togado para que, con su presencia respetuosa, se compusiesen las que compraban con ansia y los que vendían con impaciencia, y les excusa sin pleitos. Ofrecióse para principiarlo el señor Aréchaga y, pareciéndole al señor Marmolejo ser más razón el que el ministro menos antiguo lo comenzase, por voto suyo se le encargó al señor doctor don Juan de Escalante y Mendoza, fiscal de la Sala del Crimen, el que luego el domingo siguiente lo hiciese así.

¿Quién podrá decir con toda verdad los discursos en que gastarían los indios toda la noche? Creo que, instigándolos las indias y calentándoles el pulque, sería el primero quitarle la vida, luego el día siguiente, al Señor Virrey; quemarle el Palacio sería el segundo; hacerse señores de la Ciudad y robarlo todo, y quizá otras peores iniquidades, los consiguientes, y esto, sin tener otras armas para conseguir tan disparatada y monstruosa empresa, sino las del desprecio de su propia vida, que les da el pulque, y la advertencia del culpabilísimo descuido con que vivimos entre tanta plebe, al mismo tiempo que presumimos de formidables ¡Ojalá no se hubiera verificado, y muy a nuestra costa en el caso presente, esta verdad, y ojalá quiera Dios abrirnos los ojos o cerrarle los suyos de aquí adelante!

COMIENZA EL MOTÍN

Amaneció finalmente (que no debiera) el fatalísimo día ocho de junio, domingo infraoctava de la solemnísima fiesta del Corpus Christi que ni en la alhóndiga, ni en parte alguna de la ciudad, se reconoció

109. Palo armado con un pincho de hierro, una especie de lanza.

en toda su mañana accidente alguno que motivase cuidado. Esto no obstante, sé, de persona que se halló presente, haberse levantado Su Excelencia de la mesa sin probar bocado, no porque a la noticia del día antes se le hubiese en el presente añadido otra, sino porque, quizá, el inminente riesgo en que se hallaba entonces (por la especial providencia con que atiende Dios a los Príncipes) inadvertidamente le inquietaba al ánimo. Si ya no es que, habiendo ido aquella misma mañana al convento de Santo Domingo a asistir a la misa y sermón para que le habían convidado los religiosos, al entrar por la Iglesia se levantó un murmullo no muy confuso entre las mujeres (pues lo oyeron los gentileshombres y pajes que le asistían, ¿cómo pudo Su Excelencia dejar de oírlo?), en que feamente le execraban y maldecían, atribuyendo a sus omisiones y mal gobierno la falta de maíz y la carestía de pan. Discurra cada cual cómo se quedaría y más, no pudiendo hacer otra cosa en esta desvergüenza, sino disimularla.

Este desasosiego, o, por mejor decir, su mucha religión le valió la vida, porque, saliéndose a cosa de las cuatro de la tarde de su Palacio, se fue a la iglesia de San Agustín en que asistió a la solemnidad del Santísimo Sacramento, y de allí a la de San Francisco, donde como siempre lo han estilado sus Excelentísimos predecesores, acompañó la Procesión con su acostumbrada modestia y se subió después al convento con los religiosos, a platicar un rato; pero después salió la señora Virreina a visitar la milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios, que, como ya le dije arriba a Vmd., se hallaba, por dicha grande de México, en la Catedral y, después de largo rato que allí se estuvo, se fue a las huertas de San Cosme a divertir la vista.

En conformidad de lo que se le había encargado la noche antes, asistió el señor fiscal, doctor don Juan de Escalante y Mendoza, a la alhóndiga toda la tarde, quiero decir, hasta poco más de las cinco, en que, habiéndose gastado quinientas fanegas que allí había, se acabó el maíz y se volvió a su casa. Compuso su presencia a los que vendían para que lo hiciesen con mansedumbre, pero no bastó para excusar la apretura excesiva de las que compraban, y con especialidad cuando reconocieron el que faltaba el maíz.

No juraré haber sido verdad el que, entre los empujones que unas a otras se daban en esta ocasión, cayó una en el suelo y, después de muy bien pisada, la levantaron casi sin respiración, como dicen

unos, o que, persuadieron a una vieja que allí estaba el que se fingiese muerta, como afirman otros. Lo que sí se sabe sin controversia, es que, echándose un indio a una india sobre los hombros y siguiéndola con mayor alboroto y estruendo que el día antes cuantas allí estaban, que eran muchísimas, se fueron saliendo hasta el Baratillo.

Es éste el centro donde concurren a vender trapos viejos y semejantes trastes, cuantas líneas de zaramullos se hallan en México y fue el motivo, como después se supo, irritarlos con la presencia de la india que llevaban muerta; acompañadas de algunos destos y también de indios, se fueron por en medio de la plaza a las casas arzobispales, donde instaban en que habían de ver al señor arzobispo, para mostrarle la india. Negábanles los lacayos la entrada a los corredores y porfiaban ellas con desvergüenza a querer entrar. Durante el tiempo desta contienda, que no fue mucho, estaban por allí dos estudiantillos y, acercándose a la india que traían cargada, le dijo el uno al otro estas formales palabras: "¡Mirad, hombre, cómo está sudando la pobre muerta!" Allegóse el otro a ella lo más que pudo y respondióle así: "¡No está muy muerta, porque pestañea un poco y tragó saliva!" "¿Qué sabéis vosotros de cómo están los muertos, perros estudiantes de modorro?" les dijo una india que les oyó la plática; "ahora moriréis todo México, como ella está". No aguardaron los muchachos otra razón y, entre la confusión horrorosa que allí había, se escabulleron. Refirióme esto un hombre honrado que se halló presente, y me aseguró, con juramento que le pedí, no sólo ser verdad lo que los estudiantes dijeron, sino el que poco antes le oyó decir a la muerta que la cargaran bien ¡Estos son los indios!

No debía de ser lo que precisamente querían, como clamaban, representarle al señor arzobispo su sentimiento, sino entretener el tiempo hasta que se llegase la noche; pero, siendo entonces las seis y pareciéndoles siglos aun los instantes, desampararon súbitamente aquel Palacio y se encaminaron a la plaza, que está muy cerca. Quedáronse las mujeres en la esquina de Providencia, común a las calles del Arzobispado y a la del Reloj, y pasó adelante una tropa de indios, hasta ponerse a la vista del balcón grande del Palacio real; no llegaban a cuarenta indios los desta tropa, según dicen uniformes cuantos los vieron, ni hicieron movimiento alguno por un buen rato. No sería esto por que se les azorase el ánimo el hacer refleja de la locura a que se arrojaban, sino por que se

les agregasen otros en mayor número, supuesto que, al mismo instante que creció el suyo, comenzó uno con grandes voces a decir contra el Señor Virrey las más atrevidas desvergüenzas y execraciones que jamás se oyeron y, sacando una piedra del seno, la tiró al balcón.

Como los compañeros no aguardaban otra cosa sino ésta, para romper el candado, alzando el grito con desvergüenzas mayores y desembrazando piedras contra aquel balcón perteneciente al cuarto de la Señora Virreina, en brevísimo rato lo destrozaron. Hallábase en él, cuando lo acometieron los indios, don Amadeo Isidro Seyola, mayordomo de Su Excelencia, y admirándose de que no saliesen los soldados a rebatirlos, atravesando cuartos y corredores, bajó a toda prisa al cuerpo de Guardia gritando "¡Al arma!" No halló allí diez o doce que las debiesen tomar y otros tantos que las tomarían voluntariamente y, armándose de chuzos unos y otros, salieron a la plaza, a rechazar a los indios, que serían entonces más de doscientos. Al primer acometimiento que les hicieron los nuestros, huyeron todos, así al abrigo de los cajones de mercaderes que en la plaza había, como al sagrado del cementerio de la Catedral, donde se presidiaron.

En este ínterin, saliendo de hacia donde está la horca una tropa de indios, destrozaron los puestos de vendedores que allí había, para que les quedase campo desocupado y, entre tanto, se subieron unos cuantos soldados a las azoteas con tercerolas[110] y, sin duda alguna para espantarlos, comenzaron a dispararles con sola pólvora. Reconociendo ellos el que así era, saltando y dándose grandes palmadas en las barrigas, "¡Tirad, tirad!", les decían a los soldados, "¡y si no traéis pelotas, echad tomates! ¿Por ventura nos espantan las bombas y los cohetes? Pues ¿qué se nos da de vuestros arcabuces? Tomad pelotas y mirad la fuerza que nos da el pulque para arrojarlas!" Y comenzaron con grande prisa y algazara a tirar las piedras. Al ruido que hicieron aquellos tiros, acudieron el alférez Joseph de Peralta y algunos pocos soldados que estaban cerca al cuerpo de guardia y, al estruendo y gritería de los indios, innumerables indios, así de los que disimuladamente estaban escondidos en la misma plaza, como los que venían de las calles recogiendo piedras. Fueron tantas las que éstos y los primeros descargaron sobre el buen viejo don Amadeo y sus compañeros, que les obligó a retirarse a Palacio y con notable riesgo, porque hasta

110. Armas de fuego más cortas que la carabina.

allí lo siguieron los sediciosos. Al instante que se reconocieron asegurados y con algún aliento, intentaron, no sólo con la ayuda del capitán don Pedro Manuel de Torres que, reprendiendo a los soldados que disparaban y allí se hallaban y de los otros pocos soldados que habían venido, sino con la de don Juan Altamirano de Velasco, conde de Santiago, y de algunos republicanos que acudieron presto a rechazarlos segunda vez; pero no se pudo porque, a las piedras que llovían sobre ellos, les faltó número y ya estaba mal herido el Alférez y dos soldados y, con los golpes de las piedras, molidos todos.

Persuádome a que, con sólo guarnecer cada puerta de Palacio con seis mosquetes, no se hubieran atrevido los sediciosos a llegar muy cerca, pero cuando Dios quiere, para nuestro castigo, que se yerre todo, aunque más discurran los hombres, nada se acierta. Imagina alguno, de los que allí estaban, el que, si se cerraban las puertas, se retirarían los indios, pues aun el mismo diablo hace lo propio cuando se las cierran; y quizá porque lo mandó, o porque la turbación y alboroto común lo persuadiría, se cerraron todas con tanta prisa que, quedándose en la plaza dos o tres soldados y cargando sobre ellos toda la chusma, los hicieron piezas. Los que estaban libres deste riesgo por encerrados, acudiendo unos al cuarto de su capitán que caía sobre el cuerpo de guardia a asegurar su hacienda, y los restantes, echando mano a los mosquetes y tercerolas y que allí se hallaban, subieron a las azoteas a cañonear los indios, pero, no hallándose ni aun una docena de balas entre todos ellos, aunque se dispararon algunos tiros y les arrojaron las piedras y maderas que allí había, no hizo cosa.

Sigüenza, testigo del motín

A nada, de cuanto he dicho que pasó esta tarde, me hallé presente, porque me estaba en casa sobre mis libros y, aunque yo había oído en la calle parte del ruido, siendo ordinario los que por las continuas borracheras de los indios nos enfadan siempre, ni aun se me ofreció abrir las vidrieras de la ventana de mi estudio para ver lo que era, hasta que, entrando un criado casi ahogando, se me dijo a grandes voces: "¡Señor, tumulto!" Abrí las ventanas a toda prisa y, viendo que corría hacia la plaza infinita gente, a medio vestir y casi corriendo, entre los

que iban gritando: "¡Muera el Virrey y el corregidor, que tienen atravesado el maíz y nos matan de hambre!", me fui a ella. Llegué en un instante a la esquina de Providencia y, sin atreverme a pasar adelante, me quedé atónito. Era tan extremo tanta la gente, no sólo de indios sino de todas castas, tan desentonados los gritos y el alarido, tan espesa la tempestad de piedras que llovía sobre el Palacio, que excedía el ruido que hacían en las puertas y en las ventanas al de más de cien cajas de guerra que se tocasen juntas; de los que no tiraban, que no eran pocos, unos tremolaban sus mantas como banderas y otros arrojaban al aire sus sombreros y burlaban otros; a todos les administraban piedras las indias con diligencia extraña; y eran entonces las seis y media.

Por aquella calle donde yo estaba (y por cuantas otras desembocaban a las plazas sería lo propio) venían atropellándose bandadas de hombres. Traían desnudas sus espadas los españoles y, viendo lo mismo que allí me tenía suspenso, se detenían; pero los negros, los mulatos y todo lo que es plebe gritando: "¡Muera el Virrey y cuantos lo defendieren!", y los indios: "¡Mueran los españoles y gachupines (son los venidos de España) que nos comen nuestro maíz!", y exhortándose unos a otros a tener valor, supuesto que ya no había otro Cortés que los sujetase, se arrojaban a la plaza a acompañar a los otros y a tirar piedras. "¡Ea, señoras!", se decían las indias en su lengua unas a otras, "¡vamos con alegría a esta guerra y, como quiera Dios que se acaben en ella los españoles, no importa que muramos sin confesión! ¿No es nuestra esta tierra? Pues ¿qué quieren en ella los españoles?"

No me pareció hacía cosa de provecho con estarme allí y, volviendo los ojos hacia el Palacio arzobispal, reconocí en su puerta gente eclesiástica y me vine a él; dijo el provisor y vicario general, que allí estaba, que subiese arriba y, refiriéndole al señor arzobispo en breve cuanto había visto, queriendo ir Su Señoría Ilustrísima a la plaza, por si acaso con su autoridad y presencia, verdaderamente respectable, cariñosa y santa, se sosegaba la plebe, con otros muchos que le siguieron, le acompañé. Precedía el coche (pero vacío, porque iba a pie) y bien arbolada la Cruz, para que la viesen, entró en la plaza. No pasamos de los portales de Providencia, porque, reconociendo habían ya derribado a no sé cuál de los cocheros de una pedrada y que, sin respeto a la Cruz que veían y acompañada de solos clérigos, nos disparaban piedras, se volvió Su Señoría y cuantos le acompañamos el paso largo; y poco

después de sucedido esto, se acabó el crepúsculo y comenzó la noche.

Por la puerta de los cuarteles, por la Casa de la Moneda, que está contigua, y por otras partes les había entrado algún refuerzo de gente honrada y de pundonor a los que, por estar encerrados en su Palacio, se tenían en su concepto por muy seguros, sin ofrecérseles el que, por falta de oposición, se arrojarían los tumultuantes a mayor empeño. Si es verdad haberse cargado la noche antes todos los mosquetes, como me dijeron, no debía de haber en Palacio otra alguna pólvora, y absolutamente faltaron balas, porque después de veinte y cinco o treinta mosquetazos que se dispararon desde la azotea, no se oyó otro tiro y como quiera que los que entraron de socorro iban sin prevención y de los pocos soldados que allí se hallaron, dos o tres estaban muy mal heridos, otro quebrada la mano izquierda, por haber reventado una tercerola, y los restantes apedreados de pies a cabeza y lastimados, no sirvieron de cosa alguna los auxiliares, no por no venir con bocas de fuego con que no se hallaban, sino por no tener quién los gobernase y les diesen armas, como ellos dicen; y por último, todo era allí confusión, alboroto y gritos, porque, por no estar en casa Su Excelencia, no había en ella de su familia sino dueñas y otros criados y no era mucho que fuese así, cuando, faltando los soldados (ya cuartelados en Palacio) a su obligación, ni aun para tomarle las armas a su capitán general cuando volviese a su Palacio, se hallaron entonces en el cuerpo de guardia, como entre infantería bien disciplinada se observa siempre.

Al instante que se cerraron las puertas y se halló la plebe sin oposición alguna, levantó un alarido tan uniformemente desentonado y horroroso, que causaba espanto, y no sólo sin interrupción, pero con el aumento que, los que iban entrando nuevamente a la plaza grande y a la del Volador, le daban por instantes, se continuó con asombro de los que lo oían, hasta cerrar la noche. Parecióme hasta ahora, según la amplitud de lo que ocupaban, excederían el número de diez mil los amotinados; y como después de haber dejado al señor arzobispo en su Palacio, depuesto el miedo que al principio tuve, me volví a la plaza, reconocí con sobrado espacio (pues andaba entre ellos) no ser solos indios los que allí estaban, sino de todos colores, sin excepción alguna, y no haberles salido vana a los indios su presunción cuando para irritar a los zaramullos del Baratillo y atraerlos al mismo tiempo a su devoción, pasaron a la india que fingieron muerta por aquel lugar. Se prueba

con evidencia que por allí andaban, pero no ellos solos sino cuantos, interpolados con los indios, frecuentaban las pulquerías que son muchísimas, y quienes a voz de todos, por lo que tendrían de robar en esta ocasión les aplaudieron días antes a los indios lo que querían hacer.

En materia tan en extremo grave como la que quiero decir, no me atrevería a afirmar asertivamente haber sido los indios los que, sin consejo de otros, lo principiaron, o que otros de los que allí andaban, y entre ellos españoles, se lo persuadieron. Muchos de los que lo pudieron oír dicen y se ratifican en esto último, pero lo que yo vide fue lo primero. Con el pretexto de que le faltan propios a la ciudad (y verdaderamente es así), arrendaba el suelo de la plaza (para pagar los réditos de muchos censos que sobre sí tiene) a diferentes personas y tenían éstas en ella más de doscientos cajones de madera, fijos y estables los más de ellos, con mercaderías de la Europa y de la tierra y en mucha suma, y no con tanta los que restaban, por ser vidrios, loza, especies, miniestras y cosas comestibles lo que había en ellos. Lo que quedaba de la Plaza sin los cajones, se ocupaba con puestos de indios, formados de carrizo y petates, que son esteras, donde vendían de día y se recogían de noche, resultando de todo ello el que una de las más dilatadas y mejores plazas que tiene el mundo, algunas les pareciese una mal fundada aldea, y zahúrda a todos. Muy bien sabe Vmd., pues tantas veces lo ha visto ser así, y también sabe el que siempre se ha tenido por mal gobierno permitir en aquel lugar (que debe estar por su naturaleza despejada y libre) semejantes puestos, por ser tan fácilmente combustible lo que los forma y tanta la hacienda que en los cajones se encierra.

Incendio del palacio rReal y del cabildo

Con este presupuesto, como no conseguían con las pedradas sino rendirse los brazos sin provecho alguno, determinaron ponerle fuego a Palacio por todas partes, y, como para esto les sobraba materia en los carrizos y petates que, en los puestos y jacales que componían, tenían a mano, comenzaron solos los indios y indias a destrozarlos y a hacer montones, para arrimarlos a las puertas y darles fuego; y en un abrir y cerrar de ojos lo ejecutaron. Principióse el incendio (no sé el motivo)

por el segundo cajón de los que estaban junto a la fuente del Palacio, sin pasar a otro, y siendo sólo azúcar lo que tenía dentro, fue desde luego la llama vehemente y grande. Siguióse la puerta del patio, donde están las Salas de Acuerdos y de las dos Audiencias, las Escribanías de Cámara y Almacenes de Bulas y Papel sellado; después desta, la de la Cárcel de Corte, que había cerrado el alcaide al principiarse el ruido y quien, o los que en su cuarto asistían, no pudieron estorbarlo a carabinazos; luego, la del patio grande en que está la vivienda de los Virreyes, la Factoría, Tesorería, Contaduría de Tributos, Alcabalas y Real Hacienda, la Chancillería y Registro, el Tribunal de Bienes de Difuntos, el Almacén de Azogues y Escribanía de Minas y el cuerpo de guardia de la compañía de infantería, pero ¡qué compañía! Con la misma pica del Capitán -que al cerrar las puertas se quedó fuera- o, por mejor decir, con unas cañas ardiendo, que en ella puso, incendió un indio (yo lo vide), el balcón grande y hermosísimo de la Señora Virreina.

Como eran tantos los que en esto andaban y la materia tan bien dispuesta, entrando los Oficios de los Escribanos de Provincia, que también ardían, no hubo puerta ni ventana baja en todo Palacio, así por la fachada principal que cae a la plaza como por la otra que corresponde a la plazuela del Volador, donde está el patio del Tribunal de Cuentas y en ellos Oficios de Gobierno, Juzgado general de los indios y la Capilla Real, en que no hubiese fuego. Esto era por las dos bandas que miran al Occidente y al Mediodía, y por las del Oriente y el Septentrión, donde se halla la puerta de los cuarteles del parque y la del jardín, que también quemaron, se vio lo propio ¡Cuál sería la turbación y sobresalto de los que en él se hallaban, y al parecer seguros, viéndose acometidos de tan implacable enemigo por todas partes! ¡Cuánto mejor les hubiera sido defender las puertas, que exponerse a la contingencia de quemarse vivos! Pero, considerando que me responden les faltaba pólvora y que alcanzaban más las piedras que sus espadas y chuzos me parece impertinencia el reprenderlos. Voy a otra cosa.

No oyéndose otra voz entre los sediciosos sino: "¡Muera el Virrey y el Corregidor!", y estando ya ardiendo el Palacio por todas partes, pasaron a las casas del Ayuntamiento, donde aquél vivía, a ejecutar lo propio. Valióle la vida y a su esposa, no estar en ella, pero fue su coche primero a que se arrojaron y a que pusieron fuego; y mientras éste lo consumía, lo trujeron rodando por toda la pla-

za como por triunfo. En el ínterin que, en esto y en matar después a las mulas que con desesperación lo conducían porque se quemaba, se ocupaban unos, arrimaron otros a los Oficios de los Escribanos Públicos, al del Cabildo, donde estaban los libros del Becerro[111] y los Protocolos, al de la Diputación, a la alhóndiga, a la Contaduría, a la Cárcel Pública, grandes montones de petate, carrizo y tablas y, encendiéndolos todos a un mismo tiempo, excedieron aquellas llamas a las de Palacio por más unidas.

No fue el tiempo que gastaron en esto ni un cuarto de hora, porque al excesivo número de los que en ello andaban, correspondía la diligencia y empeño con que lo hacían, y es muy notable que, desde las seis de la tarde que empezó el ruido hasta este punto, que serían las siete y media, trabajaron con las manos y con la boca con igual tesón. Con aquéllas, ya se ha visto lo mucho que consiguieron, y no fue menos lo execrable y descompuesto que con ésta hablaron. No se oía otra cosa en toda la plaza, sino "¡Viva el Santísimo Sacramento! ¡Viva la Virgen del Rosario! ¡Viva el Rey! ¡Vivan los Santiagueños! ¡Viva el pulque!"; pero a cada una destas aclamaciones (así acaso no eran contraseñas para conocerse) añadían: "¡Muera el Virrey! ¡Muera la Virreina! ¡Muera el corregidor! ¡Mueran los españoles! ¡Muera el mal Gobierno!"; y esto, no tan desnudamente como aquí lo escribo, sino con el aditamento de tales desvergüenzas, tales apodos, tales maldiciones contra aquellos príncipes, cuales jamás me parece pronunciaron hasta esta ocasión racionales hombres. En este delito sé muy bien, pues estaba entre ellos, que murieron todos, pero no en quemar las casas del Ayuntamiento y Cabildo de la Ciudad y el Palacio, solos los indios.

Empieza el saqueo

Ya he dicho que los acompañaban los zaramullos del Baratillo desde el mismo instante que pasaron, con la india que fingieron muerta, por aquel lugar y, como casi todos los que asisten o compran a

111. Códices en los que eran copiados los privilegios de iglesias y monasterios, en este caso, del Ayuntamiento. Se decían así por estar encuadernados o forrados con piel de becerro.

los muchachos y esclavos lo que en sus casas hurtan, o son ellos los que lo hacen, cuando el descuido ajeno o su propia solicitud les ofrece las ocasiones, no hallando otra más a propósito que la que tenían entre las manos para tener qué jugar y con qué comer no sólo por días sino por años, mientras los indios ponían el fuego (como quien sabía, por su asistencia en la Plaza, cuáles eran de todos los cajones los más surtidos), comenzaron a romperles las puertas y techos, que eran muy débiles, y a cargar las mercaderías y reales que allí se hallaban.

No les pareció a los indios que verían esto el que quedaban bien si no entraban a la parte en tan considerable despojo y, mancomunándose con aquéllos y con unos y otros tantos mulatos, negros, chinos, mestizos, lobos y vilísimos españoles, así gachupines como criollos, allí se hallaban, cayeron de golpe sobre los cajones donde había hierro y lo que dél se hace, así para tener hachas y barretas con qué romper los restantes, como para armarse de machetes y cuchillos, que no tenían. No se acordaron éstos desde este punto de las desvergüenzas que hablaban, ni los indios y indias de atizar el fuego de las casas de Ayuntamiento y de Palacio y de pedir maíz, porque les faltaban manos para robar. Quedaba vacío un cajón en un momento de cuanto en él había, y en otro momento se ardía todo, porque los mismos que llevaban lo que tenían le daban fuego y, como a éste se añadía el de todos los puestos y jacales de toda la plaza que también ardían, no viendo sino incendios y bochornos por todas partes, entre la pesadumbre que me angustiaba la alma, se me ofreció el que algo sería como lo de Troya, cuando la abrasaron los griegos.

En vez de rebato, se tocaba a esta hora en todas las iglesias a rogativa, y pareciéndoles a los reverendos padres de la Compañía de Jesús y de la Merced el que podrían servir sus exhortaciones para que se compusiese la plebe, acompañando aquéllos a un Santo Cristo y rezando el rosario a coros con devota pausa, y éstos a una imagen de María Santísima, a quien cantaban las letanías con suave música, se vinieron a la plaza en comunidad; pero, como entonces llovían piedras por todas partes, desbaratado el orden religioso con que venían, se distribuyeron unos y otros a diferentes sitios, donde, aunque más predicaban, era sin fruto, porque o no los atendían o los silbaban.

No se espante Vmd. de que fuese así, cuando hicieron con el Venerabilísimo Sacramento del Altar casi otro tanto. Habíalo saca-

do del Sagrario de la Catedral, al comenzarse el incendio, el doctor don Manuel de Escalante y Mendoza, tesorero de la misma Iglesia, y acompañado de clérigos y de españoles, pensando seguiría a su Dios y Señor toda la plebe, se arrojó a la plaza; pero, empeñados en tirar piedras, en poner fuego y en robar los cajones, los que en ella estaban, ni le doblaban la rodilla ni le adoraban; sólo unos, que habían comenzado a quemar el magnífico Palacio nuevo del marqués del Valle, a persuasiones eficacísimas de don Manuel y a la presencia temerosa y venerable de aquel Señor, ellos mismos lo apagaron y sin duda, para ir a robar a la plaza, se retiraron de allí.

Temerosos quizá de lo que después sucedió, estaban los más de los dueños de los cajones entre la plebe desde el principio del ruido, pero, no habiendo riqueza alguna que prepondere a la vida del miedo de perderla, viendo y aun llorando la impiedad con que les llevaban su hacienda, callaban unos; "¡Ea hijos, pues así lo quiere nuestra desdicha y vuestra fortuna, aprovechaos muy en hora buena!", decían otros. No faltó alguno que se robó a sí mismo, porque, entrándose a vuelta de los amotinados en su cajón, como quien sabía dónde estaba lo más precioso, se cargaba dello y echaba a huir, y lo mismo hacían los indios y el innumerable resto de zaramullos; pero los que antes se habían conformado para el tumulto cuanto se ha visto, comenzaron poco después, no en común sino en particular, a desavenir. Se malició que, reconociendo los que no eran indios, lo mucho que éstos y sus mujeres habían cargado, llegándose a éstos con disimulo, con cualquier cosa de los que en los cajones de hierro habían hurtado, si ya no era con espadas los que las tenían, los atravesaban con ligereza y acudiendo como a favorecerlos cuando caían, los desvalijaban de lo mejor y se retiraban.

Murieron algunos indios de esta manera y a lo que yo presumo, y muchos más en número. Como ya digo, precedió al saqueo de los cajones haber dejado de tirar piedras por largo rato cuantos las arrojaban, no por otra cosa, que por tener ya los brazos casi sin fuerza, o porque, para quemar el Palacio y casas de Ayuntamiento, les servía de estorbo. Al mismo instante que los españoles, que estaban en las bocas de las calles, en el cementerio de la Catedral y en otras partes, los reconocieron, se fueron interpo1ando con los tumultuantes y como éstos, cargados de mercaderías y de riqueza no sólo se iban saliendo

de la plaza atropelladamente, sino que mofaban con mucha risa de los que entraban y les decían: "¡Españoles de porquería, ya vino la flota! Andad, mariquitas, a los cajones a comprar cintas y cabelleras", arrepentidos éstos de haberse estado mirando mano sobre mano tanto destrozo, o avergonzados de oír estas ignominias y otras peores, y sobre todo, con el seguro de que ya no había pedradas, unos con carabinas y con espadas otros dieron en ellos.

Sucedió lo mismo cuando, entrando el Conde de Santiago con muchos de su familia y diversos hombres honrados, por una parte, y por otra, don Antonio Deza Ulloa, caballero del Orden de Santiago, y don José de Urrutia, contador aquél y tesorero éste, de la Real Hacienda, y otras muchas personas nobles, dieron una buena carga de carabinazos a los que robaban; pero, no hallando en ello resistencia alguna, porque sólo atendían a cargar y a irse, y también porque, oponiéndoseles los padres de la Compañía, que por allí andaban y, así con súplicas, como cubriéndolos con los manteos como si fuese a unos inocentes los patrocinaban, por no perder tiempo, se pasaron a Palacio a ocuparse en algo.

Paréceme, por los cuerpos que poco después vide tendidos junto a la Catedral, que eran diez y nueve, y por otros que (con ocasión de haber andado acompañando al Santísimo Sacramento cuando, después del doctor don Manuel de Escalante, lo tomó en sus manos el licenciado don Antonio de Aunsibay, provisor y vicario general deste obispado) no sólo hallé tirados por aquella plaza, sino que los toqué con mis manos, porque, habiéndome puesto no sé quién el Santo Óleo en ellas, ungí a trece que estaban vivos y confesé a tres, pasaría de cincuenta el número de muertos en aquel contorno, sin algunos que se sabe con evidencia que, por empeñarse en el saqueo de los cajones cuando se quemaban, se abrasaron vivos, y sin muchísimos a quienes, por quitarles los que estaban por las calles lo que llevaban hurtado, o los mataban o los herían, según (por lo que se supo de los que fueron a curarse a los hospitales y después entraron en sus iglesias y en otras) se discurre ahora.

Pudieron hacer mucho, para ejemplar castigo, éstos que se hallaban por todas las calles generalmente pero, con especialidad en la de la Acequia, el excesivo y continuo número de canoas que en ella hay siempre, cargadas de cuantas riquezas les arrojaban (¿quién podría hacer

esto sino sus dueños?), se salieron sin resistencia; y la que he dicho que por las calles hubo, sólo se hizo a indios y esos borrachos, porque, largando los más dellos a un solo grito lo que llevaban, daban a huir, muy al contrario de los que no eran indios que, defendiendo con desesperación lo que les intentaban quitar, se hacían lugar por donde querían.

Al mismo punto que se arrojaron al incendio y robo de la Plaza, se olvidaron de las casas de Ayuntamiento y del Palacio real, y con esto se les facilitó a muchas personas, de las primeras de México, el acercarse a él. Ayudaron a los encerrados a apagar el fuego en la puerta de los cuarteles, en la del parque, en la del patio del Tribunal de Cuentas y en algunas ventanas y balcones donde aún no era mucho y, quedando en aquéllas bastantes guardias, se entraron dentro y, presumiendo que los particulares que allí vivían tendrían ya asegurados del incendio todos sus trastes, como así era, pasaron a los cuartos de los Señores Virreyes, donde las pocas dueñas y damas que allí se hallaban, con asistencia de algunos de la familia y de sus criados, comenzaban con alhajas de sus amas a hacer lo propio. Ayudáronles a esto valientemente, y con tanto mayor empeño y resolución cuanto las llamas, que por el balcón grande y portales de Provincia entraban ya a las recámaras, eran entonces en extremo grandes y voracísimas. No se perdió de cuantos papeles había allí de suma importancia ni uno tan sólo. Cargáronse todos de lo menos brumoso y de más valor y, encomendando lo restante y asegurado a algunos soldados y personas fieles, sacaron por una casa, que está inmediata al jardín, a aquellas damas y dueñas y otras mujeres y gente tímida y, atravesando por entre los muchos tumultuantes que en la calle había, las condujeron al Palacio del señor arzobispo, que está allí enfrente.

Actuación de Sigüenza durante el motín

Yo también me hallé entonces en el Palacio porque, entregándole el Santo Óleo a un ayudante de Cura, me vine a él; pero, no siendo esta carta relación de méritos propios sino de los sucesos de la noche del día ocho de junio, a que me hallé presente, excusaré, desde aquí para lo de adelante, referirme nudamente lo mucho (o nada, o lo que quisieron émulos que nunca faltan) que, sin hacer refleja a mi estado, hice espontánea y graciosamente y sin mirar al premio, cuando, ya con una

barreta, ya con una hacha, cortando vigas, apalancando puertas, por mi industria se le quitaron al fuego de entre las manos no sólo algunos cuartos de Palacio, sino tribunales enteros, y de la Ciudad su mejor archivo. Basta con esto lo que a mí toca.

Si los que tenían libertad para poder huir, sólo por el fuego que los cercaba a distancia larga, estaban aún con mayores ansias y congojas que las que he dicho, ¡cuáles serían las de los presos de la Cárcel de Corte, y aprisionados muchos, viendo que, al mismo instante que ardió la puerta, se llenaron todas las salas de espeso humo y se ahogaban todos! Salir por donde entraron era imposible, porque el zaguán en breve rato parecía un horno; por las paredes de su pequeño patio tenía más de veinte varas de alto, era lo mismo; con que, ayudando al alcaide y porteros que estaban con todos ellos en igual peligro, rompieron los candados de las puertas por donde se entra a la Sala de Tormentos y destas a las de los Alcaldes y, casi ya sin aliento y respirando fuego, salieron a los corredores y de allí a los patios, donde, con ayuda de otros o con sus propias habilidades, se quitaron las prisiones y quedaron libres; ofreciéndoseles a todos ellos uniformemente (y discurrieron ellos bien) el que les serviría de mérito para compurgar sus delitos la fidelidad con que procediesen, y sin que se lo pagasen ni uno tan sólo a la plebe tumultuante, pudiendo hacerlo, destruyéndose por las azoteas y por otras partes, trabajaron aquella noche y parte del día siguiente incesantemente y consiguieron, aun no tanto por este servicio cuanto por la benignidad de quien pudo hacerlo, la remisión de sus culpas. Mientras se va quemando el Palacio, voy yo a otra cosa.

El Virrey se encontraba en un convento durante el motín

La noticia del acometimiento que le hicieron los sediciosos y de la confusión y alboroto que en la plaza había, halló al Señor Virrey en el convento de San Francisco. La voz primera que allí se oyó, atribuyó a travesura de muchachos lo que había sido, y afirmó la segunda no ser sino movimiento gigante de todo México, conspirando, sin excepción de personas, para quitarle la vida a Su Excelencia, como lo decían a voces. Hallábanse allí (sin el caballerizo don Alonso de la Barrera y algunos pajes) don Juan de Dios de Medina Picazo y don Alonso Morales, alcaldes ordinarios de la Ciudad, y los regidores don Juan de

Aguirre Espinosa y don Bernabé Álvarez de Itay; como a esta noticia la acompañó desde luego el desentonado estruendo que por las calles se oía, aunque reconoció ser la turbación de los que allí estaban cuanta pudo ser, dejó al instante Su Excelencia la silla, para salir a la calle, pero, corriendo algunos religiosos a cerrar las puertas y otros (con los caballeros que he referido) a detenerlo, arguyéndole de homicida de sí mismo, si tal hacía y ponderándole lo que su vida importaba y con promesa de que irían en persona a saber lo que era, lo detuvieron allí.

Durante esto, llegó a refugiarse al mismo convento de San Francisco Su Excelentísima esposa, porque, al venirse ya a su Palacio por aquella calle, reconocieron los cocheros desde muy lejos lo que en la plaza había y, sin discurrir con certidumbre lo que podía causarlo y atravesando calles con diligencia por estar a sotavento de aquel convento, consiguieron llegar a él sin desmán alguno y con notable dicha, supuesto que casi atropellaban a los que corrían para la plaza sin advertirlo ellos.

Por instantes crecía el alboroto en las calles, según se percibía distantemente desde allá dentro, y también se oían los mosquetazos que en Palacio se dispararon, y todo esto con noticia cierta de no haber otra voz entre los indios y plebeyos, que también se supo eran los sediciosos, sino de que muriese el Virrey porque faltaba el maíz ¡Oh, qué aflicción sería la de este príncipe, viéndose allí encerrado! Los suspiros y tiernas lágrimas de su afligida esposa, por una parte; por otra, la refleja a la ingratitud de la plebe para cuyo sustento se afanó tanto; y por otra, la ciencia de la ninguna prevención y armas de los que allí estaban. Con discursos, que mutuamente se embarazaban, lo tenían suspenso y sobre todo, no queriendo abrir las puertas del convento los religiosos, por parecerles ser esto lo que, por estar allí Sus Excelencias, a quienes buscaba la plebe para quitarles la vida, se debía hacer, no había modo para que saliesen los pocos que le asistían, a ejecutar sus órdenes y repartir a otros las que juzgó necesarias.

Como por estar en la plaza toda la plebe se minoró el concurso en aquella calle, movidos de los golpes con que las más ilustres personas de México, dando al mismo tiempo sus nombres, las hacían pedazos, se las franqueaban los religiosos que las guardaban con grande recato. Ofreciéronse todos y también sus vidas a Sus Excelencias y, sabiéndose dellos menudamente lo que había pasado y con especialidad el que, sin acordarse del Palacio y casas del Ayuntamiento, que

por todas partes ardían, se habían ya arrojado los sediciosos a robar los cajones de la plaza y a ponerles fuego, le ordenó al conde de Santiago, a don Antonio de Deza y Ulloa y a los que antes dije que, apellidando el nombre de Su Majestad y de su Virrey, luego al instante se volviesen a la plaza con cuanta gente pudiesen, así para desalojar della a los sediciosos, como para asegurar del incendio la Caja Real y los Tribunales; y cumpliendo todos sus muy honradas obligaciones y con el orden dado, hicieron prontamente lo que queda dicho.

Aunque al mismo instante que se acabó el pillaje cesó el tumulto, habiéndose retirado los que causaron a guardar sus robos, con todo, por evitar en la falta del maíz del día siguiente mayor escándalo, despachó Su Excelencia (perseverante el ruido) al regidor don Juan de Aguirre Espinosa a la provincia de Chalco, para que hiciese amanecer en México cuanto maíz se hallase; a don Francisco de Sigüenza a escoltar, desde donde las encontrase, hasta esta ciudad, las recuas que venían de Celaya y de la tierra adentro; encargó al mariscal don Carlos de Luna y Arellano visitase aquella noche todas las panaderías de México, para que se amasase en ellas, para el día siguiente, triplicado pan del que solían antes; a otros envió a las carnicerías y aun a las huertas. Para que no faltase verdura, fruta y hortalizas, despachó a otros y no sólo esto hizo, sino también correos a la Puebla de los Ángeles y a diferentes partes donde, por ser general y mayor que en México la carestía y sus vecinos muchos, pudiera un ejemplar tan pernicioso y abominable como el presente irritar los ánimos, se hallara sin prevención a los que debían tenerlas.

Daños producidos por los amotinados y por el fuego

En estas cosas se pasó la noche, pero no era necesario que amaneciese para ver y llorar con suspiros dolorosos lo que el fuego hacía. Perseveró éste hasta el martes con vehemencia notable y, para decir en breve lo que de necesidad pedía relación muy larga, quemóse la mayor parte de los portales y Oficios de Provincia y en ellos algunos papeles; algo de los cuartos del Señor Virrey; todos los que caían sobre el zaguán de la puerta principal del cuerpo de guardia; toda la cárcel con sus entresuelos, donde perecieron tres criaturas y una mujer; la Sala de Tormentos; la del Crimen; la Menor Cuantía; la Escribanía más

antigua de Cámara con sus papeles todos; la de la Real Audiencia y en ellas cuantas colgaduras, alfombras, lienzos, relojes, libros, papeles y adornos había; quemóse la armería toda y algunas armas ¡Déle Dios mucha vida, pero mejor es el cielo, a quien, derribando puertas por una parte, esforzándole al fuego el que respirase, libró la Sala del Real Acuerdo y el Tribunal de Cuentas!

Mayor fue el estrago de las casas de Ayuntamiento, pues las abrasaron todas, quiero decir, la vivienda de los corregidores, la contaduría de propios, el Oficio de la Escribanía de Cabildo y la sala de Ayuntamiento, y cuanto por lo bajo correspondía a esto y era parte de la alhóndiga, el Oficio de la Diputación y Fiel Ejecutoría, los de los Escribanos Públicos y en ellos y en el del Mayor del Cabildo cuantos papeles había, así de lo que estaba corriente como de los protocolos, antiguos libros de censos, mayorazgos y semejantes cosas. Repito otra vez el que Dios le dé el cielo a quien, entre tantas llamas, sacó y aún tiene en su poder los libros capitulares, únicamente privilegiados en tan voraz incendio. Quemáronse también algunas tiendas (y cuanto había en ellas) pertenecientes a los propios de la Ciudad y, finalmente, discurrido el destrozo con madurez y juicio, pasa el valor del robo y de lo que arruinó el fuego de tres millones.

Medidas del virrey después del motín

Acompañados del Ilustrísimo señor arzobispo, de los ministros togados, de los Títulos y de primera nobleza, y también de inmensa plebe que, con disimulo o arrepentimiento de lo pasado, les deseaban vida en públicas aclamaciones, salieron los Señores Virreyes del convento de San Francisco y se vinieron a hospedar al Palacio nuevo del marqués del Valle. No constaba la disposición con que estarían los ánimos de los tumultuantes y, aunque hasta ahora se hallaba en arma la Ciudad toda, nombró Su Excelencia, sin dilación, los cabos de milicia que le pareció convenir. Abriéronse listas para dos compañías de caballería que estuviesen al sueldo, para rondar la Ciudad y presidiar el Palacio; distribuyéronse las del batallón donde pareció y, por último, se le imposibilitó a la plebe otro movimiento y, arrojando el barrio de Santiago luego aquel lunes y el siguiente martes algunas tropas,

aunque lo hallaron despoblado, se aparejaron algunos indios (y para proseguirlo después como se hizo con algún logro) se comenzó a recobrar parte de lo que habían robado.

Los que se habían salido de la Ciudad la misma noche del domingo, aunque les sobraba la ropa y dinero, no les acompañaba el sustento y, acometiendo a algunas canoas que venían navegando desde Chalco con provisión de maíz, las dejaron sin grano; pero con la actividad con que don Juan de Aguirre y don Francisco de Sigüenza, mi hermano, introdujeron, aquél en otras canoas y éste en las recuas que halló muy cerca, no sólo suficiente sino sobrado maíz, pudo abundar aquel día y quedar para otros en la Ciudad, si Su Excelencia, sin más consejeros que su caridad y misericordia, no hubiera mandado que a todos, y con especialidad a la ingrata, traidora chusma de las insolentes indias, se les repartiese graciosamente y sin paga alguna cuanto hubiese entrado.

Es verdaderamente digna de elogio esta acción tan cristiana, pero merece por otro este excelente príncipe cuantos en todos tiempos les formó la elocuencia a los mayores héroes. Como nunca (entrando el tiempo de su gentilidad) llegó la borrachera de los indios a mayor exceso y disolución que en aquestos tiempos en que, con pretexto de lo que contribuyen al Rey Nuestro Señor los que conducen, abunda más el pulque en México, sólo en un día que en un año entero cuando la gobernaban idólatras. Al respecto de su abundancia no había rincón, muy mal he dicho, no había calles ni plaza pública en toda ella, donde, con descaro y con desvergüenza, no se le sacrificasen al demonio muchas más almas con este vicio, que cuerpos se le ofrecieron en sus templos gentílicos en los pasados tiempos; las muertes, los robos, los sacrilegios, los estupros, las bestialidades, las supersticiones, las idolatrías, contra que tantas veces se declamó en los púlpitos y se escribió en los libros, ¿quién duda que tenían ya (si así se puede decir) enfadado a Dios, y quién duda que, tomando por instrumento a los consentidos, quiso hacer un pequeño amago para castigar a un lugar donde tanto se le había ofendido en esta línea? Si falta enmienda perfeccionara su justicia.

Desde el instante mismo que se principió el tumulto, inspirados quizá del cielo, levantaron todos el grito: "¡Este es el pulque!", y ofrecióselo lo propio al mismo tiempo al Señor Virrey (quien mucho antes, detestando las consecuencias que de su abuso se siguen, había escrito

al Rey Nuestro Señor dilatadamente) y, pareciéndole que obsequiaría a Su Majestad obsequiando a Dios, mandó el lunes mismo por la mañana, nueve de junio, el que ni una sola carga de pulque le entrase en México, y con parecer del Real Acuerdo, después cooperando a ella el Ilustrísimo señor arzobispo, algunos de sus sufragáneos, los Cabildos Eclesiástico y Secular, la Real Universidad, los Colegios, las Religiones, los hombres doctos y aun, de los propios indios los pocos que conservaban algo de nobleza antigua, hasta dar cuenta dello al Rey Nuestro Señor, lo prohibió en México absolutamente.

Habiéndose cogido cuatro indios en los mismos cuarteles de Palacio al ponerles fuego y confesando, sin tormento alguno, haber sido cómplices en el tumulto y cooperado al incendio, menos a uno que con veneno la noche antes se mató a sí mismo, el miércoles once por la mañana, los arcabucearon; ahorcaron a cinco o seis; quemaron a uno y azotaron a muchos en diferentes días; y juzgo que se va procediendo contra otros que se hallan presos.

Las alarmas falsas, los miedos, las turbaciones de todo México en aquella semana y quizá después pedían para su expresión relación muy larga, pero no obstante vivían los pusilánimes con algún consuelo, discurriendo el que, aunque faltasen los españoles a su defensa, siendo mortales enemigos de los indios de México los de Tlaxcala, en ocasión de rompimiento grande los tendrían seguros y, corriendo voz de los que forman república se le habían enviado a ofrecer al Señor Virrey, se alegraron todos […]

Éste es el estado en el que nos hallamos y ésta es mi carta. Si le pareciera a Vuestra Merced el imprimirla para que, en esa Corte y en esos reinos sepan todos con fundamento lo que otros habrán escrito con no tan individuales y ciertas noticias, desde luego consiento en ello, presuponiendo el que no se le añada ni se le quite ni una palabra, y si no fuere deste modo, no salga a luz. Goce de Nuestro Señor a Vuestra Merced, amigo y señor mío, muy dilatados años y esto con muy perfecta salud y descanso en todo.

México y agosto 30 de 1692.

Don Carlos de Sigüenza y Góngora

Bibliografía

Leonard, Irving A., *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII*, México, FCE, 1984.

O'Gorman, Edmundo, «Datos sobre don Carlos de Sigüenza y Góngora (1669-1677)», *Boletín del Archivo General de la Nación*, vol. 15, núm. 4, 1944, pp. 595-612.

Pérez Salazar, Francisco, *Biografía de Don Carlos de Sigüenza y Góngora, seguida de varios documentos inéditos*, México, Antigua Imprenta de Murguía, 1928.

Robles, Antonio de, *Diario de sucesos notables, III*, 2ª ed., México, Editorial Porrúa, 1972, pp. 106-108.

Sigüenza y Góngora, Carlos de, *Glorias de Querétaro*, Querétaro, Imprenta Guadalupana, 1926.

----------, *Glorias de Querétaro*, Querétaro, Ediciones Cimatario, 1945.

----------, «Alboroto y motín de los indios de México», en *Relaciones históricas*, México, UNAM, 1987, pp. 99-174.

----------, *Alboroto y motín de los indios de México*, Apéndice B en Leonard, Irving A., *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII,* México, FCE, 1984, pp. 224-270.

----------, *Paraíso Occidental*, prólogo de Margarita Peña, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.

----------, *Infortunios de Alonso Ramírez*, ed. de Ma José Rodilla, México, Alfaguara-Santillana, 2003.

Espacios novohispanos, de Carlos de Sigüenza y Góngora, selección, introducción y notas de María José Rodilla León, se terminó de imprimir el xx de xxxxxxx de 2025, en los talleres XXXXX, en Cárdenas, Tabasco. La edición consta de 1,000 ejemplares.